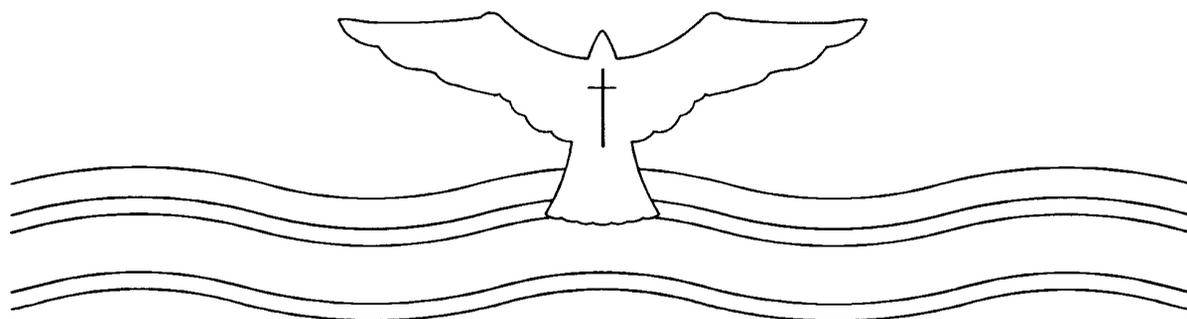


JOSE MARIA IRABURU

Reforma o apostasía

Del blog *Reforma o apostasía* (1-32)
en *www.infocatolica.com* (2009)



Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154 – 31080 Pamplona

ISBN 84-87903-83-5, Depósito legal NA 2319-2011
Gráficas Lizarra, S. L., Ctra. de Tafalla, km. 1 – 31132 Villatuerta, Navarra

Introducción

El Concilio Vaticano II afirma que «la Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a una perenne reforma (*perennem reformationem*), de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente» (UR 6a). *Ecclesia semper reformanda* es, pues, un lema católico, y a lo largo de la historia de la Iglesia se han producido grandes y a veces formidables reformas. Éste es el tema que centra los primeros 32 artículos de mi blog *Reforma o apostasía*, alojado en InfoCatólica.com, y que ahora publico en esta obra.

En su primera parte considero el concepto mismo católico de reforma y la urgente necesidad que hoy la Iglesia tiene de ella.

En la segunda, expongo solamente algunas cuestiones, unas pocas a modo de ejemplo, en las que esa reforma se necesita. Se ha casi suprimido la dimensión soteriológica del cristianismo, que es central en el Evangelio: salvación o condenación. Las vocaciones, consecuentemente, prácticamente desaparecen en no pocas Iglesia locales. La castidad y el pudor son virtudes ignoradas por la mayoría de los bautizados. Las misiones de la Iglesia han disminuido notablemente su impulso evangelizador. Apenas se pretende la conversión de hombres y pueblos, una conversión que se inicia por la fe, y la actividad apostólica va limitándose a la beneficencia. El adulterio de los cristianos que pasan a un «segundo matrimonio» va estimándose como algo penoso, pero inevitable a veces y tolerable. Lo mismo que la anticoncepción. Es muy escasa la fe en el demonio, y la vida presente apenas es entendida como una batalla continua entre Reino y mundo. El horizonte luminoso de la Parusía no está presente en gran parte de los cristianos...

Son únicamente unos ejemplos. En el resto del blog, que ya se acerca a los 150 artículos, se trata de otras muchas cuestiones –divinidad de Cristo, virginidad de María, Eucaristía, necesidad de la Iglesia y de los sacramentos, etc.– que están exigiendo confirmación en la fe católica y, por tanto, reforma. *Reformatio mentis*.

En la tercera parte trato del lenguaje propio de la fe y de la predicación, demasiadas veces silenciado o debilitado hasta la insignificancia. Son temas fuertes y urgentes.

El Señor esté con ustedes en todas y cada una de las páginas que siguen.

José María Iraburu

Nuestra Señora la Virgen del Carmen

16 julio 2011

ces y promotores. Así podemos recordar, por ejemplo, la reforma de Cluny, la de San Gregorio VII, las reformas promovidas por los Reyes Católicos y el Cardenal Jiménez de Cisneros, la gran reforma del concilio de Trento, las reformas litúrgicas, las reformas realizadas por San Pío V, San Carlos Borromeo, San Pío X, y las impulsadas por San Bernardo, San Francisco, Santa Teresa de Jesús.

En el ámbito del protestantismo, los protestantes han considerado su escisión de la Iglesia en el siglo XVI como la *Reforma* por excelencia, y han considerado a sus fun-

—I—

La reforma de la Iglesia

(01)

1. Las reformas de la Iglesia

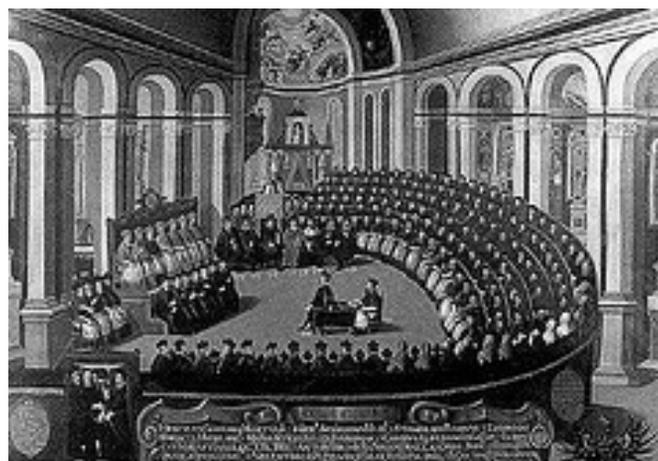
La Iglesia es santa: «una, santa, católica y apostólica». Es ésta una verdad primera de nuestra fe. La Iglesia es santa porque «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla, purificándola con el baño del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, santa e inmaculada» (Ef 5,25-27).

De la *santa Iglesia* de Dios hablan ya, desde el principio, Ignacio de Antioquía, el Martirio de Policarpo, el Pastor de Hermas, la Carta de los Apóstoles (160-170, Denzinger-Hünemann=DS 1), los Símbolos bautismales de Roma (DS 10), de Jerusalén (DS 41), el Credo de Nicea, completado en Constantinopla (381: DS 150). La Iglesia ciertamente es *santa y santificante*, porque es el Cuerpo mismo de Cristo, su Esposa virginal, la Madre de todos los vivientes, o como dice el Vaticano II, el «sacramento universal de salvación» (LG 48b; AG 1).

La Iglesia es santa porque el Espíritu Santo es su alma, es santa por la eucaristía y los sacramentos, por la sucesión apostólica de los Obispos, por su fuerza espiritual para santificar laicos y sacerdotes, célibes y vírgenes, sobradamente demostrada en la historia y en el presente.

La Iglesia es santa, pero está siempre necesitada de reforma. *Por eso la palabra reforma es tradicional en la Iglesia de Cristo.* Nunca, por supuesto, en la tradición católica se habla de «re-forma» para expresar un «cambio de forma», pues la forma de la Iglesia, su alma, es el Espíritu Santo, que no cambia. Por el contrario, siempre se habla de reforma o bien como un «desarrollo» perfectivo de algunas formas precedentes, una «renovación», o bien como la «purificación» de ciertas doctrinas y prácticas que se habían desviado de la verdadera forma católica.

La Iglesia, por obra del Espíritu Santo, ha vivido en su historia *muchas reformas de diversos géneros*, alcan-



dadore como *reformadores*. La expresión «Ecclesia semper reformanda», empleada por el teólogo calvinista Gisbert Voetius en el sínodo de Dordrecht (1618-1619), vendría a ser por tanto un lema protestante. Pero bien sabemos nosotros, los católicos, que los protestantes, negando la autoridad apostólica, la libertad y el mérito, la necesidad de las buenas obras, el sacerdocio, el sacrificio eucarístico, la mayoría de los sacramentos, el culto a la Virgen y a los santos, los votos y la vida religiosa, la ley eclesiástica, etc., no fueron *reformadores*, sino grandes *deformadores* de la Iglesia y del cristianismo (cf. mi artículo, *Lutero, gran hereje*, 27-10-2008). Los católicos, pues, de ningún modo debemos *cederles* el uso de la palabra reforma, como si fuera propia de ellos.

A fines del XVIII, ciertos historiadores alemanes acuñan el término *contrarreforma*, que en el siglo siguiente se generaliza por influjo de Ranke. Pero con esa denominación la gran reforma católica iniciada en el XVI, la tridentina, aparece sólo como una mera reacción a la escisión protestante. De ahí que la Iglesia promueva más bien la expresión *reforma católica*, adoptada por Maurenbrecher en 1880 y difundida en las obras de Pastor. En tal expresión, la reforma de la Iglesia originada en Trento es ante todo fruto del Espíritu Santo y de las fuerzas internas de la misma Iglesia, siendo la escisión protestante sólo su ocasión histórica.

El concilio Vaticano II promueve importantes reformas, partiendo siempre del convencimiento de que «toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su propia vocación [...] *La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta perenne reforma (perennem reformationem)*, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente» (UR 6a). «Ecclesia semper reformanda» es, pues, un lema verdadero, ya que la Iglesia, que «encierra en su propio seno a pecadores, y es al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente

por la senda de la penitencia y la renovación» (LG 8c; cf. *Gaudium et spes* 43f). «Para conseguirlo, la Iglesia madre no cesa de orar, esperar y trabajar, a fin de que la señal de Cristo resplandezca con más claridad sobre la faz de la Iglesia» (LG 15). Así entiende la Iglesia su propia *reforma*.

El Cardenal Ratzinger, en su *Informe sobre la fe* (1985, fin cp. III), observa: «Debemos tener siempre presente que la Iglesia no es nuestra, sino Suya. [...] Verdadera reforma, por consiguiente, no significa entregarnos desenfrenadamente a levantar nuevas fachadas, sino –al contrario de lo que piensan ciertas eclesiologías– procurar que desaparezca, en la medida de lo posible, lo que es nuestro, para que aparezca mejor lo que es Suyo, lo que es de Cristo».

¿Cuáles son en la historia de la Iglesia las causas que posibilitan o que exigen una reforma?

1.–A veces el *progreso* en un cierto campo de la vida eclesial promueve una reforma. Se hace ley entonces de aquello que de hecho, por obra del Espíritu Santo, se va viviendo, aunque con ciertas dificultades. Es, pues, la vida misma de la Iglesia la que hace posible y conveniente la norma. Así se produce, por ejemplo, en el Concilio de Elvira (306, can. 33) la norma del celibato sacerdotal. El Espíritu Santo, «el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad plena» (Jn 16,13).

2.–Pero más frecuentemente las reformas vienen a producirse cuando en las Iglesias se han producido *desvíos* doctrinales o se han establecido *abusos* intolerables –tolerados quizá durante siglos–, por ejemplo, en los beneficios clericales, en la investidura de los Obispos, en la vida de ciertas órdenes religiosas, en el modo de realizar el vínculo conyugal, en el uso injustificado de las armas, en lo que sea. Aquello que va mal en la Iglesia *debe ser reformado*. Aquello que va bien, no necesita ser reformado. Por ejemplo, «Cartusia nunquam reformata, quia nunquam deformata».



¿Necesita reforma la Iglesia en nuestro tiempo?

Sin duda alguna, en muchas cosas y con gran urgencia. Es verdad que la pregunta es muy amplia y ambigua, pues hace referencia a asuntos diversos, complejos y delicados, que habremos de ir considerando con orden y cuidado. Pero lo que sí podemos afirmar ya desde ahora es que aquellas Iglesias locales que están mundanizadas, secularizadas, con más errores que verdades, arruinadas, sin vocaciones, en disminución continua, padeciendo en la mayoría de sus bautizados una apostasía generalizada y un alejamiento crónico de la Eucaristía, evidentemente *necesitan una reforma profunda y urgente*. Tienen que elegir: *reforma o apostasía*.

(02)

2. Apostasías en la Iglesia

Herejía, apostasía y cisma. Dice el *Código de Derecho Canónico* que «se llama *herejía* la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; *apostasía* es el rechazo total de la fe cristiana; *cisma*, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos» (c. 751). Según esto, pudiera pensarse que en no pocas Iglesias desecristianizadas *la mayoría de los bautizados son herejes o apóstatas o cismáticos* o las tres cosas a la vez. Pero vayamos por partes y precisando más.

La definición de la apostasía viene ya sugerida por la etimología del término: *apoikhomai*, apartarse, alejarse. Recordemos que el sacramento del Bautismo lleva consigo una *apotaxis*, una ruptura del cristiano con Satanás y su mundo, y una *syntaxis*, una adhesión personal a Cristo y a su Iglesia. Pues bien, por la *apostasía* el bautizado se separa de Dios y de la Iglesia.

En este sentido, Santo Tomás entiende la apostasía como «algo que entraña una cierta separación de Dios (*retrocessionem quandam a Deo*)». Por la *apostasía a fide* se renuncia a la fe cristiana, por la *apostasía a religione* se abandona la familia religiosa en la que se profesó con votos perpetuos, por la *apostasía ab ordine* se abandona la vida sacerdotal sellada por el Orden sagrado. Y «también puede uno apostatar de Dios oponiéndose con la mente a *los divinos mandatos* [pero a pesar de ello] todavía puede el hombre permanecer unido a Dios por la fe. Ahora bien, si abandona la fe, ya se retira o aleja de Él totalmente. Por eso *la apostasía en sentido absoluto y principal es la de quien abandonó la fe*, y se llama apostasía de *perfidia*» (STh II-II,12,1).

Herejía y apostasía. Es, pues, *apóstata aquel que abandona totalmente la fe cristiana después de haberla recibido en el bautismo*. Según esto, ¿el que abandona la fe parcialmente, es decir, solo en algunos dogmas concretos, es hereje, pero no apóstata? No hay en esta cuestión, que yo sepa, enseñanza del Magisterio apostólico. Pero creo que acierta Suárez cuando afirma que la herejía es una especie de la apostasía, y que consiguientemente, en el fondo, *todos los herejes son apóstatas* (De fide, disp. XVI, sec.V,3-6). Como veremos en seguida, ése parece ser el pensamiento de Santo Tomás.

Veamos la cuestión en alguien concreto. ¿*Lutero fue solamente hereje o también apóstata*? Sabemos bien que Lutero destroza todas las convicciones fundamentales de la Iglesia: los dogmas, negando su posibilidad; la fe, devaluándola a mera opinión personal; las obras buenas,



negando su necesidad; la Escritura, desvinculándola de Tradición y Magisterio; la vida religiosa profesada con votos, la ley moral objetiva, el culto a los santos y a la Virgen, el Episcopado apostólico, el sacerdocio y el sacrificio eucarístico, y todos los sacramentos, menos el bautismo...

Pero Lutero, ante todo y sobre todo, destroza la roca que sostiene todo el edificio de la Iglesia, ya que estando los cristianos «edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo la piedra angular el mismo Cristo Jesús» (Ef 2,20), *niega la fe en la divina autoridad apostólica del Papa y de los Obispos*, sucesores de los apóstoles. Por eso todo el mundo de la fe se le viene abajo. No estamos, pues, solamente ante la herejía, o ante un conjunto innumerable de herejías; más propiamente parece que estamos ante la apostasía. Lo explico más.

Fe católica y opinión personal. La *fe teológica* cristiana es algo esencialmente diferente de la *opinión* personal que un hombre pueda formarse considerando en *libre examen* la Escritura revelada. Como enseña el *Catecismo*, «por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios... La Sagrada Escritura llama «obediencia de la fe» a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rm 1,5; 16,26)».

La fe cristiana es, por tanto, una «obediencia», por la que el hombre, aceptando ser enseñado por la Iglesia apostólica, *Mater et Magistra*, se hace discípulo de Dios, y así recibe Sus «pensamientos y caminos», que son muy distintos de los pensamientos y caminos de los hombres (Is 55,8). Así lo enseña Santo Tomás:

«El objeto formal de la fe es la verdad primera revelada en la Sagrada Escritura y en la doctrina de la Iglesia. Por eso, quien no se conforma ni se adhiere, como a regla infalible y divina, a la doctrina de la Iglesia, que procede de la verdad primera, manifestada en la Sagrada Escritura, no posee el hábito de la fe, sino que las cosas de fe las retiene por otro medio diferente», es decir, por la opinión subjetiva. No puede dar más de sí el libre examen protestante.

«Es evidente que quien presta su adhesión a la doctrina de la Iglesia, como regla infalible, asiente a todo lo que ella enseña. De lo contrario, si de las cosas que sostiene la Iglesia admite *unas* y en cambio *otras* las rechaza libremente, no da entonces su adhesión a la doctrina de la Iglesia como a regla infalible,

sino a *su propia voluntad*. Por tanto, el hereje que pertinazmente rechaza un solo artículo no se halla dispuesto para seguir en su totalidad la doctrina de la Iglesia. Es, pues, manifiesto que el hereje que niega un solo artículo *no tiene fe* respecto a los otros, sino solamente *opinión*, según su propia voluntad» (STh II-II, 5,3).

Santo Tomás, por tanto, si no le entiendo mal, enseña que todos los herejes son apóstatas de la fe católica. Lo que enseñará más tarde Suárez de modo explícito. Y Lutero no era solamente hereje, era también apóstata.

Apostasía explícita o apostasía implícita. Se da una *apostasía explícita* cuando un cristiano declara abiertamente que rechaza la fe católica, o cuando públicamente se adhiere a otra religión, o cuando por palabras o acciones se declara ateo. Pero también se da una *apostasía implícita*, pero cierta, real, cuando un cristiano, sin renunciar expresamente a su fe, incluso queriendo mantener socialmente su condición de cristiano, por sus palabras y obras está afirmando claramente que se ha desvinculado del mundo de la fe, es decir, de la Iglesia.

Un ejemplo. *Si un cristiano durante muchos años no va a Misa*, y no tanto por simple desidia, sino por su manifiesta convicción –bien conocida por sus familiares y amigos– de que la Eucaristía no es propiamente necesaria, al menos para todos los cristianos, está negando abiertamente la fe católica y rechazando el mandamiento de Dios y de la Iglesia. Parece que en este supuesto puede apreciarse una apostasía implícita. Ésta, en cambio, no se da propiamente en aquel cristiano que, manteniendo la fe en la Eucaristía y en su necesidad, vive sin embargo durante muchos años distante de ella por negligencia, por las presiones del mundo en que vive, por su condición de pecador público o por otros motivos.

Preguntas peligrosas. Vamos adelante, sin inhibiciones. ¿Hoy en la Iglesia católica, en nuestras parroquias, serán quizá apóstatas, explícitos o implícitos, una gran parte de los bautizados? ¿Y en nuestros Seminarios y Facultades no serán también apóstatas una parte no exigua de los docentes de teología? Quedan, con el favor de Dios, muchos *post* por delante en este blog, y no es cuestión de adelantarse en los comentarios a numerosas cuestiones que han de ser analizadas con orden, precisión y cuidado. Pero tampoco los comentarios, por ser prematuros, si se producen, van a causar perjuicios excesivos.

Hacerse preguntas como éstas, ya se comprende, resulta hoy sumamente peligroso. Por eso la inmensa mayoría de cristianos, incluidos muchos Pastores sagrados, lo evitan. Pero aquí, con el favor de Dios, no vamos a ponernos límites a la hora de buscar la verdad de la santa Iglesia católica, para afirmarla con toda la lucidez y fuerza que el Señor nos dé. La *reforma* más fundamental y urgente, la que nos puede librar de una *apostasía* siempre creciente, es la *metanoia*, es decir, «el cambio de mente». Y éste no puede producirse si, cerrándonos a ciertas cuestiones, no le dejamos al Espíritu Santo «conducirnos hacia la verdad completa» (Jn 16,13).

El fiel cristiano no puede perder la fe sin grave pecado. El hábito mental de la fe, que Dios infunde en la persona por el sacramento del Bautismo, no puede destruirse sin graves pecados del hombre. Dios, por su parte, es fiel a sus propios dones: «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rm 11,29). Así lo enseña Trento, citando a San Agustín: «Dios, a los que una vez justificó por su gracia, no los abandona, si antes no es por ellos abandonado» (Dz 1537). Por eso, enseña el concilio Vaticano I, «no es en manera alguna igual la situación de aque-

(03)

3. La apostasía, el máximo pecado

Judas es el primero de todos los apóstatas. Él creyó en Jesús, y dejándolo todo, le siguió (en Caná «creyeron en Él sus discípulos», Jn 2,11). Pero avanzando el ministerio profético del Maestro, y acrecentándose de día en día el rechazo de los judíos, el fracaso, la persecución y la inminencia de la cruz, abandonó la fe en Jesús y lo entregó a la muerte.

La apostasía es el mal mayor que puede sufrir un hombre. No hay para un cristiano un mal mayor que abandonar la fe católica, apagar la luz y volver a las tinieblas, donde reina el diablo, el Padre de la Mentira. *Corruptio optimi pessima*. Así lo entendieron los Apóstoles desde el principio:

«Si una vez retirados de las corrupciones del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, de nuevo se enredan en ellas y se dejan vencer, sus finales se hacen peores que sus principios. Mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocerlo, abandonar los santos preceptos que les fueron dados. En ellos se realiza aquel proverbio verdadero: “se volvió el perro a su vómito, y la cerda, lavada, vuelve a revolcarse en el barro”» (2Pe 2,20-22). De los renegados, herejes y apóstatas, dice San Juan: «muchos se han hecho *anticristos*... De nosotros han salido, pero no eran de los nuestros» (1Jn 2,18-19).

La apostasía es el más grave de todos los pecados. Santo Tomás entiende la apostasía como el pecado de *infidelidad* (rechazo de la fe, negarse a creer) en su forma máxima, y señala la raíz de su más profunda maldad:

«La infidelidad como pecado nace de la soberbia, por la que el hombre no somete su entendimiento a las reglas de la fe y a las enseñanzas de los Padres» (STh II-II,10, 1 ad3m). «Todo pecado consiste en la aversión a Dios. Y tanto mayor será un pecado cuanto más separa al hombre de Dios. Ahora bien, la infidelidad es lo que más aleja de Dios... Por tanto, consta claramente que *el pecado de infidelidad es el mayor de cuantos pervierten la vida moral*» (ib. 10,3). Y la *apostasía* es la forma extrema y absoluta de la infidelidad (ib. 12, 1 ad3m).

Las mismas consecuencias pésimas de la apostasía ponen de manifiesto el horror de este pecado. Santo Tomás las describe:

«“El justo vive de la fe” [Rm 1,17]. Y así, de igual modo que perdida la vida corporal, todos los miembros y partes del hombre pierden su disposición debida, muerta la vida de justicia, que es por la fe, se produce el desorden de todos los miembros. En la boca, que manifiesta el corazón; en seguida en los ojos, en los medios del movimiento; y por último, en la voluntad, que tiende al mal. De ello se sigue que el apóstata siembra discordia, intentando separar a los otros de la fe, como él se separó» (ib. 12, 1 ad2m).



llos que por el don celeste de la fe se han adherido a la verdad católica, y la de aquellos que, llevados de opiniones humanas, siguen una religión falsa. Porque los que han recibido la fe bajo el magisterio de la Iglesia no pueden jamás tener causa justa para cambiar o poner en duda esa misma fe» (Dz 3014).

Hubo apóstatas ya en los primeros tiempos de la Iglesia. Como vimos, son aludidos por los apóstoles. Pero los hubo sobre todo con ocasión de las persecuciones, especialmente en la persecución de Decio (249-251). Y a veces fueron muy numerosos estos cristianos *lapsi* (caídos), que para escapar a la cárcel, al expolio de sus bienes, al exilio, a la degradación social o incluso a la muerte, realizaban actos públicos de idolatría, ofreciendo a los dioses sacrificios (*sacrificati*), incienso (*thurificati*) o consiguiendo certificados de idolatría (*libelatici*). Y en esto ya advertía San Cipriano que «es criminal hacerse pasar por apóstata, aunque interiormente no se haya incurrido en el crimen de la apostasía» (Cta. 31).

La Iglesia asigna a los apóstatas penas máximas, pero los recibe cuando regresan por la penitencia. Siempre la Iglesia vio con horror el máximo pecado de la apostasía, hasta el punto que los *montanistas* consideraban imperdonables los pecados de apostasía, adulterio y homicidio, y también los *novacianos* estimaban irremisible, incluso en peligro de muerte, el pecado de la apostasía. Pero ya en esos mismos años, en los que se forma la disciplina eclesiástica de la penitencia, prevalece siempre el convencimiento de que *la Iglesia puede y debe perdonar toda clase de pecados*, también el de la apostasía (p. ej., Concilio de Cartago, 251). San Clemente de Alejandría (+215) asegura que «para todos los que se con-

vierten a Dios de todo corazón están abiertas las puertas, y el Padre recibe con alegría cordial al hijo que hace verdadera penitencia» (Quis dives 39).

La Iglesia perdona al hijo apóstata que hace verdadera penitencia. Siendo la apostasía el mayor de los pecados, siempre la Iglesia evitó caer en un laxismo que redujera a mínimos la penitencia previa para la reconciliación del apóstata con Dios y con la Iglesia. De hecho, como veremos, las penas canónicas impuestas por los Concilios antiguos a los apóstatas fueron máximas.

Y siguen siendo hoy gravísimas en el Código de la Iglesia las penas canónicas infligidas a los apóstatas. «El apóstata de la fe, el hereje o el cismático incurren en excomunión *latae sententiae*» (c. 1364,1). Y «se han de negar las exequias eclesiásticas, a no ser que antes de la muerte hubieran dado alguna señal de arrepentimiento, 1º a los notoriamente apóstatas, herejes o cismáticos» (c. 1184).

El ateísmo de masas es hoy un fenómeno nuevo en la historia. El concilio Vaticano II advierte que «el ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo» (GS 19a). «La negación de Dios o de la religión no constituyen, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y de la misma legislación civil» (*ib.* 7c). Y eso tanto en el mundo marxista-comunista, más o menos pasado, como en el mundo liberal de Occidente. Pero se da hoy un fenómeno todavía más grave.

La apostasía masiva de bautizados es hoy, paralelamente, un fenómeno nuevo en la historia de la Iglesia; la apostasía, se entiende, explícita o implícita, pública o solamente oculta. El hecho parece indiscutible, pero precisamente porque habitualmente se silencia, debemos afrontarlo aquí directamente. Vamos, pues, derechos al asunto. Imagínense ustedes a un *profesor católico de teología* –imagínenlo sin miedo, que no les va a pasar nada–, que, en un Seminario o en una Facultad de Teología católica, después de negar la virginidad perpetua de María, los relatos evangélicos de la infancia, los milagros, la expulsión de demonios, la institución de la Eucaristía en la Cena, la condición sacrificial y expiatoria de la Cruz, el sepulcro vacío, las apariciones, la Ascensión y Pentecostés, afirma que Jesús nunca pretendió ser Dios, sino que fue un hombre de fe, que jamás pensó en fundar una Iglesia, etc. Y pregúntense ustedes, si les parece oportuno: ¿estamos ante un hereje o simplemente ante un apóstata de la fe? Y tantos laicos, sacerdotes y religiosos –todos ellos bien ilustrados–, que reciben y asimilan esas enseñanzas ¿han de ser considerados como fieles católicos o más bien como herejes o apóstatas? La pregunta, deben ustedes reconocerlo, tiene su importancia. ¿O no?

(04)

4. Qué ha de reformarse en la Iglesia

–«Pero, vamos a ver ¿y usted quién es para decir, y para decir públicamente, qué es lo que ha de reformarse hoy en la Iglesia?».

–Primero de todo, tranquilícese el objetante, y en seguida atienda a razones.

En la Iglesia debe reformarse todo lo que en ella esté mal. Cuando un templo está gravemente deteriorado –ventanas rotas, tejado con grandes agujeros, muros cuarteados, etc.– sea por negligencia de sus cuidadores o por diversos accidentes inculpables, hay que restaurarlo. Y si no se restaura, se irá arruinando. Lo mismo pasa con la Iglesia, templo construido con piedras vivas sobre la roca de Cristo y de los apóstoles. Si en Ella se dan en forma más o menos generalizada ciertos errores, desviaciones y abusos, es urgente realizar las *reformas* doctrinales, morales y disciplinares que sean precisas. Si no, crecerá la ruina, irá adelante la apostasía.

En la catequesis, en la predicación, la eliminación sistemática durante decenios de la soteriología, salvación-condenación, falsifica notablemente el Evangelio: es un mal muy grave, que requiere *reforma*. La generalización de la anticoncepción en los matrimonios cristianos es un grave mal, que requiere *reforma*. El absentismo mayoritario de los bautizados a la Misa dominical es un horror nunca conocido, al menos en proporciones semejantes, en la historia de la Iglesia: es un mal gravísimo, que requiere *reforma*.

El retraso durante decenios de la Autoridad apostólica para reprobar los errores doctrinales que se difunden en el pueblo cristiano causa muy graves males, difícilmente reparables; y cuando se produce con frecuencia, es un grave perjuicio, que requiere *reforma*. Y como éstos, tantos y tantos otros daños en el Templo eclesial, que exigen *reformas* cuanto antes. Reformas que el Espíritu Santo quiere y puede hacer, ciertamente, renovando la faz de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II tuvo una clara intención de reforma, consciente de que la Iglesia en la tierra necesita *perennem reformationem* (UR 6). Y Pablo VI expresa claramente esta convicción en un discurso a los Padres conciliares (29-IX-1963, n.25):

«Deseamos que la Iglesia sea reflejo de Cristo. Si alguna sombra o defecto al compararla con Él apareciese en el rostro de la Iglesia o sobre su veste nupcial ¿qué debería hacer ella como por instinto, con todo valor? Está claro: *reformarse*, corregirse y esforzarse por devolverse a sí misma la *conformidad* con su divino modelo, que constituye su deber fundamental».

Pero hoy prevalece, como lo eclesialmente correcto, pensar que vamos bien, con deficiencias, sin duda, con «luces y sombras», pero que vamos bien. Un cierto buenismo oficialista es afirmado hoy así por los moderados con buena conciencia. Incluso *fundamentan* su actitud con piadosas consideraciones sobre la Providencia divina, la virtud de la esperanza, etc. En mi artículo *Reformadores, moderados y deformadores* hago notar cómo reformadores y deformadores coinciden en que muchas cosas están mal y exigen reforma; pero difieren en que los deformadores exigen cambios en doctrinas y normas católicas, mientras que los reformadores pretenden que se reafirmen y apliquen. Entre unos y otros, los moderados, centristas repletos de equilibrio, quieren el mantenimiento de las doctrinas y normas, pero siempre que se silencien discretamente y sobre todo que no se exijan, para evitar *divisiones* y tensiones enojosas. Son éstos sobre todo los que nos pierden.

Los moderados, que hoy prevalecen en muchas Iglesias locales, admiten la necesidad de las *conversiones* —esto no podrían negarlo—, pero no de las *reformas*. Quizá con buena voluntad, pero con discernimiento erróneo, estiman así que un verdadero amor a la Iglesia y a su jerarquía exige un apoyo indiscriminado al presente católico. Y por otra parte —todo hay que decirlo— tienen muy en cuenta que esa actitud no solo les evita a ellos persecuciones dentro de la comunidad cristiana, sino que les abre caminos ascendentes de prosperidad eclesial. Pero sus actitudes son falsas, y no conducen a una santa reforma de la Iglesia, sino que la impiden, y llevan a una apostasía siempre creciente.



Edad Media, del Renacimiento o de la Ilustración. Más adelante, con el favor de Dios, he de recordar aquí algunos Concilios de reforma y he de estudiar también la figura de algunos santos reformadores antiguos o modernos. Pero adelanto ahora algunos ejemplos, para que al considerar lo que los santos *veían* en su tiempo nos demos cuenta de que en el nuestro en buena parte estamos *ciegos*.

Santa Catalina de Siena (1347-1380) visita una vez al Papa Gregorio XI en Roma, acompañada por su director espiritual, el beato Raimundo de Capua, dominico, que le hace de intérprete, y que escribió su *Vida*. En ella narra esta escena:

Estamos mal. Muy necesitados de conversión y de reforma. Solo el reconocimiento humilde de los pecados y errores que hoy se dan en la Iglesia hace posible su reforma. Y ese reconocimiento no parece que hoy esté suficientemente vivo en la conciencia de Pastores y fieles. No se deja oír —al menos yo no lo oigo— *un clamor pidiendo reforma*, como se oyó en ciertos períodos oscuros de la

«Mientras hablábamos, la santa virgen se lamentó de que *en la Curia Romana*, donde debería haber un paraíso de virtudes celestiales, *se oía el hedor de los vicios del infierno*. El Pontífice, al oírlo, me preguntó cuánto tiempo hacía que había llegado ella a la Curia. Cuando supo que lo había hecho pocos días antes, respondió: “¿Cómo, en tan poco tiempo, has podido conocer las costumbres de la Curia Romana?” Entonces ella, cambiando súbitamente su disposición sumisa por una actitud mayestática, tal como la vi con mis propios ojos, erguida, dijo estas palabras: “Por el honor de Dios Omnipotente me atrevo a decir que he sentido yo más el gran mal olor de los pecados que se cometen en la Curia de Roma sin moverme de Siena, mi ciudad natal, del que sienten quienes los cometieron y los cometen todos los días”. El Papa permaneció callado, y yo, consternado» (n.152).

San Juan de Ávila (1499-1569), en un informe que envía al Concilio de Trento, ve así los males de la Iglesia en el XVI:

«Hondas están nuestras llagas, envejecidas y peligrosas, y no se pueden curar con cualesquier remedios. *Y si se nos ha de dar lo que nuestro mal pide, muy a costa ha de ser de los médicos que nos han de curar*» (*Memorial* II,41). «... en tiempo de tanta flaqueza como ha mostrado el pueblo cristiano, echen mano a las armas los capitanes, que son los preladados, y esfuercen al pueblo con su propia voz, y animen con su propio ejemplo, y autoricen la palabra y los caminos de Dios, pues por falta de esto ha venido el mal que ha venido... Déseles regla e instrucción de lo que deben saber y hacer, pues, por nuestros pecados, está todo ciego y sin lumbre. Y adviértase que para haber personas cuales conviene, así de obispos como de los que les han de ayudar, se ha de tomar el agua de lejos, y se han de criar desde el principio con tal educación [alude a los Seminarios], que se pueda esperar que habrá *otros eclesiásticos* que los que en tiempos pasados ha habido... Y de otra manera será lo que ha sido» (*Memorial* II,43). «Fuego se ha encendido en la ciudad de Dios, quemado muchas cosas, y el fuego pasa adelante, con peligro de otras. Mucha prisa, cuidado y diligencia es menester para atajarlo» (II,51).

San Claudio la Colombière (1641-1682), en los umbrales del Siglo de las Luces y del inicio acelerado de la descristianización de Europa, justifica que no pocos cristianos, como los monjes antiguos, abandonaran un mundo secular cada vez más degradado por el pecado:

«*Como la depravación es hoy mayor que nunca, y como nuestro siglo, cada vez más refinado, parece también corromperse cada vez más*, dudo yo si alguna vez se han dado tiempos en los que haya habido más motivos para retirarse completamente de la vida civil y para marcharse a los lugares más apartados... Existe, en medio de nosotros, un mundo reprobado y maldito de Dios, un mundo del que Satanás es señor y soberano... Ese mundo está donde reina la vanidad, el orgullo, la mollicie, la impureza, la irreligión... Decís vosotros que ese mundo no está ni en el teatro, ni en el baile, ni en las carreras, ni en los círculos, y que tampoco se encuentra en los cabarets ni en los casas de juego. Pues bien, si sois tan amables, ya nos diréis dónde hemos de localizarlo para rehuirlo» (*De la fuite du monde*, en *Écrits* 295-296).

San Luis María Grignon de Montfort (1673-1716) hace el mismo discernimiento hablando del *mundo*, y recordemos que por esos años no está hablando todavía de un mundo contrapuesto en todo a la Iglesia, sino que habla de un mundo cristiano en gran medida degradado: «*Nunca ha estado el mundo tan corrompido como hoy*, porque nunca había sido tan sagaz, prudente y astuto a su manera» (*El amor de la Sabiduría eterna* n.79).

¿Por qué hoy este lenguaje está en la Iglesia proscrito? Apenas se oye nunca, ni siquiera en publicaciones católicas

cas de perfecta ortodoxia y calidad informativa y espiritual. ¿Faltan para él fundamentos reales?

La santísima Virgen María, en sus últimas apariciones, hace muy graves denuncias sobre la situación de la Iglesia. La Virgen de La Salette llora los pecados del pueblo cristiano, especialmente los de sus sacerdotes y personas consagradas (1846). Y la Virgen de Fátima, en 1917, les dice a los tres niños videntes:

«Jesucristo es horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes... Rezad, rezad mucho, y haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique y pida por ellas... No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido»...

Eso lo dice la Virgen ¡en 1917!, cuando todavía eran muchos los cristianos que se confesaban e iban a Misa, que guardaban hasta la muerte la unión conyugal, que tenían hijos y los educaban cristianamente, cuando las plazas estaban desiertas y los Seminarios y Noviciados llenos, cuando muchos sacerdotes y religiosos eran fieles a la doctrina y disciplina de la Iglesia, y florecían las misiones, y había un influjo real de los cristianos en la vida política, etc. ¡Cuánto han crecido desde entonces los males en la Iglesia! ¿Que diría hoy la Virgen en Fátima a los Pastores sagrados y al pueblo católico?... Juan Pablo II, visitando Fátima (13-V-1982), se lamentaba diciendo:

«¡Cuánto nos duele que la invitación a la penitencia, a la conversión y a la oración no haya encontrado aquella acogida que debía! ¡Cuánto nos duele que muchos participen tan fríamente en la obra de la Redención de Cristo! ¡que se complete tan insuficientemente en nuestra carne “lo que falta a los sufrimientos de Cristo”! (Col 1,24)».



paz, paz, confianza en el Señor; calamidades como las actuales, o peores, siempre las ha habido». Éstos no se asustan por nada: ni por la difusión de gravísimos errores contra la fe, ni por la falta extrema de vocaciones, ni por el absentismo masivo en la Misa dominical, ni por la difusión generalizada de la anticoncepción, etc. Y así se tienen por «hombres de esperanza».

Pero los Pastores y profetas verdaderos ven las cosas de otro modo: «Vamos mal, y es urgente la conversión y la reforma. De otro modo, se arruinará el Templo de Dios y su Pueblo se dispersará entre los infieles» (véase Is 3; Jeremías 7; Oseas 2;8;14; Joel 2; San Gregorio Magno, San Carlos Borromeo, San Pío V, San Pío X...) A estos Pastores, profetas y creyentes, que permanecen fieles, se refiere el Señor cuando le ordena a su ángel: «recorre la ciudad [de Dios] y pon por señal una *tau* en la frente de los que gimen afligidos por las abominaciones que en ella se cometen» (Ez 9,4).

2.– El reconocimiento de las propias culpas, que han traído todos esos males, es igualmente necesario para la reforma. «Eres justo, Señor, en cuanto has hecho con nosotros, porque hemos pecado y cometido iniquidad en todo, apartándonos en todo de tus preceptos... Nos entregaste por eso en poder de enemigos injustos e incircuncisos apóstatas...» (cf. Dan 3,26-45). No tiene posible reforma una Iglesia local mientras no reconoce que sus pecados son la causa de todos los males que le afligen. Atribuir a la secularización creciente del mundo la apostasía creciente del pueblo cristiano viene a ser como si la luz echara a las tinieblas la culpa de la oscuridad reinante en un lugar. Un lugar se queda a oscuras cuando disminuye o se apaga la luz. Evidente.

3.– Los males que nos abruman son castigos medicinales. «Todas las cosas colaboran al bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28). Estos males tan grandes que Dios permite en el mundo y también, en otro grado, en su Iglesia deberían ser aún mayores si estuvieran exactamente proporcionados a la gravedad de nuestras culpas. Pero la Providencia divina suaviza la justicia con la misericordia, a causa del amor inmenso que Dios tiene a su Iglesia. «No nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestras culpas» (Sal 102,10). Los males que nos afligen son, pues, medicinales, humillantes, motivos fuertes para la conversión y la reforma.

(05)

5. Decálogo para las reformas de la Iglesia - 1

–¿Y usted cree que una Iglesia que en su conjunto se ha torcido a un lado, supongamos, al lado izquierdo, podrá recuperar la verticalidad de la verdad católica?

–Por supuesto que sí. Y lo confieso con la fe de la Iglesia: *creo* «en el Espíritu Santo... y en la Iglesia una, santa, católica y apostólica».

Pero tanto en Israel como en la Iglesia, así lo comprobamos en su historia, solamente se producen las verdaderas reformas necesarias cuando, por obra del Espíritu Santo, se dan al mismo tiempo varias condiciones fundamentales.

1.– El reconocimiento de los males. Los falsos profetas y los Pastores sagrados que van con ellos no reconocen los errores y desviaciones del pueblo, o los subestiman en su gravedad, en buena parte porque ellos son, por acción u omisión, los responsables principales de esos males. Por eso dicen con aparente piedad: «vamos bien;

4.- No hay remedio humano para nuestros males.

Ésta es una convicción de fe absolutamente necesaria para la reforma. Por eso aquellos Pastores, profetas y fieles que no reconocen la gravedad de las miserias que abruman al pueblo, ni su raíz diabólica, aunque alcancen a verlas en alguna medida, y que no asumen tampoco la gravedad de sus propias culpas, mantienen –si es que la mantienen– la «esperanza», una falsa esperanza de superar los males con remedios humanos, con sus propias fuerzas, sin reafirmación de las verdades negadas o silenciadas, sin verdadera conversión, penitencia y expiación, sin cambiar sus pensamientos y caminos, sin entender tampoco la absoluta necesidad de la oración de súplica, que pida al Señor una salvación en modo alguno merecida. Y así van de mal en peor.

«Son necios, no ven» (Jer 4,22). «Pretenden curar el mal de mi pueblo como cosa leve, y dicen ¡paz, paz!, cuando no ha de haber paz. Serán confundidos por haber obrado abominablemente» (6,14-15; cf. 8,11). «Maldito el hombre que en el hombre pone su confianza, y de la carne hace su apoyo, y aleja su corazón de Yavé» (17,5).

La verdadera reforma, por el contrario, es suscitada por aquellos que nada esperan de nuevas fórmulas catequéticas, pastorales, teológicas, litúrgicas, organizativas, de presunta eficacia mágica; aunque sepan reconocer en medio de esa efervescencia de iniciativas todo lo que en ellas haya de bueno, positivo y bienintencionado, que no es poco. En todo caso, los que piden-procuran-esperan las reformas necesarias tienen muy claro que nuestros males tienen raíz diabólica y que no son sanables por remedios humanos. «Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?... El auxilio me vendrá del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 120,1-2).

5.- Hay remedios divinos sobreabundantes. Las reformas no se dan, por urgentes que sean, cuando en Pastores y fieles falta la verdadera esperanza en el amor y en el poder de Dios. Lo dan entonces todo por perdido, ven el proceso de la descristianización siempre creciente como una dinámica histórica irreversible, sin que a ellos, por lo demás, les importe gran cosa. Se resignan –ellos creen que piadosamente–, a que la Iglesia sea entre los pueblos un conjunto insignificante de comunidades mínimas, sin fuerza real alguna para iluminar el pensamiento, las instituciones, el arte, las leyes, la cultura, las costumbres del mundo de su tiempo. Citan, pobrecitos, el Evangelio de Cristo: *pusillux grex* (pequeño rebaño, Lc 12,32), y se quedan tan tranquilos. Habrá que decirles: «Estáis en un error, y no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt 22,29).

Los sagrados Concilios de reforma, lo mismo que los santos especialmente movidos por Dios para realizar ciertas reformas, nunca se han amilanado ante la gravedad de los males del mundo y de la Iglesia de su tiempo, por muy difundidos que estuvieran, o aunque parecieran insuperables al estar tan arraigados. Siempre han tenido una fe y una esperanza firmes en el poder del amor de Señor para purificar a su Iglesia de los males que le afligen, por grandes que sean.

Pongo un ejemplo histórico. La simonía, la compra de altos cargos eclesiásticos, puede en una cierta época y región de la Iglesia estar tan extendida y arraigada, que muchos la ven como algo *normal* en la vida eclesial, y otros, que alcanzan a conocer su maldad gravísima, la consideran sin embargo como un mal irremediable. Unos y otros no intentan la reforma. Y no la consiguen, por su-



puesto. Con lo que se ven confirmados en su convicción inicial: «no hay nada que hacer». Y así es como males muy graves, gracias a moderados y deformadores, «hombres de poca fe» (Mt 6,30), pueden durar largamente en una Iglesia. Por el contrario, todo movimiento reformista parte de una fe firmísima en el poder del amor de Dios para sacar de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9), para transformar la roca en un manantial de agua viva (Núm 20), para hacer florecer los más áridos desiertos (Is 35,1), para hacer abundar su gracia donde abundó el pecado (Rm 5,20).

Los que ignoran el amor del Señor por su Esposa, los que desconocen el poder del Salvador para salvar, no creen posibles las reformas necesarias de la Iglesia, tampoco creen posible que se difunda en el mundo el Reino de Cristo por el apostolado y las misiones, y estiman irreversible el acrecentamiento continuo de la apostasía. Lo dan todo por perdido. Pero a ellos ese proceso siniestro no les importa gran cosa, y no faltan tampoco algunos locos que lo consideran un progreso histórico.

En fin, es una gran vergüenza que tantos Pastores, religiosos y laicos vean hoy en la Iglesia como insuperable una multiplicación desbordante de errores doctrinales y de abusos morales, litúrgicos y disciplinares, y en consecuencia limiten sus aspiraciones apostólicas al cuidado de unos pequeños grupos y movimientos, en los que osan estimar a veces «la esperanza de la Iglesia» (*sic*). Esos grupos y movimientos serán de verdad la esperanza de la Iglesia solo si se empeñan en su verdadera reforma, bien unidos a los Pastores y fieles, convencidos de que «para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible» (Mt 19,26).

6.- La oración de súplica es el medio principal para las reformas de la Iglesia, y nace de la fe en el poder de Dios y en el gran amor fiel que tiene a la Esposa de Cristo. «Levántate, Señor, no tardes, extiende tu brazo poderoso, acuérdate de nosotros, no nos desampares, no nos dejes sujetos al poder de tus enemigos, no permitas que tu gloria sea burlada y blasfemada, ten piedad de nosotros»... Está muy bien que se promuevan concentraciones multitudinarias, que se fomenten en favor de graves causas numerosas campañas en grupos laicales y religiosos, que se muevan los movimientos, que se acuda incluso a la elocuencia de los medios publicitarios, en vallas, camisetas, diarios y mochilas, pancartas y globitos.

Todo eso está muy bien y, en su medida, es necesario, pues quiere Dios servirse de esas modestas mediaciones –«cinco panes y dos peces» (Mt 14,17)– para realizar sus

obras de salvación. Pero todos los empeñados en esas santas empresas apostólicas deben saber con toda certeza que la oración de súplica ha de ir siempre por delante, como la proa de un barco. «Ora et labora», pero el *ora* por delante. Sí, es cierto, «a Dios rogando y con el mazo dando»; pero *a Dios rogando* por delante. (Puede verse mi escrito *Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción*). Solo intentan y consiguen reformas en la Iglesia aquellos que creen en la promesa de Cristo: «pedid y recibiréis» (Jn 16,24).

la vida cristiana, etc. Afirmar ese convencimiento de la fe es lo principal, sin duda. Pero ellos no se limitan a eso, sino que formulan un canon conciliar por el que debe sacarse por un breve tiempo de la comunidad eclesial, para reproche público, a quien, viviendo en la ciudad, es decir, pudiendo asistir a la Misa, no lo hace durante tres domingos seguidos. Es una medida disciplinar—canónica, conciliar—, que manifiesta en los Obispos una voluntad eficaz y cierta de reforma. Por lo demás, se sobrentiende que quien durante años no va a la Misa dominical, queda *ipso facto* excomulgado:

«Si quis in civitate positus tres dominicas ad ecclesiam non accederit, paucio tempore abstineat, ut correptus esse videatur» (canon 21).

8.— Buscando la gloria de Dios. *El amor a Dios*, el primero y más importante de los mandamientos cristianos, lleva a procurar en la Iglesia las reformas necesarias; da fuerzas eficaces para suscitar en la comunidad cristiana una fidelidad de amor plena y santa, una tal santidad que los hombres, «viendo vuestras buenas obras, glorifiquen al Padre que está en el cielo» (cf. Mt 5,16). Este amor infunde en Pastores y fieles «un celo, un celo de Dios», que reforma en la Iglesia todo lo que hay en ella de falso o de malo, para que pueda presentarse ante Cristo y ante la humanidad «como una casta virgen» (2Cor 11,2). Es un amor al Señor que, por encima de todas las cosas, busca que entre los hombres «no sea deshonrado el nombre de Dios ni su doctrina» (1Tim 6,1). Sin ese amor, sin ese celo doxológico, no hay reformas en la Iglesia, por muy necesarias que sean.

9.— Procurando la salvación de los hombres. *El amor a los hermanos*, el segundo de los mandamientos evangélicos, semejante al primero, busca de todo corazón su bien temporal y su salvación eterna. Y por eso procura con todas sus fuerzas aquellas reformas que la Iglesia necesita para manifestarse más santa y pura entre los hombres, como «sacramento universal de salvación». Sin ese amor, sin ese celo soteriológico, no hay reformas en la Iglesia. Y entonces Pastores y fieles ven con fría indiferencia—si es que lo ven— que «es ancha la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y que son muchos los que entran por ella» (Mt 7,13). Pero esto a ellos no les afecta especialmente, porque son cainitas: «¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gén 4,9).

10.— El amor a la Cruz, la vocación al martirio, es, en fin, la condición principal para que puedan darse en la Iglesia las reformas que ella necesita. Ésta es, pues, sin

(06)

6. Decálogo para las reformas de la Iglesia -y 2

—¡Increíble!... Aplicando el *Decálogo* 1-6, se ha enderezado la imagen de la Iglesia.

—No, señor. Aplicando el *Decálogo* 1-10.

7.— El ejercicio de la Autoridad apostólica es condición imprescindible para las reformas de la Iglesia. Y ese ejercicio se realiza de dos modos:

1.— *Por el ejercicio de la autoridad personal de los Pastores apostólicos.* Fácilmente se comprende, pues, que si se debilita el ejercicio de la Autoridad apostólica, por influjos culturales de origen protestante y liberal—y por temor a la Cruz—, se multiplican indefinidamente en la Iglesia los errores doctrinales y los abusos morales, litúrgicos y disciplinares. «Herido el pastor», o al menos debilitado, «se dispersan las ovejas del rebaño» (Zac 13,7; Mt 26, 31). Las reformas necesarias de la Iglesia requieren hoy sin duda una gran *parresía* en los Pastores sagrados que las pretendan; una fuerza apostólica como aquella de San Pablo:

los Apóstoles, «aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas, destruyendo consejos, y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios y doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo, prontos a castigar toda desobediencia y a reducirnos a perfecta obediencia» (2Cor 10,3-6).

2.— *Por la aplicación de la ley canónica o por la creación de nuevas normas* se ejercita también la Autoridad apostólica, que tiene gracia de estado para guardar la Iglesia en la verdad y la rectitud. La historia nos enseña que ciertas grandes epidemias doctrinales o disciplinares sufridas en la Iglesia nunca han sido vencidas sin la aplicación firme de las leyes canónicas, o incluso a veces sin la creación de otras normas nuevas, que se estimen necesarias.

Solo un ejemplo. Hacia el año 306, reunidos los Obispos en el Concilio regional de Elvira (*Iliberis*, cerca de la actual Granada), celebran el primer concilio de la Hispania bética, y en uno de los cánones enfrentan el absentismo de algunos fieles a la Misa dominical. Pues bien, no se limitan entonces los Pastores sagrados a reafirmar que la Eucaristía es el centro y el culmen de toda



duda la causa más importante de que las necesarias reformas ni se hagan ni se intenten, por obvia que sea su necesidad. Por el contrario, los Obispos, los fieles cristianos, los teólogos, los Sínodos y Concilios regionales, las congregaciones religiosas, que de verdad propugnan las reformas que en conciencia estiman necesarias, aquellas que ciertamente son queridas por Dios, saben bien que sufrirán persecuciones durísimas por parte de los deformadores y de los moderados, que de ningún modo quieren enfrentar los males ampliamente vigentes en la Iglesia de su tiempo.

Los moderados, en concreto, conocen perfectamente que, si de verdad intentan superar con la gracia de Dios ciertos males de la Iglesia, van a arriesgar muy gravemente sus favorables posiciones en la comunidad eclesial, y con toda probabilidad van a ser perseguidos, depuestos y marginados. Por eso, no lo intentan, e incluso frenan con extremo celo atento a quienes lo procuran. Por su horror a la Cruz, los moderados se obstinan con pertinacia en su moderación, rechazan con todo cuidado el martirio, y no mueven ni un dedo, ni se arriesgan en nada por las reformas necesarias, pues si temen las persecuciones del mundo, aún temen más –y con mucha razón– las persecuciones internas de la Iglesia. Así las cosas, en el mejor de los casos, combatirán los males tímidamente, con algunas palabras bien medidas, que a nadie molesten, y fomentarán quizá algunas reuniones y manifestaciones. Poco más. Es decir, nada.

Habrà que recordar de nuevo aquella advertencia de San Juan de Ávila: «Si se nos ha de dar lo que nuestro mal pide, muy a costa ha de ser de los médicos que nos han de curar» (*Memorial a Trento* II,41).

La hermosa cabecera de este blog expresa bien que solo por la cruz se pasa de la apostasía a la reforma, de las tinieblas de la mentira y del pecado a la luz de la verdad y de la santidad. Hemos de comprobarlo sobradamente cuando más adelante estudiemos en concreto algunas personas y Concilios especialmente suscitados por Dios para la reforma de la Iglesia. Todos ellos *verificaron* aquellas palabras de San Pablo: «todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» (2Tim 3,12).

Reformadores, moderados y deformadores. Para terminar este Decálogo para la reforma, y a modo de síntesis, ilustro lo dicho mirando una grave cuestión actual: la aceptación o el rechazo de la encíclica *Humanae vitae*.

–Los *reformadores* quieren que su doctrina sobre la moral conyugal se enseñe con más firmeza y urgencia en la predicación, en los cursillos prematrimoniales, en la confesión sacramental, y que sean públicamente reprobados dentro de la Iglesia tantos maestros del error que hoy la impugnan. Están por la reforma.

–Los *moderados* quieren que la doctrina de la Iglesia afirmada en la encíclica se mantenga, pero que normalmente se silencie, dejando que los matrimonios se atengan sin más a su «conciencia», y cuidando de que, por supuesto, no se contradiga ni se sancione a los innumerables autores católicos que hay la impugnan abiertamente. Ante todo y sobre todo, la libertad de expresión. La verdad acaba imponiéndose por sí misma. Éstos son los culpables principales de que no se produzcan las reformas necesarias, porque estando ellos en la luz de la verdad, la apagan.

–Los *deformadores*, que se parecen mucho a los protestantes, y aún más a los modernistas, son menos ambiguos, son bastante más claros. Ellos quieren sencillamente que la Iglesia cambie y rectifique la enseñanza de esa encíclica, que tan «gran perjuicio» ha ocasionado a la relación de la Iglesia con el mundo moderno (*cf.* Card. Martini, *Coloquios nocturnos en Jerusalén*, 2008, pgs. 141-142). Ellos están por la reforma, pero entendiéndola al revés, como cambio, es decir, como falsificación mundanizada de la doctrina católica.

(07)

7. Los laicos y las reformas en la Iglesia

–¿Y qué podemos hacer nosotros, los laicos, sin autoridad alguna en la Iglesia, para colaborar en las reformas que necesita, tanto en lo doctrinal como en lo disciplinar? Nada. Nada de nada.

–Está usted muy equivocado.

Los buenos laicos cristianos colaboran de mil modos a las reformas de la Iglesia. Es cierto que son los Pastores sagrados quienes encabezan las acciones más específicamente orientadas a las reformas necesarias. Pero es muy importante que en esa tarea sobre-humana se vean ayudados por todo el pueblo cristiano: en primer lugar por las personas especialmente consagradas, sacerdotes y religiosos, pero también por los padres de familia, profesores, artistas, escritores, administrativos, empresarios y obreros, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajadores y jubilados.

Estamos en guerra. Los cristianos han de tener siempre presente la enseñanza de Cristo, recordada por el concilio Vaticano II: «*toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y ciertamente dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas*» (GS 13b). «A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final» (37b). Estamos en guerra, y la guerra la hace todo el pueblo, encabezado por sus generales y capitanes. Dentro de este campo bélico, Pastores y fieles, bien unidos, han de «vigilar en todo tiempo y orar» (Lc 21,36), para no ser engañados y vencidos en el combate. Todos ellos, unos y otros, están gloriosamente llamados a luchar en esta gran batalla, cada uno a su modo, «según el don y la vocación que el Señor les dió» (1Cor 7,17).

Pastores y fieles han de luchar juntos contra la mentira y el pecado. Los laicos cristianos, muy especialmente los padres de familia, colaboran en las reformas necesarias guardando fidelidad a la doctrina y disciplina de la Iglesia, lo que supondrá para ellos no pocas veces actitudes heroicas, colaboran teniendo hijos, educándolos bien en el Evangelio, dándoles buen ejemplo,

vacunándoles contra las herejías del tiempo, ayudándoles a liberarse de tantas ocasiones próximas de pecado (modas, TV, playas, internet, viajes peligrosos, etc.), que muchas familias cristianas aceptan sin lucha, cuidando bien su oración y su catequesis, su escolarización, los grupos en que se integran, sus lecturas y actividades, procurando que todo lo vayan configurando a la luz del Evangelio, y no según el mundo: los horarios, los modos de vestir, los trabajos y las vacaciones, las celebraciones, etc.

En todo eso y en tantas cosas más, los laicos están colaborando con Cristo y con sus mejores capitanes en la lucha contra los deformadores y también contra los moderados –lo que a veces será más difícil, pues éstos pasan por buenos, y lo son en muchos aspectos de sus vidas y acciones–. Y así están contribuyendo muy eficazmente a las reformas que la Iglesia necesita. Si hubiéramos de expresar en dos palabras su contribución principal a la obra de reforma, nos limitaríamos a las dos palabras elegidas por la Virgen María en La Salette, Lourdes, Fátima y en tantos otros lugares: *oración y penitencia*.

Pero aquí me detendré un poco más indicando otro medio también importante que tienen los laicos para contribuir a las reformas que la Iglesia necesita:

Los laicos han de denunciar los errores doctrinales y los abusos morales y disciplinares. Dentro de la Iglesia, en parroquias, catequesis, colegios, publicaciones, Universidades, congregaciones religiosas, hay ciertos males que, por su naturaleza, difícilmente pueden ser combatidos directamente por los laicos. Y esto es así por diversas causas: porque carecen para ello de misión específica,



porque no se les tendrá en cuenta, porque no tienen los medios de acción precisos, porque les faltan a veces conocimientos teológicos y canónicos para argumentar, y por otras causas. Pero, sin embargo, *la denuncia de esos errores y abusos siempre está al alcance, o casi siempre, de los fieles*.

Jesucristo. El Maestro enseñó a los discípulos que los errores y males internos en la comunidad eclesial *deben ser denunciados*, y que la corrección fraterna ha de hacerse con una discreta gradualidad, llena de humildad, caridad y prudencia. La corrección se hará primero en privado, advirtiéndole de sus errores y abusos a la persona o al grupo desviados. Si esto no basta, convendrá reiterar el intento en compañía de otros fieles. Y «si los desoyere, *comunicalo a la Iglesia*, y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano» (Mt 18,15-17).

Vaticano II. La Iglesia quiere que todos sus hijos sean verdaderos *confesores activos de la fe católica*, y que no soporten pasivamente la presencia impune de herejías y sacrilegios dentro de la comunidad eclesial. Con eso ellos, unidos a sus Pastores, están procurando ciertamente las reformas en la Iglesia.

«Los laicos, como todos los fieles cristianos, tienen el derecho de recibir con abundancia de los sagrados Pastores los auxilios de los bienes espirituales de la Iglesia, en particular la palabra de Dios y los sacramentos. Manifiéstenseles [a sus Pastores] sus necesidades y sus deseos con la libertad y confianza que conviene a los hijos de Dios y a los hermanos en Cristo. *Conforme a la ciencia, la competencia y el prestigio que poseen, tienen la facultad, más aún, a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia*. Hágase esto, si las circunstancias lo requieren, a través de instituciones establecidas para ello por la Iglesia, y siempre con veracidad, fortaleza y prudencia, con reverencia y caridad hacia aquellos que, por razón de su sagrado ministerio, personifican a Cristo» (LG 37a).

«Por su parte, los sagrados Pastores reconozcan y promuevan la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Recurran gustosamente a su prudente consejo [...] Consideren atentamente ante Cristo, con paterno amor, las iniciativas, los ruegos y los deseos provenientes de los laicos [...] Ayudados por la experiencia de los laicos, están en condiciones de juzgar con más precisión y objetividad tanto los asuntos espirituales como los temporales, de forma que la Iglesia entera, fortalecida por todos sus miembros, cumpla con mayor eficacia su misión en favor de la vida del mundo» (ib. 37cd).

Y no olvidemos en esto que muchas veces el Padre celestial, también entre los hijos que forman su Iglesia, revela a los más pequeños verdades que quedan ocultas a los más sabios y eruditos (Lc 10,31; 1Cor 1,26-29).

Código de Derecho Canónico. La Iglesia, en los cánones 211-213, da forma imperativa y disciplinar a esa misma enseñanza del Vaticano II que acabo de citar, empleando sus mismas palabras. Y añade algo importante:

«Los fieles tienen derecho a tributar culto a Dios según las normas del propio rito aprobado por los legítimos Pastores de la Iglesia, y a practicar su propia forma de vida espiritual, siempre que sea conforme con la doctrina de la Iglesia» (c. 214).

Actualmente hay comunidades parroquiales que, sometidas a un párroco modernista, se ven obligadas a sufrir durante años una violencia enorme, mucho mayor, por ejemplo, que si les obligaran a *cambiar de rito*, pasando del rito católico al maronita –aunque éste sea un rito ortodoxo y unido a Roma–. Ahora bien, si la Autoridad pastoral no puede cambiar de rito a una comunidad parroquial, menos aún puede permitirse atropellarla sometiéndola a un pastor modernista en doctrina, moral y liturgia. Y los fieles católicos, reclamando su *derecho*, resistiendo este *abuso* intolerable, contribuyen mucho a la reforma de la Iglesia.

Redemptionis Sacramentum. Esta instrucción de la Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos (25-III-2004), del tiempo de Juan Pablo II, quiere que los fieles laicos contribuyan activamente en la lucha por la dignidad de la liturgia católica. Y perdonen que les ponga un ejemplo: si hace falta, grabando discretamente una Misa sacrilega, para denunciarla a la Autoridad diocesana pertinente.

«Cuantas veces la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos tenga noticia, al menos propable, de un delito o abuso que se refiere a la santísima Eucaristía [o a



otra partes esencial de la sagrada Liturgia, obviamente], se lo hará saber al Ordinario, para que investigue el hecho. Cuando resulte un hecho grave, el Ordinario envíe cuanto antes a este Dicasterio un ejemplar de las actas de la investigación realizada y, cuando sea el caso, de la pena impuesta» (n.181).

«De forma muy especial, todos procuren, según sus medios, que el santísimo sacramento de la Eucaristía sea defendido de toda irreverencia y deformación, y que todos los abusos sean completamente corregidos. Esto, por lo tanto, *es una tarea gravísima para todos y cada uno*, y excluida toda acepción de personas, *todos están obligados a cumplir esta labor*» (n.183).

«Cualquier católico, sea sacerdote, sea diácono, sea fiel laico, *tiene derecho a exponer una queja por un abuso litúrgico [o por una herejía manifiesta]* ante el Obispo diocesano o el Ordinario competente, o ante la Sede Apostólica, en virtud del primado del Romano Pontífice [can. 1417]. Conviene, sin embargo, que, en cuanto sea posible, la reclamación o queja sea expuesta primero al Obispo diocesano» (n.184).

En otras ocasiones, con el favor de Dios, hemos de considerar más detenidamente las armas apostólicas, espirituales y también canónicas que la Iglesia pone en manos de los fieles laicos para afirmar la ortodoxia y para rechazar la heterodoxia.

–II–

Qué debe reformarse

(08)

1. Salvación o condenación –1

–¿Y usted cree que hoy es posible predicar a los hombres hablándoles de una salvación o condenación eterna después de la muerte?

–Yo creo que sí. Más aún, es *de fe* que el Evangelio puede y debe ser predicado a toda criatura hasta que Cristo vuelva.

Falsifican completamente el Evangelio quienes evitan sistemáticamente su dimensión soteriológica. En el orden doctrinal es éste uno de los temas que más urgente *reforma* necesita. *Reforma o apostasía*.

Jesús es el Salvador de los hombres-pecadores. *Los hombres necesitamos un Salvador divino, porque somos pecadores de nacimiento:* «pecador me concibió mi madre» (Sal 50,7). Y en la plenitud de los tiempos, el Hijo divino eterno «por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo y se hizo hombre» (Credo). Los ángeles anuncian a los pastores el nacimiento de «el Salvador» (Lc 2,11). Él se dice enviado para «llamar a conversión a los pecadores» (Lc 5,32), comienza su predicación llamando al arrepentimiento (Mc 1,15), y termina su misión salvadora ofreciendo su vida en el sacrificio de la cruz «para el perdón de los pecados» (Mt 26,28). Ascendido Cristo al Padre, recibimos el Espíritu Santo, que hace nacer la Iglesia como «sacramento universal de salvación» (Vaticano II, *LG* 48, *AG* 1).

Jesús siempre que predica habla de salvación o condenación. Y lo hace precisamente porque su Evangelio es «la epifanía del amor de Dios hacia los hombres» (Tit 3,4). Sabe Jesús que, predicando así, va a sufrir por ello rechazo y muerte; pero sabe también que, silenciando esa verdad, los hombres persistirán en sus pecados, se perderán para siempre y no vendrán a la felicidad temporal y eterna. Por eso continuamente en su predicación les advierte que *en esta vida temporal se están jugando una vida eterna* de felicidad o de condenación.

Las referencias implícitas al binomio salvación–condenación que se encuentran en el Evangelio son numerosas, como por ejemplo: «éste está destinado para ruina y resurrección de muchos» (Lc 2,34). Pero no las citaré aquí, aunque son a veces muy claras (*cf.* Mt 13,15;

19,17; Lc 1,53; 12,20; 12,58-59; 13,8-9; 13,34-35; Jn 10,9-10) etc.

Tampoco recogeré aquí los textos, bastante frecuentes, que *solo hacen referencia a la salvación*: expresiones como «entrar en la vida», o exhortaciones como «atesorado para vosotros en el cielo» (Mt 6,20; cf. 10,22; 22,30; Lc 10,20; 14,14; 19,9; 23,43). O como «quien escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene la vida eterna y no va a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida» (Jn 5,24).

Las referencias explícitas al binomio salvación–condenación, o referidas solo a la condenación son las que a continuación transcribo en forma abreviada. Y en cada caso cito solo un Evangelio concreto, sin señalar los lugares paralelos que a veces se hallan en los otros Evangelios.

–Avisa Juan Bautista, «raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la cólera que os espera?». En la era hay trigo para el granero y paja para el fuego (Mt 3,7-12).

–Crear o no creer en Cristo trae salvación o condenación (Jn 3,18-19.36).

–«Cuantos hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; los que hicieron el mal, para la resurrección de la condenación» (Jn 5,29).

–«No he venido a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5,32).

–La sal buena y la sal mala, que se tira fuera. ¡Quien tenga oídos para oír, que oiga! (Lc 14,34-35).

–«Si vuestra justicia no fuera más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5,20).

–«Más te vale perder uno de tus miembros, antes que tu cuerpo entero sea arrojado al infierno» (Mt 5,29-30).

–Los que tengan fe como el centurión, se sentarán a la mesa con Abraham. «Mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crugir de dientes» (Mt 8,11-12).

–«¿Qué provecho saca uno con ganar el mundo entero si pierde su vida?» (Mc 8,35).

–Puerta angosta de salvación y ancha de perdición, por la que entran muchos (Mt 7,13-14).

–Árbol bueno que da frutos buenos, y árbol malo que da frutos malos, y que se echa al fuego (Mt 7,17.19).

–No basta decir «Señor, Señor», si no se hace la voluntad de Dios: «alejáos de mí los que hicisteis el mal» (Mt 7,21-23).

–Escuchando y cumpliendo la palabra de Cristo, se edifica sobre roca y se logra salvación; de otro modo, se construye sobre arena, y viene la ruina total (Mt 7,24-27).

–La ciudad que rechace a quienes Cristo envía como ovejas entre lobos será tratada aquel día con mayor rigor que Sodoma (Lc 10,3-12).

–«¡Ay de ti, Corazain! ¡Ay de ti, Betsaida!... Y tú, Cafarnaúm ¿por ventura te levantarás hasta el cielo? Caerás hasta el infierno» (Lc 10,13-15).

–El final de aquel hombre, dominado por los demonios, resulta peor que el principio. «Así sucederá a esta generación perversa» (Mt 12,45).

–«Si alguno habla contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro» (Mt 12,32).

–«Por tus palabras te justificarás y por tus palabras te condenarás» (Mt 12,36-37).

–La reina del Sur y «los habitantes de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán» (Lc 11,31-32).

–Dos plantas mezcladas en un campo, trigo y cizaña. En la siega final, el trigo va al granero de Dios. Y «como se ata la

cizaña y se arroja al fuego, así sucederá al fin del mundo» (Mt 13,30.39-40).

–«Mirad, pues, cómo oís, porque al que tiene, se le dará, y al que no tiene, se le quitará aun lo que cree tener» (Lc 8,18).

–Se pedirá cuenta a esta generación por los profetas asesinados. «¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia, y no entráis vosotros ni dejáis entrar a los que lo intentan!» (Lc 11,50-52).

–«Temed a aquel que, después de matar, tiene poder para enviar al infierno» (Lc 12,5).

–Felices los siervos que al volver el señor los encuentra cumpliendo con su deber. Maldito el siervo que no cumple: «vendrá su amo en el día que no espera y en la hora que no conoce, lo castigará severamente y le dará la suerte de los infieles» (Lc 12,37-38.45-46).

–«Yo os lo aseguro: si vosotros no os arrepentís, todos moriréis igualmente» (Lc 13,3).

–El reino de los cielos es como red que pesca peces buenos y malos. Y así será «al fin del mundo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de los justos, y los arrojarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 13,47-50).

–«Uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: luchad para entrar por la puerta estrecha, porque yo os digo que muchos pretenderán entrar y no podrán». Algunos gritarán, «Señor, ábrenos»; pero Él les contestará: «alejáos de mí todos los obradores de la iniquidad. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, pero vosotros arrojaos fuera. Vendrán del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, y se sentarán a la mesa, en el reino de Dios» (Lc 13,23-29).

–Ninguno de los invitados a la boda descorteses gozará del banquete del Señor (Lc 14,24).



–Muere el pobre Lázaro y es acogido en el seno de Abraham. Muere el rico y va al infierno, donde, estando entre tormentos, pide inútilmente que avisen a sus hermanos para que eviten su pésima suerte (Lc 16,22-28).

–Cuando aparezca finalmente el Hijo del Hombre, «uno será tomado y el otro dejado» (Lc 17,30.34).

–«A todo el que me confesare delante de los hombres, yo lo confesaré delante de mi Padre celestial. A quien me negare delante de los hombres, yo lo negaré delante de mi Padre celestial» (Mt 10,32).

–El que come del pan celestial, que es Cristo, vivirá eternamente; el que no come su cuerpo ni bebe su sangre, no tendrá vida (Jn 6,51.53).

–Dice Jesús de los fariseos: «toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada. Dejados: son ciegos conducto-

res de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa» (Mt 15,13).

–El que por amor a Cristo pierde su vida, la salva. El que trata de ganarla, avergonzándose de Él «ante esta generación adúltera y pecadora», la perderá para siempre (Mc 8,35-38).

–«Quien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valiera que le ataran al cuello una piedra de moler que mueven los asnos y lo arrojasen al profundo del mar... Es necesario que haya escándalos, pero ¡ay de aquel por quien viene el escándalo!» (Mt 18,3.67).

–«Si tu ojo te escandaliza, sácalo de ti: más te vale entrar en el reino de Dios con un solo ojo, que con dos ojos se arrojado al infierno, donde el gusano no muere, ni el fuego se apaga» (Mc 9,47-48).

–Jesús dice a los judíos que le rechazaban: «Si no creyéreis que yo soy, moriréis en vuestro pecado... El padre de quien vosotros procedéis es el diablo, y queréis hacer lo que quiere vuestro padre... el padre de la mentira. A mí, en cambio, porque digo la verdad, no me creéis. El que es de Dios oye las palabras de Dios; vosotros no las oís porque no sois de Dios» (Jn 8,21-24.44-47).

–Que los ricos entren en el reino de Dios es imposible para los hombres, pero posible para Dios (Mc 10,24.27).

–Hay que utilizar bien los talentos recibidos de Dios. «Y al siervo inútil arrojado a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de los dientes» (Mt 25,30).

–«Os digo que el reino de Dios se va a quitar a vosotros, para concederlo a un pueblo que dé sus frutos. Todo el que caiga sobre esta piedra se estrellará, y sobre quien ella caiga, lo aplastará» (Mt 21,43-44).

–Acerca del que entró en las bodas vestido indignamente, dijo el rey a los sirvientes: «atadlo de pies y manos, y arrojadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos» (Mt 22,12-14).

–«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!... ¡Serpientes, raza de víboras! ¿cómo podréis escapar de la condenación del infierno?» (Mt 23,13.33).

–«Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un discípulo y cuando llega a serlo, lo hacéis merecedor del fuego eterno, dos veces más que vosotros» (Mt 23,15).

–«El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien lo condene: la palabra que he hablado, ésa le condenará en el último día» (Jn 12,48).

–Cuidado con no cebarse con los bienes de este mundo, olvidando el Reino. «Velad y orad en todo tiempo, para que podáis escapar a todas estas cosas que han de venir, y comparecer seguros ante el Hijo del hombre» (Lc 21,34-36).

–Las vírgenes prudentes entran en las bodas del Esposo. Pero cuando las necias llaman: «Señor, Señor, ábrenos. El les respondió: en verdad os digo que no os conozco. Vigilad, porque no sabéis el día ni la hora» (Mt 25,10-12).

–«Venid, benditos de mi Padre, entrad a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo... Y dirá a los de su izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles... E irán al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna» (Mt 25,34.41.46).

–«¡Ay de aquel hombre [Judas] por quien el Hijo del hombre es entregado! Más le valiera no haber nacido» (Mt 26,24).

–Los sarmientos que permanecen en la Vid dan fruto. Pero «si alguno no permanece en mí, será arrojado fuera, como el sarmiento, y se secará. Los recogerán, echarán al fuego y arderán» (Jn 15,5-6).

–«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare, se salvará; el que no creyere, se condenará» (Mc 16,15-16).

Son más de cincuenta textos explícitos, distintos, en los que Cristo anuncia salvación o condenación. Eso significa que nuestro Salvador predicaba siempre dando a su Evangelio un fondo soteriológico permanente. Y por cierto, hablaba el buen Jesús «un lenguaje evangélico» – ay, madre– acerca del cual convendrá que en su momento hagamos algunas consideraciones.

Los Apóstoles predicán el mismo Evangelio de Cristo. *Prolongan la misma predicación del Maestro, en fondo y forma, sin desfigurarla ni modificarla en nada. Ellos creen en el pecado original, y ven a la humanidad como un pueblo inmenso de pecadores, dignos de condenación eterna: «todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios» (Rm 3,23). Todos necesitan la salvación de Cristo, una salvación obtenida por gracia. Ninguno sin ésta es digno de salvación, es decir, ninguno puede salvarse a sí mismo.*

«Todos admitimos que Dios condena con derecho a los que obran mal... Tú, con la dureza de tu corazón impenitente te estás almacenando castigos para el día del castigo, cuando se revelará el justo juicio de Dios pagando a cada uno según sus obras. A los que han perseverado en hacer el bien, porque buscaban contemplar su gloria y superar la muerte, les dará vida eterna; a los porfiados que se rebelan contra la verdad y se rinden a la injusticia, les dará un castigo implacable» (Rm 2,2.4-8).

Ésta es la predicación de la Iglesia en toda su historia, en sus Padres y Concilios, lo mismo que en sus santos: Crisóstomo, Agustín, Bernardo, Francisco, Ignacio, Javier, Montfort, Claret, Cura de Ars, Padre Pío. Es el Evangelio que, convirtiendo a los pecadores, forma un pueblo santo para el Señor.

Unas buenas preguntas finales. Pues bien, ¿creen ustedes que la Iglesia hoy consigue que los hombres se enteren de que en la vida presente se están jugando una vida eterna de felicidad o de condenación? ¿Estiman ustedes que puede omitirse sistemáticamente en la predicación, en la catequesis, en la teología, toda alusión a esa dimensión soteriológica sin falsificar profundamente el Evangelio y sin desvirtuarlo? ¿Piensan que esa omisión es hoy frecuente en no pocos ámbitos de la Iglesia? Y en caso afirmativo: ¿conocen ustedes quizá otras causas que expliquen más y mejor la falta de vocaciones, el absentismo masivo a la Misa dominical, la anticoncepción generalizada, la mundanización de los cristianos y su frecuente apostasía?

Seguiremos, Dios mediante, con el tema.

dad del Maligno. Y no saben que «la maldad da muerte al malvado» (Sal 33,22). *Por eso, porque el Padre de la Mentira les mantiene engañados, por eso siguen pecando.* Tranquilamente.

«Vosotros –les dice Cristo– sois de vuestro Padre, el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro Padre. Éste es homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y Padre de la Mentira. Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis» (Jn 8,44).

Estos pobres pecadores, sujetos al Padre de la Mentira, piensan que, una de dos, o no hay otra vida tras la muerte, o si la hay, ha de ser necesariamente feliz y no desgraciada. Pero en todo caso, lo que les resulta inadmisible es que, finalmente, hayan de responder de la bondad o maldad de sus propias obras. Lo que se niegan a creer es que sus obras del tiempo presente –tan pequeñas, condicionadas, efímeras, aunque sean innumerables– puedan tener una repercusión eterna de premio o de castigo. Nadie sabe nada cierto –ni filosofías ni religiones– sobre lo que pueda haber después de la muerte. En el caso de que haya una pervivencia, los pecadores no tienen especiales dificultades para creer en un cielo posible. Pero en lo que no quieren creer en absoluto es en el infierno, pues ello les obligaría a cambiar totalmente su vida: su modo de pensar y su modo de obrar.

Jesucristo salva a los hombres diciéndoles la verdad por el Evangelio. Si procedente del Diablo, es la mentira la que introduce a todos los hombres pecadores por la «puerta ancha y el camino espacioso», que lleva a una perdición temporal y eterna (Mt 7,13), será Jesucristo, la Verdad, el único Camino que puede llevarles a la vida verdadera y a la salvación eterna. Por eso, compadecido Dios de la suerte temporal y eterna de la humanidad, envía con todo amor a su Hijo: «tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3,16). Él ha venido al mundo «para dar testimonio de la verdad» (18,37), sabiendo que solo ella puede hacernos libres (8,32), libres del Diablo, del mundo y de nosotros mismos.

Predica Jesús una verdad que para los hombres será vida, y para Él muerte. *Es, pues, el amor a los hombres lo que mueve a Cristo a decirles que no sigan pecando, que por ese camino van derechamente a su perdición temporal y eterna.* Él ha venido a buscar a los pecadores, y para salvarlos de los terribles males que les aplastan y les amenazan después en la vida eterna, les habla «con frecuencia» del infierno, como dice el *Catecismo de la Iglesia* (n.1034), y como ya lo comprobamos aquí nosotros en el número anterior, recordando más de cincuenta citas del Evangelio.

Cristo revela a los pecadores con palabra fuerte y clara 1.- que hay después de la muerte una existencia eterna; 2.- que los actos humanos, conscientes y libres, realizados en la vida presente, tienen una repercusión eterna de salvación o de condenación, de felicidad o de desgracia. Y sabe Jesús que este Evangelio va a ocasionar su muerte.

Cristo es rechazado hoy, como hace veinte siglos, porque amenaza con el infierno a los pecadores, llamándoles a conversión. Si Cristo hubiera desdramatizado la oferta de su Evangelio, si hubiera dado a éste una orientación solamente «positiva» –exhortando al amor

(09)

2. Salvación o condenación –y 2

–Pues si no se predica el Evangelio cuando se silencia sistemáticamente el tema salvación o condenación, eso significa que hoy el Evangelio apenas se predica.

–Efectivamente, apenas se predica en nuestras parroquias, catequesis y misiones. Bueno, ya se entiende que estas afirmaciones requieren muchos matices: en ciertas Iglesia locales, etc. Digamos que se predica, pero muy deficientemente, con muy poca fuerza para suscitar en los hombres de hoy la fe y para motivarles a conversión.

Los pecadores, la descendencia de Adán, están en un error mortal: *piensan que pueden hacer de su vida lo que les dé la gana, sin que pase nada*, es decir, sin sufrir castigos en ésta y en la otra vida. Con una ceguera espiritual insolente, llena de soberbia, creen los pecadores que, impunemente, pueden gobernarse por sí mismos, sin sujeción alguna al Señor Creador. Piensan que ellos mismos son dioses, capaces de decidir qué es bueno o malo (Gén 3,5), y que por tanto pueden renunciar al pensamiento racional, autorizándose al absurdo y abandonándose a las pensaciones. Estiman que pueden legalizar el aborto, los matrimonios homosexuales y lo que les venga en gana.



Creen igualmente que pueden autorizarse a vivir en el lujo, matando a otros hombres que, sin su ayuda, mueren de hambre y enfermedad. Piensan que en esta vida es perfectamente lícito no dedicarse a «hacer el bien», sino a «pasarla bien». *No temen, en fin, que su conducta les acarree penalidades tremendas en este mundo y eternas en el otro.*

Ignoran que la maldad del hombre pecador es diabólica, en su origen y en su persistencia: es una cautivi-

de Dios y de los hombres, a la justicia, a la solidaridad y a la paz, a la vida digna y noble—, en fin, si hubiera silenciado cautelosamente toda alusión trágica a las consecuencias infinitamente graves que necesariamente vendrán del rechazo de la Verdad, los hombres le habrían recibido, o al menos lo hubieran dejado a un lado, pero no se hubieran obstinado en matarlo, como lo hicieron entonces y lo siguen haciendo ahora.

El rechazo de Cristo Salvador es antes que nada un rechazo insolente de la mera posibilidad del infierno. El hombre pecador quiere mantenerse firme e inquebrantable en su convicción fundamental de que puede hacer de su vida lo que le dé la gana, sin tener que responder ante Nadie. Y sin que por eso pase nada. Al menos nada catastrófico. En otras palabras, rechaza a Cristo, afirmando que no necesita ser salvado de nada.

A Cristo lo matan por avisar del peligro del infierno con tanta insistencia. No entienden los hombres, es decir, los pecadores, que, precisamente por eso, hay que ver siempre el Evangelio de Cristo como una «epifanía del amor de Dios hacia los hombres» (Tit 3,4), lo mismo cuando les declara el amor inmenso que les tiene Dios misericordioso, como cuando les manda amar a Dios con todas las fuerzas del alma, o cuando les ordena temer «a quien tiene poder para destruir alma y cuerpo en la gehena» (Mt 10,28).

Ésta es la explicación principal de que hoy en tantas partes la predicación del infierno sea sistemáticamente silenciada. El horror a la Cruz. De ahí se derivan la infidelidad de tantos cristianos, que han perdido el temor de Dios, la ausencia de vocaciones y la no-conversión de los pecadores, que persisten tranquilamente en sus pecados.

La predicación de los Apóstoles es la misma de Jesús. Ellos también, dando testimonio pleno de la verdad, vivificaron a los hombres y ocasionaron su propia muerte. Según esta visión, San Pablo distingue entre aquellos que «están en vías de perdición» y aquellos que, gracias a la cruz de Cristo, «están en vías de salvación» (1Cor 1,18). En su enseñanza, como en la del Maestro, siempre está como un trasfondo el tema de la salvación o la condenación:

«Vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habéis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo [mundo], bajo el príncipe de las potestades aéreas, bajo el espíritu que actúa en los hijos rebeldes [demonio]; entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo, y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo la voluntad de ella y sus depravados deseos, siendo por nuestra conducta hijos de ira, como los demás [carne]. Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos, por nuestros delitos, nos dió vida por Cristo: de gracia habéis sido salvados» (Éf 2,1-5).

La existencia del infierno ha sido afirmada por el Magisterio apostólico en repetidas ocasiones, también recientemente en el concilio Vaticano II (LG 48d). Y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, concretamente, recogiendo las enseñanzas bíblicas y magisteriales, dice así:

«Morir en pecado mortal, sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. *Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra “infierno”*» (n.1033). «*Jesús habla con frecuencia de la “gehenna” y del “fuego que nunca se apaga”* (cf. Mt 5,22.29; 13,42.50; Mc 9,43-48), reservado a los que hasta el fin de su vida rehúsan

creer y convertirse, y donde se puede perder a la vez el alma y el cuerpo (cf. Mt 10,28). Jesús anuncia en términos graves que “enviará a sus ángeles, que recogerán a todos los autores de iniquidad... y los arrojarán al horno ardiendo” (Mt 13,41-42), y que pronunciará la condenación: “¡alejaos de mí, malditos, al fuego eterno!”» (Mt 25,41) (n.1034).

¿Un infierno vacío? La hipótesis de un teólogo famoso —que felizmente no fue creado Cardenal—, según la cual el infierno sería una mera *posibilidad*, por la misericordia de Dios nunca cumplida, es inconciliable con la fe católica. Es cierto que la Iglesia nunca podrá declarar que determinados hombres están en el infierno, como declara infaliblemente, en las canonizaciones, que otros están en el cielo. Y es también cierto que la voluntad salvífica universal de Dios puede salvar a muchos hombres, aparentemente perdidos, «por los caminos que Él sabe» (Vaticano II, AG 7; cf. *Dominus Iesus* 20-22). Pero también *sabe la Iglesia que algunos hombres se condenarán, porque Cristo lo anuncia en el Evangelio.* Tanto en Oriente como en Occidente, de forma unánime durante veinte siglos, las palabras de Cristo se han entendido siempre como *profecías* de lo que realmente sucederá.

Es importante saber en esto —escribe el P. Cándido Pozo, S. J.— que, en el concilio Vaticano II, «con motivo de la petición de un Padre que deseaba una declaración de que hay condenados de hecho (para que el infierno no permaneciera con un sentido de mera hipótesis), la *Comisión teológica* insistiera en la forma gramatical futura (y no condicional) que poseen los textos evangélicos que se aducen en el número 48 [de la constitución *Gaudium et spes*] al hablar del infierno [saldrán, irán]. Esta respuesta de la *Comisión teológica* excluye una interpretación meramente hipotética del infierno» (En *Teología del más allá*, BAC 282, 1981², 555; cf. 455, el autor afirma que esa respuesta es «una interpretación oficial» de la doctrina conciliar; cf. J. A. Sayés, *Más allá de la muerte*, San Pablo, Madrid 1996,157).

Reforma o apostasía. No nos engañemos. Sin avisar claramente de la posibilidad de una salvación o de una condenación eternas, *es absolutamente imposible evangelizar a los hombres*, que seguirán pecando sin temor a nada. Si se les da un Evangelio despojado de su intrínseca dimensión soteriológica, se les predica un Evangelio falsificado, sin poder de salvación. No se les da *la verdad*, la única que puede salvarlos de la cautividad del Padre de la Mentira (Jn 8,45). La Iglesia dejaría de ser «sacramento universal de salvación» para transformarse en una gran Obra universal de beneficencia.

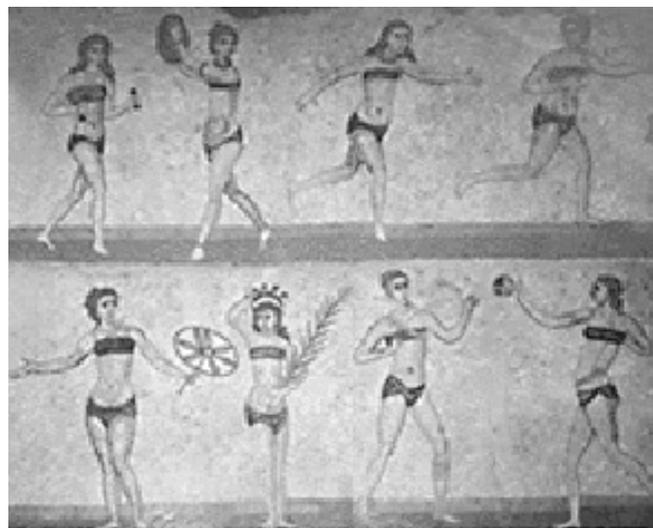
Pensando, pues, en la *evangelización* del mundo de la misiones, pensando en la *reevangelización* del Occidente deschristianizado, recordemos el amor heroico de Cristo hacia los hombres, que no temió entregar por ellos su vida en la cruz, con tal de darles la Verdad, la única que, con Su gracia, puede hacerles libres del pecado, del mundo y del demonio.

Ésta ha sido la fe constante de Israel y de la Iglesia de Cristo.

Ciertas modas en el vestir, ciertos espectáculos, ciertas playas y piscinas, en las que casi se elimina totalmente ese velamiento del cuerpo humano querido por Dios, son inaceptables para los cristianos, que solamente los aceptan cuando se avergüenzan de su fe y caen en una apostasía explícita o implícita. Son *costumbres mundanas, paganas*, ciertamente contrarias, como lo comprobaremos con el favor de Dios, a la antigua enseñanza de los Padres y a la tradición cristiana, que venció el impudor de los paganos.

La desnudez total o parcial –relativamente normales en el mundo greco-romano, en termas, teatros, gimnasios, juegos atléticos y orgías–, fue y ha sido rechazada por la Iglesia siempre y en todo lugar. Volver a ella no indica ningún *progreso* –recuperar la naturalidad del desnudo, quitarle así su falsa malicia, etc.–, sino una *degradación*. Es un mal, pues «el mal es la privación de un bien debido», en este caso el vestido (*STh I,48,3*).

Es una indecencia que hombres y mujeres se muestren semi-desnudos en público. Aunque esa costumbre esté hoy moralmente aceptada por la gran mayoría, tam-



bién de los cristianos, sigue siendo mundana, *anti-cristiana*. Jesús, María y José de ningún modo aceptarían tal uso, por muy generalizado que estuviera en su tierra. Y tampoco los santos. Como tampoco lo aceptan hoy, en la vida religiosa o laical, los mejores fieles cristianos.

Ocasión próxima de pecado. Es prácticamente imposible que alguien asuma, en sí mismo o en la contemplación de los otros, ese alto grado de desnudez –sin *pecado de impureza*, o al menos sin peligro próximo, propio o ajeno, de incurrir en él, según aquello de Cristo: «todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón» (Mt 5,28), y –sin *pecado de vanidad* positiva, orgullo de la belleza propia, o negativa, pena por la propia fealdad, lo que viene a ser lo mismo.

Por otra parte, aunque una persona se viera exenta de las tentaciones aludidas –cosa difícil de creer, al menos si su constitución psico-somática es normal–, en todo caso hace un daño al bien común espiritual apoyando activamente con su conducta *una costumbre mala*, que es ciertamente para la mayoría de los prójimos una ocasión de muchas tentaciones, y que, desacralizando la intimidad personal, devalúa el cuerpo, y consiguientemente la persona misma, ofreciendo su vista a cualquiera.

(10)

3. El pudor –1

–¿Y cómo se le ocurre a usted ahora hablarnos del pudor?

–Tengo para ello varias razones, y todas válidas. En realidad, al mismo tiempo, haré el elogio del pudor, trataré del impudor generalizado hoy en el pueblo cristiano como un signo más de apostasía, que pide conversión y reforma; y señalaré el actual silenciamiento lamentable del Evangelio del pudor, silenciamiento que exige también reforma. ¿Vale?

La castidad es una virtud que, bajo la moción de la caridad, orienta y modera santamente el impulso genésico humano, tanto en sus aspectos físicos como afectivos. Implica, pues, en la persona libertad, dominio y respeto de sí misma, así como caridad y respeto hacia los otros, que no son vistos como objetos, sino como personas. Es la castidad una gran virtud, incluida en la templanza, y es por tanto en la persona *una fuerza* espiritual (*virtus*), una *inclinación* buena, una facilidad para el bien propio de su honestidad, y consiguientemente una *repugnancia* hacia el impudor y la lujuria que le son contrarios.

Y el pudor es un aspecto de la castidad. Mientras la castidad modera el mismo impulso genésico, el pudor ordena más bien las miradas, los gestos, los vestidos, las conversaciones, los espectáculos y medios de comunicación, es decir, todo un conjunto de circunstancias que se relacionan más o menos con aquel impulso sexual.

Por eso dice Santo Tomás que «el pudor se ordena a la castidad, pero no como una virtud distinta de ella, sino como una circunstancia especial. De hecho, en el lenguaje ordinario, se toma indistintamente una por otra» (*STh II-II, 151,4*). Y Pío XII enseña que el sentido del pudor consiste «en la innata y más o menos consciente tendencia de cada uno a defender de la indiscriminada concupiscencia de los demás un bien físico propio, a fin de reservarlo, con prudente selección de circunstancias, a los sabios fines del Creador, por Él mismo puestos bajo el escudo de la castidad y de la modestia» (*Discurso 8-XI-1957*). Juan Pablo II, en su notable serie de alocuciones sobre *El amor humano en el plan divino*, nos dejó preciosos textos sobre el pudor, sobre todo en los discursos habidos entre 16-04-1980 y 6-05-1981.

La mayoría de los lectores de este blog tienen, probablemente, una cierta idea de la castidad. Pero quizá muchos de ellos, en cambio, apenas han recibido nunca el Evangelio del pudor. Viven en Babilonia, o si se prefiere, en Corinto, y no se dan cuenta a veces de las enormes dosis de impudor que han ido asumiendo sin mayores problemas de conciencia. Y esto, lo sepan o no, lo crean o no, lo quieran o no, trae para ellos y para otros pésimas consecuencias.

La extraña doctrina del pudor, apenas conocida y apreciada en el mundo pagano, llega al conocimiento de los pueblos por la Revelación bíblica, en relación con el pecado original. La Biblia, en efecto, presenta la vergüenza de la propia desnudez como un sentimiento originario de Adán y Eva, como una actitud cuya bondad viene confirmada por Dios, que «les hizo *vestidos*, y les vistió» (Gén 3,7.21). Quedarse, pues, en público casi *des-vestidos* es algo contrario a la voluntad de Dios, es algo perverso.

Por hoy es *bastante*. (Y algunos estimarán que ya con este poco es *demasiado*).

**Post post*. Por primera vez, un francés, el 3 de julio de 1946, expuso en su colección de trajes de baño uno de dos piezas, que llamó *bikini*, por considerarlo tan explosivo como la bomba atómica que cuatro días antes se hizo explotar en el atolón de Bikini, en el Pacífico. Pero esta misma prenda mínima de vestido femenino ya era conocida en el mundo greco-romano, como puede comprobarse, p. ej., en los mosaicos de un palacio de Villa del Casale, Sicilia, que datan aproximadamente del año 300, poco antes del final del paganismo imperial (314). En 1951, en el concurso de *Miss Mundo*, se desaconsejó llevarlo a las concursantes: se consideraba excesivamente indecente. La paganización de gran parte de los bautizados, medio siglo después, tiene un signo claro en la aceptación del bikini por muchas mujeres cristianas, y por igual número de hombres cristianos, maridos, padres, hermanos, que lo aprueban.

de costumbres había llegado a tanto que ya algunos moralistas la denuncian con fuerza:

Juvenal: «basta que aparezcan tres arrugas en el rostro de Bibula para que Sertorius, su marido, se vaya a la búsqueda de otros amores, y para que un libertino de la casa le diga: “recoja sus cosas y lárguese”». Y las esposas tampoco se quedan atrás. Dice Séneca: «se divorcian para casarse y se casan para divorciarse (*exeunt matrimonii causa, nubunt repudii*)». Marcial: «Éstas, que se casan y divorcian tantas veces, en realidad viven en un continuo adulterio legal (*quæ nubunt totiens, non nubunt: adultera lege est*)».



En los primeros siglos, queda ya muy atrás la nobleza del gran teatro clásico romano, y son las comedias de violencia y sexo –muy semejantes a las de hoy en cine y TV–, las que, estimulando las más bajas pasiones del pueblo, consiguen los mayores éxitos. Esclavos y esclavas están a merced de sus señores. Las *termas*, los baños mixtos cotidianos, en un marco de belleza, ocio y sensualidad, son costumbre diaria, tan integrada durante siglos en la vida social greco-romana, que quien no es asiduo a las termas en cierto modo se auto-excomulga de la vida social. Los mismos paganos entendían que las termas eran una factor de degradación: *balnea, vina, Venus, corrumpunt corpora nostra, sed vitam faciunt* –baños, vinos y Venus corrompen nuestros cuerpos ¡pero nos dan la vida!–.

El cristianismo es en la historia de la humanidad la primera fuerza espiritual que arraiga en un Pueblo nuevo internacional el pudor, la castidad y la monogamia. Cristo y su Iglesia consiguen este milagro histórico, por la comunicación del Espíritu Santo, «que renueva la faz de la tierra». Los cristianos, ciertamente, pecarán a veces contra esas virtudes, pero, como veremos, la reacción entonces de la Iglesia, no solo por la predicación sino incluso por la disciplina penitencial comunitaria, mantendrá siempre vivo el Evangelio del pudor y de la castidad.

En los escritos de los Padres quedan huellas frecuentes del *asombro que en los paganos causaba el pudor de las mujeres cristianas*, y la admiración que en muchos casos suscitaba la belleza de la castidad. No parece excesivo afirmar que el testimonio cristiano de la castidad y del pudor fue una de las causas más eficaces de la evangelización del mundo greco-romano, que en gran medida ignoraba la grandeza y hermosura de esas virtudes.

Los Apóstoles, recordando las enseñanzas de Jesús acerca del horror de quienes escandalizan (Lc 17,1-2) y la posibilidad de caer en el pecado de impureza solamente por las miradas y el mal deseo (Mt 5,28), predicaban la modestia y el pudor, uniéndoles el espíritu de la pobreza evangélica. Y así exhortan a las mujeres:

«Vuestro adorno no ha de ser el exterior, de peinados complicados, aderezos de oro o el de la variedad de los vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un

(11)

8. El pudor –2

–Yo esperaba que ya hubiera terminado usted de hablar del pudor.

–Vana esperanza, craso error. Póngase cómodo y siga leyendo.

En Israel inicia Dios, como ya vimos, la revelación del pudor y de la castidad. Inocencia - desnudez - pecado - concupiscencia - vergüenza - vestidos, «Dios los vistió» (Gén 3).

Juan Pablo II, en su serie de 129 catequesis sobre el amor humano en el plan divino, dedica al pudor un buen número de ellas, y hace en una esta observación de gran agudeza: «el nacimiento del pudor en el corazón humano va junto con el comienzo de la concupiscencia –la triple concupiscencia, según la teología de Juan (cf. 1Jn 2,16)–, y en particular de la concupiscencia del cuerpo. El hombre tiene pudor del cuerpo a causa de la concupiscencia. Más aún, tiene pudor no tanto del cuerpo, cuanto precisamente de la concupiscencia» (*cateq.* 28-V-1980, 5; +4-VI-1980).

La Biblia inculca, pues, en Israel desde el principio el pudor en el vestir, y también otros aspectos del pudor y de la castidad, por ejemplo, en las miradas: «no fijas demasiado tu mirada en doncella, y no te perderás por su causa» (Eclo 9,7-8; cf. Job 31,1). Pero todavía pudor y castidad son virtudes escasamente conocidas y precariamente vividas. Tengamos en cuenta que la sociedad judía incluía esclavas y cautivas de guerra, que la poligamia fue practicada desde antiguo (Abraham, Gén 25,6; David, 2Sam 3,25; Salomón, 1Re 11,1; +14,21), y que el repudio, es decir, el divorcio, podía obtenerse con suma facilidad.

Los paganos viven sin mayores problemas de conciencia el impudor y la lujuria, el divorcio, la poligamia, la sodomía, el aborto y el adulterio. San Pablo, cuando describe las miserias del paganismo, enumera ampliamente estas maldades, señalando que «no solo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen» (Rm 1,18-32). La degradación



espíritu apacible y sereno; ésa es la hermosura en la presencia de Dios. Así es como en otro tiempo se adornaban las santas mujeres que esperaban en Dios» (1Pe 3,3-5). «En cuanto a las mujeres, que vayan decentemente arregladas, con pudor y modestia, que no lleven cabellos rizados, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino que se adornen con buenas obras, como conviene a mujeres que hacen profesión de religiosidad» (1Tim 2,9).

Los santos Padres predicaban también con gran frecuencia el Evangelio del pudor y de la castidad. Y llama la atención que incluso en

los primeros siglos –viviendo la Iglesia en medio de tantas persecuciones y sufriendo también terribles y numerosas herejías, antes de los grandes Concilios dogmáticos– mantienen en sus predicaciones y escritos frecuentes exhortaciones sobre el pudor, la castidad, la renuncia a espectáculos, termas, teatros escandalosos y contra todo lo que fuera ocasión próxima de pecado. No quiero cansarles multiplicando las citas: Clemente de Alejandría, San Cipriano, San Atanasio, etc., que por lo demás pueden consultar en mi obra *Elogio del pudor*.

Constituciones de los Apóstoles. Me limitaré a transcribir aquí algunos textos de las *Constituciones de los Apóstoles*, documento muy venerado en la Iglesia antigua, de origen sirio, hacia el año 380. Es una gran obra que se apoya en documentos anteriores (*Didajé*, s. II, *Traditio apostolica* y *Didascalía*, s. III), y que se difundió después de la apertura del Imperio romano al cristianismo (314), en un tiempo en que los cristianos comienzan a verse tentados y fascinados de un modo nuevo por el mundo. Es un código canónico y espiritual que, en ocho libros, regula la vida de los diversos estamentos del pueblo cristiano. Pues bien, el libro I está dedicado a la vida de los laicos, y en él se presta una notable atención al pudor que ha de caracterizar a los miembros de Cristo:

A los varones cristianos, en tres o cuatro páginas, les encarece la modestia en el arreglo personal y el recogimiento de los sentidos, especialmente de la mirada. «Esfuézate por serle agradable [a tu esposa], pero sin acicalarte hasta el punto que otra se prenda de ti». Si otra queda «herida en su corazón, prendada de ti, tú serás tenido por responsable de su falta, por el hecho de haber sido causa de escándalo para ella y heredarás una maldición».

A las mujeres cristianas, también largamente y entrando en muchos detalles concretos, les previene severamente contra toda vanidad de impudor. «Si quieres ser creyente y complacer al Señor, oh mujer, no te embellezcas para complacer a los hombres que no sean tu marido, y no imites a las cortesanas llevando trenzas, vestidos y calzado como ellas llevan, con el riesgo de atraerte los que se dejan seducir por tales cosas». Más aún, «mujeres, por vuestro pudor y vuestra humildad, dad también testimonio de la religión ante los que son de fuera [no creyentes], hombres o mujeres, con vistas a su conversión y para animarlos a la fe».

Todas estas enseñanzas y exhortaciones, tanto en Oriente como en Occidente, son un *leitmotiv* –valga el germanismo– por el que los Padres, recordando los avisos de Cristo y de sus apóstoles, inculcan el pudor y el deber de evitar el escándalo del impudor. Al mismo tiempo exhortan al recogimiento de los sentidos: «si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti» (Mt 5,28). Eso significa evitar las ocasiones próximas de pecado que sean innecesarias, termas, espectáculos, etc., por mucha cruz que ello traiga consigo. Ya en el Bautismo el cristiano se ha comprometido, por gracia de Dios, a renunciar (*apotaxis*) a ese mundo de tentaciones, que es diabólico.

Y esas enseñanzas de los Padres configuran también a veces la disciplina canónica de la Iglesia. Por ejemplo, el *concilio de Laodicea* (320) y el *IV Concilio ecuménico de Constantinopla* (528) prohíben los baños mixtos, de modo que en las naciones cristianas desaparecen de las costumbres sociales.

El Evangelio del pudor ha sido predicado siempre al pueblo cristiano a lo largo de los siglos. Traigo algunos ejemplos más recientes:

El P. Antonio Royo Marín (+2005), dominico, uno de los autores espirituales más leídos en la segunda mitad del siglo XX, al tratar de la purificación activa de los sentidos externos, enseña: «El alma que aspire seriamente a santificarse huirá como de la peste de toda [innecesaria] ocasión peligrosa. Y por sensible y doloroso que le resulte, renunciará sin vacilar a espectáculos, revistas, playas, amistades o trato con personas frívolas y mundanas, que puedan serle ocasión de pecado» (*Teología de la perfección cristiana*, n.238). Afirma lo que la Iglesia ha enseñado siempre y en todo lugar.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) también transmite la doctrina católica sobre estas materias: «La pureza exige el pudor, que es parte integrante de la templanza. El pudor preserva la intimidad de la persona. Designa el rechazo a mostrar lo que debe permanecer velado. Está ordenado a la castidad, cuya delicadeza proclama. Ordena las miradas y los gestos en conformidad con la dignidad de las personas y con la relación que existe entre ellas» (2521). Por eso mismo, «inspira la elección de la vestimenta» (2522). «Este pudor rechaza los exhibicionismos del cuerpo humano... Inspira una manera de vivir que permite resistir a las sollicitaciones de la moda» (2523). «Las formas que reviste el pudor varían de una cultura a otra. Sin embargo, en todas partes constituye la intuición de una dignidad espiritual propia del hombre. Nace con el despertar de la conciencia personal. Educar en el pudor a niños y adolescentes es despertar en ellos el respeto de la persona humana» (2524).

Reforma o apostasía. En contraste con una tradición de la Iglesia tan continua y arraigada, la apostasía hoy frecuente del Evangelio del pudor, en predicación y catequesis, en modas, costumbres y espectáculos, ha hecho de las antiguas naciones cristianas (*corruptio optimi pessima*) vanguardias mundiales del impudor y de la lujuria. Son innumerables los cristianos que merecen hoy el diagnóstico de San Pablo sobre los corintos: «es ya público que reina entre vosotros la fornicación, y tal fornicación que no se da ni entre los gentiles» (1Cor 5,1).

Las causas que silencian hoy el Evangelio del pudor, ésas son las causas del impudor actual. Señalo solamente algunas de ellas, aunque, lógicamente, todas se implican entre sí:

–*el hedonismo*, el horror a la Cruz, en buena parte reforzado por las riquezas tan acrecentadas en las naciones del antiguo Occidente cristiano, hoy autoriza a los cristianos a gozar lo más posible del mundo presente, sin diferenciarse en esto para nada de aquellos que «no sirven a Cristo, nuestro Señor, sino a su vientre» (Rm 16,18). Se avergüenzan del pudor aquellos predicadores y aquellos pseudo-cristianos que se avergüenzan del Evangelio y de la Cruz de Cristo (Rm 1,16). No quieren sufrir a causa del pudor la marginación, el rechazo o la burla de los mundanos.

–*el pelagianismo*: los que no ven al hombre como un ser herido por el pecado original, inclinado al mal, y necesitado, por tanto, de una austera vida evangélica, que evite para él y para los otros tentaciones indebidas, no ven tampoco el sentido del pudor.

–*el modernismo progresista* estima que acerca del pudor y la castidad la enseñanza de la Biblia, de la Tradición cristiana, del Magisterio apostólico y de los santos, es un error funesto; y que el impudor casi total del presente es «una conquista irrenunciable», un crecimiento en la verdad, una liberación de mentalidades cristianas oscurantistas, erróneas y morbosas. Por eso, el extremo impudor en muchos cristianos actuales, más y mucho antes que una relajación moral de la voluntad y de los sentidos, es una enfermedad mental, una herejía, una sujeción al Padre de la mentira.

–*Algunos alegan que, estando los hombres hoy tan lejos de la fe, hay que predicarles las verdades fundamentales, y no estas otras, como el pudor*, mucho menos importantes, y que constituyen por el contrario un lastre pesado en la tarea de la evangelización, por la reacción adversa que suscitan en los mundanos. A esto ha de responderse de dos formas:

1ª, Es cierto que la predicación de las grandes verdades de la fe –la Trinidad, Cristo, la Iglesia, el bautismo, la esperanza de la vida eterna, etc.–, han de llevar la primacía en la evangelización, pues su ignorancia deja sin fundamento la vida moral cristiana, también el pudor. Pero hay que predicar la fe y la moral junta-

(12)

5. El pudor –y 3

–¿Qué, terminamos ya con el tema?

–Solo por un poquito. Salió muy largo este post, y estuve a punto de hacer dos, un III y un IV. Bendigamos al Señor.

El silencio actual en la predicación del pudor rompe una tradición continua, como vimos, desde el Nuevo Testamento. Y este silenciamiento del Evangelio del pudor se hace tanto más incomprensible cuanto más hundi-do en la lujuria está el mundo moderno. *¿Cómo es posible que estando hoy gran parte del pueblo cristiano tan gravemente enfermo de lujuria casi nunca se le prediquen la castidad y el pudor?*... La pregunta, en cierto modo, está mal planteada. Porque es al revés. La falta de predicación del Evangelio del pudor y de la castidad es *la causa principal* de la abundancia de la lujuria y del impudor en el pueblo cristiano y en el mundo pagano. Cuando un lugar se queda a oscuras, atribuimos esa oscuridad parcial o total a que a luz se ha debilitado o apagado. ¿No es ésa precisamente la causa principal de la oscuridad?

Cristo y sus Apóstoles salvan a los hombres, también del impudor, predicándoles el Evangelio. Únicamente la palabra de Cristo tiene poder para sanar al hombre podrido por el impudor y la lujuria. «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá *luz de vida*» (Jn 8,12). «Padre, *santificalos en la verdad*» (17,17). Y los Apóstoles, enviados a predicar el Evangelio, entendieron esto perfectamente.

San Pablo afirma que «el justo vive de la fe, la fe es por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo (Rm 1,17; 10,17). En Corinto, por ejemplo, encuentra una ciudad portuaria, donde abunda la riqueza y la lujuria –el culto a Venus es servido en la acrópolis por centenares de prostitutas sagradas; la sífilis es entonces llamada *el mal corintio*–. Halla, pues, el Apóstol un mundo pervertido, donde incluso la comunidad cristiana se ve afectada por esa peste viciosa (1Cor 5,1). Pero él no entiende la degradación corintia como *un valor* de la cultura griega, ni tampoco la ve como *un dato social irreversible*. Por el contrario, reacciona predicando con especial insistencia –más que en otros lugares– el Evangelio del pudor y de la castidad.

Es a los corintios a quienes el Apóstol predica castidad y pudor como algo exigido por su condición de *miembros de Cristo*: «el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo... ¿No sabéis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... El que se une al Señor se hace un solo espíritu con él. Huid la fornicación» (1Cor 6,7-8). Les recuerda igualmente su condición de *templos del Espíritu Santo*: «¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, y que habéis recibido de Dios? No os pertenecéis, pues habéis sido comprados ¡y a qué precio! Glorificad, pues a Dios, en vuestros cuerpos» (6,19-20). Y es a los corintios, precisamente, a quienes más gravemente amenaza –«no os engañéis»– con la condenación eterna que espera a los adúlteros, fornicarios y sodomitas (3,16-17; 6,9-11).



mente, como lo hace el Apóstol, p. ej., en su carta a los Romanos: él *denuncia* breve y contundentemente el mal del mundo, también y con insistencia la lujuria (1-2), y pasa a *anunciar* ampliamente la salvación por la gracia de Cristo, y las maravillas de la vida cristiana (3-16).

2ª Es cierto, sí, que, pudor y castidad se integran en *la virtud de la templanza, y que ésta es la menos alta*: es el primer peldaño en la escala de la perfección espiritual. Ahora bien, si los fieles cristianos, careciendo de la necesaria ayuda de la Palabra divina, no son capaces de superar ese primer peldaño, se ven impedidos ya desde el principio para ir más arriba en su ascensión espiritual. Por eso mismo, pues, porque pudor y castidad están entre las virtudes más elementales, por eso es preciso predicarlas con fuerza a los cristianos, sobre todo a los principiantes, que son todavía carnales (1Cor 3,1-3). Es lo que hacía el Apóstol. Solamente así superarán con la gracia de Dios el culto al cuerpo, y quedarán abiertos y dispuestos a gracias mucho más altas. Sin *salir de Egipto*, no hay modo de entrar en el desierto, y menos de llegar a *la Tierra prometida*.

—Otros dicen: *guardemos hoy silencio sobre el pudor y la castidad, pues demasiado se habló antiguamente de esas virtudes*. Es decir, corrijamos el (presunto) *exceso* del pasado en la predicación del pudor y de la castidad, *eliminando* hoy la predicación de esas virtudes. Es absurdo. Es peor el remedio que la enfermedad.

—Otros argumentan: *quienes hoy incurren en impudor, no tienen culpa, pues lo ignoran. Por tanto, mejor será dejar a los hombres en la ignorancia, sin crearles nuevos problemas de conciencia*. Una niña pequeña, por ejemplo, que ya a los tres o cinco años es vestida y educada en el impudor —le quitan el pudor antes de que pueda tenerlo—, será de mayor inculpable de un impudor cuya maldad moral ignora invenciblemente. A estas alegaciones he de responder más despacio en un post dedicado justamente al silenciamiento del Evangelio. Me limito, pues, ahora a responder que si este mismo argumento se aplica a los ricos injustos, educados desde niños en unas injusticias enormes, a los hombres de un pueblo que considera naturales la esclavitud y la poligamia, etc., la conclusión es evidente: *cese la predicación del Evangelio*. Y efectivamente, quienes van por ese camino *han cesado de hecho* la evangelización de los pueblos.

El pudor en las religiosas y en las laicas ha de ser pleno. —*Las religiosas*, las que son fieles a su vocación, son dóciles al Espíritu de Jesús en todos los aspectos de su arreglo personal, al que no dedican más atención que la estrictamente necesaria. Sus hábitos reúnen las tres cualidades precisas: expresan el *pudor* absoluto, la *pobreza* conveniente y la *dignidad* propia de los miembros de Cristo. Son, pues, plenamente gratos a Cristo Esposo.

—Pues bien, *el vestido y arreglo de las cristianas laicas han de tener esas mismas cualidades*, pudor, pobreza y bella dignidad. Y así ha sido en la gran mayor parte de la historia de la Iglesia. Si examinamos un buen libro de Historia del vestido en Occidente, comprobaremos que el vestir de las religiosas y el de las mujeres seculares, con las diferencias convenientes —más adorno y color en las seculares—, ha guardado *homogeneidad* durante muchos siglos. Por eso, cuando uno y otro modo se hacen clamorosamente *heterogéneos* —unas visten con pudor y otras, muchas, con la indecencia siempre creciente de las modas mundanas—, eso indica que se ha descristianizado en gran medida el arreglo personal de las mujeres laicas. El espectáculo que algunas jovencitas cristianas y sus acompañantes dan a veces, concretamente,



en las celebraciones parroquiales de la confirmación y del matrimonio, es hoy con frecuencia una gran vergüenza para la Iglesia, y hace pensar si la palabra sacramento no se habrá cambiado en sacrilegio. *Apostasía e impudor van de la mano*.

Muchas mujeres cristianas ofenden habitualmente los tres valores propios del vestido cristiano: pudor, pobreza y digna belleza. Cuántas mujeres seculares gastan en vestidos demasiado dinero y demasiado tiempo; aceptan modas muy triviales, que ocultan la dignidad del ser humano; y tantas veces, hasta las mejores, se autorizan a seguir, aunque un pasito detrás, las modas mundanas, también aquellas que no guardan el pudor. Y alegan, «somos laicas, no religiosas». Al vestir con *menos indecencia* que la usual en las mujeres mundanas, ya piensan que visten *con decencia*. Una vez más, «lo bueno es enemigo de lo mejor». Llevarán, por ejemplo, traje completo de baño cuando solo algunas mujeres más atrevidas vistan bikini; y cuando lo viste la mayoría femenina, ellas lo aceptan, aunque en un modelo algo más decentito, etc. Así, siguiendo la moda mundana, que acrecienta cada año más y más el impudor, van ellas, aunque algo detrás, y se quedan tranquilas porque «no escandalizan»; como si esto fuera siempre del todo cierto, y como si la misión de los laicos cristianos en este mundo consistiera en «no escandalizar». Por lo demás, no les hace problema de conciencia asistir asiduamente con su *decente* atuendo a ciertas playas y piscinas que *no son decentes*, sino que son lugares escandalosos, ocasiones próximas de pecado, escuelas excelentes del impudor y la lujuria.

Parece una broma. Estas mujeres laicas, a veces pertenecientes a alguna asociación laical católica, son las que, según dicen, «insertándose en las realidades seculares», piensan o pensaban «ir transformándose según el plan de Dios»... Cuentos chinos. Estas cristianas ignoran que con su atuendo no han de limitarse a *no escandalizar* —que, por lo demás, también escandalizan lo suyo—, sino que han de intentar de todo corazón *agradar* totalmente a Cristo Esposo, al que se entregaron sin condiciones en el bautismo; han de pretender dejarle a Jesús manifestarse plenamente en ellas, también en su apariencia exterior; han de expresar del modo más inteligible su condición *celestial* (1Cor 15,45-46), como miembros de Cristo y templos de su Espíritu; y en fin, deben pretender «abstenerse hasta de la apariencia del mal» (1Tes 5,22).

Los laicos están llamados a la santidad, como lo están sacerdotes y religiosos. Pero ni los mejores cristianos laicos conocen con frecuencia la santidad, la perfección evangélica, la luminosidad interior y exterior a que Dios les llama con tanto amor: «vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14). No tienen *ni idea* de la grandeza de la vocación laical. El Señor quiere hacer en ellos maravillas, pero ellos no se lo creen, y no le dejan. ¡Claro que el camino laical es un camino de perfección cristiana!; pero lo es

cuando se avanza por el camino santo del Evangelio, no si en tantas cosas se anda por el camino secular del mundo, aunque un pasito detrás. «Habéis de ser irreprochables y puros, hijos de Dios sin mancha, en medio de esta generación extraviada y perversa, dentro de la cual vosotros apareceréis como antorchas en el mundo, llevando en alto la Palabra de vida» (Flp 2,15-16).

**Post post*. Partiendo del texto del Génesis, «Dios les vistió», tanto en estos *post* como en los comentarios a ellos añadidos, hemos centrado de hecho nuestra atención en el vestido. Pero al definir el pudor, ya señalé al principio que ordena en la castidad toda una variedad de actitudes, no solamente el vestir, sino también miradas, gestos, conversaciones, relación entre novios, espectáculos, confidencias, higiene personal, campamentos, lecturas, vestuarios deportivos, internet, etc.



**Post post post*. Esta imagen procede de la Jornada Mundial de la Juventud en Tor Vergata (2000).

La misión de los apóstoles es la misma misión de Cristo. «Como mi Padre me envió, así os envío yo. Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedarán retenidos» (Jn 20,21-22). La finalidad principalmente soteriológica de la misión apostólica está expresada en la misma fórmula que emplea Cristo en el envío (*missio*): «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará» (Mt 16,15-16). Según esto, sabemos con certeza que predicar *el Evangelio* es lo mismo que predicar *la conversión*. Y que si no se pretende la conversión de los hombres, no se predica el Evangelio.

El Señor, en efecto, envía a sus apóstoles «para que prediquen en su nombre la conversión para la remisión de los pecados a todas las naciones» (Lc 24,47); es decir, los envía «para dar [para dar, gracia] a Israel la conversión y el perdón de los pecados» (Hch 5,31). Y los primeros *misioneros* apostólicos experimentan la fuerza salvífica del Salvador que les envía: «¡Dios ha dado también a los gentiles *la conversión* para alcanzar la vida!» (Hch 11,18). Dios ha dado: siempre que Cristo *llama* a conversión por sus apóstoles *ofrece* la gracia necesaria para obtenerla.

Es ésta la misión que el Señor confía a San Pablo: «Yo te envío para que les abras los ojos, *se conviertan* de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, y reciban el perdón de los pecados y parte en la herencia de los consagrados» (Hch 26,18). Para que «les abras los ojos»: la conversión comienza por la fe, por la iluminación de la mente, y por eso en el N. T. se llama *meta-noia*, cambio de mente, *nous*. Los que adoran las criaturas pasan a adorar al Creador. Los que idolatran con egoísmo las riquezas veneran ahora por encima de todo la caridad fraterna, que lleva a la fácil comunicación de bienes; etc. El Evangelio produce en aquellos hombres, que por gracia de Dios lo reciben, una transformación total, que comienza por «la renovación de la mente» (Rm 12,2). Por eso, cuando San Pablo evangeliza a los atenienses, al mismo tiempo que reconoce su religiosidad, les manifiesta que es vana y errónea. Y en el nombre del Señor les anuncia que, «después que Dios ha pasado por alto las épocas de ignorancia, ahora manda a los hombres que se arrepientan todos y en todas partes» (Hch 17,30-31). El Apóstol predica siempre este Evangelio, sin avergonzarse de él y sin temor alguno: «anuncié la penitencia y la *conversión* a Dios» (26,20).

Una «nueva» idea de las misiones, que no pretende conseguir conversiones, se ha ido difundiendo actualmente en la Iglesia con una relativa amplitud. Y advierto ya desde el principio que al hablar de «las misiones» no estoy pensando únicamente en los pueblos paganos, a veces pobres y retrasados, sino también en los pueblos apóstatas, con frecuencia ricos y desarrollados, aunque algunos de los documentos que cite después se refieran más bien a los primeros.

La declaración *Dominus Iesus, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* (6-08-2000, Congr. Doctrina Fe, firmada por el Cardenal Ratzinger) es el documento del Magisterio apostólico que hoy mejor describe y refuta los múltiples errores de aquellos misioneros que, por respeto a las culturas indígenas, según alegan, no pretenden propiamente convertir a los hombres, que por otra parte no estarían necesitados de conversión, de cambio de mente, ni tampoco de salvación. Por otra parte, los caminos religiosos seguidos por estos hombres serían tan válidos para la salvación, y a veces más, que el camino ofrecido por Cristo y por su

(13)

6. Misiones y conversiones

—¿Tres sobre *el pudor* y uno solo sobre *misiones y conversiones*?...

—Así es. ¿Y qué pasa? En este blog habrá temas principales que trate brevemente, por tener contenidos muy claros, y otros más secundarios que exijan escritos más extensos. Pero usted no se preocupe por eso. Soy yo el que me encargo de resolver la cuestión en cada caso.

La misión de Cristo en el mundo es la conversión de los pecadores. «Por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo y se hizo hombre» (Credo). Los hombres, pecadores de nacimiento, necesitamos un Salvador divino. El Evangelio, la Buena Noticia más esencial, es que en Belén nos ha nacido «el Salvador» (Lc 2,11); «será su nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Tiene Cristo plena conciencia de que su misión es «llamar a conversión a los pecadores» (Lc 5,32). Por eso comienza su predicación llamando al arrepentimiento (Mc 1,15) y consuma su misión salvadora ofreciendo su vida en el sacrificio de la cruz «para el perdón de los pecados» (Mt 26,28). Ascendido al Padre, y por obra del Espíritu Santo, hace nacer la Iglesia, como «sacramento universal de salvación» (Vaticano II, LG 48, AG 1).

Iglesia. Hace poco leíamos en un blog de un medio ajeno un escrito significativamente titulado *Ni salvados, ni redimidos. Tan solo amados, llamados y esperados*.

Los misioneros cristianos, por tanto, no deben empeñarse en conseguir la conversión de los pueblos a la fe en Cristo. Es decir, su fin principal no es «adoctrinar a todos los pueblos... enseñándoles [como dijo Cristo] a guardar todo cuanto yo os he mandado» (Mt 28,19-20). Su fin principal es con-vivir fraternalmente con los pueblos, ayudándoles sobre todo en obras benéficas materiales (escuelas, hospitales y sanatorios, ayudas agrícolas y técnicas, etc.), obras que serán para ellos manifestación elocuente de la bondad de Cristo y de su Iglesia. No es infrecuente que algunos «misioneros», en reuniones y entrevistas de prensa, renieguen hoy abiertamente de los planteamientos tradicionales de las misiones católicas: «nosotros no tratamos de convertir a nadie», «no vamos a las misiones a salvar almas»... Y dicen estas tremendas falsedades con el orgullo propio de quienes saben más, y se han librado de oscuros errores: «alardeando de sabios, se hicieron necios» (Rm 1,22). Toda esta concepción teológica y práctica de las misiones es simplemente *una gran herejía*, pues es inconciliable con la Escritura sagrada y la fe de la Iglesia.

Estos errores, por supuesto, afectan *la actividad pastoral de no pocas parroquias y movimientos apostólicos* que, carentes de celo doxológico y de celo soteriológico, no centran sus empeños en la conversión de los hombres a la fe en Cristo y a la vida de su gracia, no buscan a «la oveja perdida» (Lc 15,3-7), no ven con horror que sean muchos los que van por un camino ancho que lleva a la perdición (Mt 7,13-14). Ellos consideran esos planteamientos evangélicos más bien fanáticos –aunque no lo digan abiertamente–, y en consecuencia se toman su *misión* con mucha calma. Como es de esperar, no surgen vocaciones sacerdotales, religiosas, misioneras, sino apenas vocaciones seculares de muy escaso vigor apostólico. No intentan la conversión de los hombres, y no la consiguen. Normal.



La fe de la Iglesia sobre las misiones y la conversión de los hombres está confesada en muchos documentos del Magisterio apostólico, como en el decreto *Ad gentes* del Vaticano II, en la encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio* (1990), y especialmente, en clave fuertemente apologética, en la declaración *Dominus Iesus* (con un estudio mío, puede consultarse en *Las misiones católicas. Declaración Dominus Iesus*). Hallamos vivamente ilustrada esta fe en el testimonio de dos grandes misioneros, San Francisco Javier, Patrono de todas las misiones católicas, y San Juan María Vianney, Patrono del clero diocesano.

San Francisco Javier, igual que San Pablo, pretende en su misión evangelizadora –recordemos, p. ej., sus largas conversaciones y discusiones con los bonzos– convencer a los paganos de la verdad de Cristo y de su Evangelio, convencerles de sus graves errores, mostrarles la miseria de sus idolatrías y de sus vicios, darles así una mente nueva: «nosotros tenemos el pensamiento de Cristo» (1Cor 2,16). Pretende Javier librar a los hombres de «la esclavitud del pecado» (Rm 6,20), más aún, de la cautividad del diablo, «príncipe», «dios de este mundo» (Jn 12,31; 2Cor 4,4), de tal modo que los hombres pasen «del poder de Satanás a Dios». Por eso justamente, con oración y trabajos extenuantes, procura y consigue la conversión de hombres y pueblos, «gastándose y desgastándose por sus almas» (2Cor 12,15).

El santo Cura de Ars, igualmente, dedica toda su vida y ministerio a la conversión de los pecadores. Y con la gracia de Dios consigue innumerables conversiones. Un día Próspero de Garets, amigo suyo personal, le pregunta en la intimidad cuántos pecadores estima que se convierten al año en su parroquia. Y el Santo, sin advertir que le sonsacan así una confidencia, le responde: «más de setecientos». ¡Unas dos conversiones al día!... (F. Trochu, *Vida del Cura de Ars*, Barcelona 1953, 349).

Las misiones católicas están en buena medida paradas. Los que estiman «superados» los modos *pastorales* del Cura de Ars y los modos *misioneros* de Francisco de Javier suelen ser unos ministros del Salvador muy especiales, que, al no intentar salvar ni convertir a nadie, no alcanzan de la gracia de Dios la conversión de ninguno –de ninguno, a lo largo quizá de muchos años–. Ellos, sin embargo, permanecen tranquilos en su convicción previa de que la conversión de los hombres no solo es *imposible*, sino también *innecesaria*. Como consecuencia normal de esos errores, las misiones católicas actualmente apenas logran avances en la evangelización de los pueblos. Vemos esto en los territorios de misión; pero también en regiones de bautizados, donde la apostasía va creciendo al paso de los años.

Juan Pablo II lo afirmaba con pena en la *Redemptoris missio*: «la misión específica *ad gentes* parece que *se va parando*, no ciertamente en sintonía con las indicaciones del concilio y del magisterio posterior... En la historia de la Iglesia, el impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de crisis de fe» (2). «El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del concilio, casi se ha duplicado» (3).

El Evangelio silenciado. Lo recuerdo de nuevo: «el justo vive de la fe, la fe es por la predicación [præ-dicare, decir con fuerza], y la predicación es por la palabra de Cristo» (Rm 1,17; 10,17). La vida cristiana nace de la fe, y la fe es suscitada y acrecentada por la predicación; pero no por cualquier predicación, sino por aquella que mantiene viva la misma palabra de Cristo. Si tantos hombres y tantos pueblos no llegan a la fe y a la vida en Cristo es porque apenas les llega la predicación del Evangelio: *fides*

ex auditu. «¿Cómo creerán sin haber oído de Él? ¿Y como oirán si nadie les predica?» (10,14).

Ha surgido en los últimos decenios «una manga de sabiazos» –como diría Leonardo Castellani– que han inventado un nuevo modo de evangelizar, que es sin palabras; un modo de pre-dicar, que no habla. Según ellos, *el testimonio de vida* es bastante, y hace superfluo *el testimonio de la palabra*, que sería un tanto presuntuoso: «enseñar a todos los pueblos».

Pero confesemos abiertamente la verdad. Aquellas naciones de Occidente, de antigua identidad cristiana, que evangelizaron gran parte del mundo, América, Asia, África, en su tiempo pudieron hacer suyas aquellas palabras del Apóstol: «*nosotros creemos, y por esto hablamos*» (2Cor 4,13), ya que «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12,34). Pues bien, ahora parece que esos mismos pueblos declaran: «*nosotros dejamos de creer, y por eso dejamos de hablar*».

La abominación de la desolación instalada en el altar. El *Código de Derecho Canónico* manda que «se han de negar las exequias eclesiásticas, a no ser que antes de la muerte hubieran dado alguna señal de arrepentimiento [...] a *los pecadores manifiestos*, a quienes no pueden concederse las exequias eclesiásticas sin escándalo público de los fieles» (c. 1184). Es verdad que, tal como están las cosas, muchos de los fieles cristianos, curados ya de espanto, no suelen escandalizarse por nada, tampoco por ceremonias litúrgicas como ésta, tan sumamente escandalosa. Pero es éste un signo muy malo.

El caso Martini, 2008. En sus *Coloquios nocturnos en Jerusalén* propugna «una Iglesia abierta» (edit. San Pablo, pg. 7, 168) frente a una Iglesia cerrada, obstinada en su enseñanzas y en sus normas. El señor Cardenal Carlo Maria Martini, jesuita, durante muchos años rector de la Universidad Gregoriana y después Arzobispo de Milán, ya jubilado, estima que habría que replantear en la doctrina católica varias cuestiones importantes:

entre ellas, *la moral de la vida conyugal*, reconociendo que la *Humanæ vitæ* es «culpable» del alejamiento de muchas personas (141-142); y ya que el Papa no va a retirar la encíclica, convendrá escribir cuanto antes «una nueva e ir en ella más lejos» (146); *las relaciones sexuales pre-matrimoniales*: «aquí tenemos que cambiar de mentalidad» (148-151). Éstas y otras, «son cuestiones a las que tendría que enfrentarse el nuevo Papa y a las que tiene que dar nuevas respuestas. Según mi opinión, entre ellas está la relación con la sexualidad y *la comunión para los divorciados que han vuelto a contraer matrimonio*» (68). Adviértase que éstos que «vuelven a contraer matrimonio», en realidad «contraen adulterio», para ser más exactos.

Las expresiones del Sr. Cardenal son siempre cautelosas –«ir más lejos», «nuevas respuestas»–, pero es claro que a su juicio la doctrina enseñada por la *Humanæ vitæ* sobre la moral conyugal, así como la dada por la Iglesia en otras cuestiones, sobre todo las relacionadas con la sexualidad, es una doctrina errónea, que debe ser cambiada cuanto antes. Él «sería partidario de otro concilio», que tendría como uno de los temas importantes «*la relación de la Iglesia con los divorciados*. Afecta a muchísimas personas y familias y, desgraciadamente, el número de las familias implicadas será cada vez mayor. Habrá que afron-

(14)

7. El adulterio –1

–Y ahora del adulterio. Y más de uno. Pues vamos bien...

–El adulterio es hoy cada vez más *frecuente* y más *tolerado* por el pueblo cristiano. La palabra *adulterio*, palabra fuerte propia de la Biblia y de la Tradición cristiana, no se emplea ya casi nunca, sino que se habla de *divorciados vueltos a casar*, que suena mejor. Comienzo citando dos casos.

El caso Pavarotti, 2007. La grandiosa catedral de Módena, una de las joyas más preciosas del románico en Europa, en el corazón de la Emilia-Romaña, pocas veces durante sus nueve siglos de existencia se ha visto invadida y rodeada por muchedumbres tan numerosas, unas 50.000 personas, como las que acudieron a ella, encabezadas por una turba de políticos, artistas y periodistas, con ocasión de los funerales de Luciano Pavarotti.

Nacido en Módena, en 1935, fue uno de los más prestigiosos tenores de ópera de su tiempo. Casado con Adua Vereni, de la que tuvo tres hijas, se divorció de ella después de treinta y cuatro años, en 2002, y en 2003, a los sesenta y ocho años de edad, se unió en ceremonia civil con Nicoletta Mantovani, treinta años más joven, con la que convivía desde hacía once años y de la que tuvo una hija. Hubo de pagar por el «cambio», según la prensa, cifras enormes de dinero. Murió en el año 2007 y sus funerales, celebrados en la catedral de su ciudad natal por el Arzobispo de Módena y dieciocho sacerdotes, «fueron exequias propias de un rey». La señorita Mantovani ocupaba el lugar propio de la viuda, aunque también, más retirada, estaba presente la señora Vereni. El Coro Rossini, el canto del *Ave Maria* (soprano Kabaivanska), del *Ave verum Corpus* (tenor Bocelli), el sobrevuelo de una escuadrilla de la aviación militar, trazando con sus estelas la bandera italiana, fue todo para los asistentes una apoteosis de emociones. Pero quizá el momento más conmovedor fue cuando el señor Arzobispo leyó un mensaje escrito en nombre de Alice, la hija de cuatro años nacida de la Mantovani: «Papá, me has querido tanto», etc.





tarlo con inteligencia y con previsión» (entrevista con Eugenio Scalfari, político y escritor, en *La Repubblica*: cf. *Religión Digital* 27-06-09).

Por supuesto, con la opinión del Cardenal coincide dentro de la Iglesia una manga de sabiazos –sigo empleando la expresión de Leonardo Castellani–. Y también nosotros coincidimos con él, aunque solo en un punto, en la necesidad urgente de un Concilio de reforma. Dios iluminará al Papa para convocarlo cuando su providencia lo disponga. Pero es de esperar que en algún momento el Señor nos lo conceda. *Reforma o apostasía*.

En el pueblo cristiano, actualmente, crece el número de los adulterios en la misma medida en que crece su aceptación moral. Va siendo cada vez más frecuente que no pocos matrimonios cristianos se quiebran, y que los cónyuges, una vez divorciados, se «casen» de nuevo. Y lógicamente a medida que se multiplican estos casos tan escandalosos, van causando en la Iglesia local menos alarma y pena. La inmensa mayoría de los adulterios, ciertamente, no se producen en una forma tan ignominiosa como la de Pavarotti, sino en formas, digamos, mucho más modestas y «aceptables». A veces, los divorciados vueltos a casar, después de una primera unión llena de sufrimientos, logran una segunda unión en paz y felicidad. Y cuando es así, para sus familiares y amigos es muy grande la tentación de justificar la nueva unión, llevados por un falso amor compasivo –«después del calvario que pasó, se merecía la felicidad que ahora tiene»–. De este modo, quienes viven en adulterio ven confortadas sus conciencias por tantas personas de su estima, que en uno u otro grado *aprueban* una relación que Dios *reprueba* gravemente: el adulterio.

No pocos sacerdotes de la Iglesia toleran también estos adulterios, los *aprueban* a veces, e incluso hay casos en que los *recomiendan*. Cito un caso concreto, que yo conocí.

Hace años, en Chile, un joven casado se vió abandonado por su mujer, que se fue con otro, dejando a su esposo como recuerdo una niña. Era un buen cristiano, muy asiduo a su parroquia, y permaneció durante algunos años solo, con su hijita, fiel a su vínculo conyugal. Hasta que un día el párroco –que por cierto, era centroeuropeo– le dijo: «Eres muy joven, con mucha vida por delante, y así, solo con tu niña, no puedes seguir. Tú tienes derecho e incluso deber de procurar tu felicidad y la de tu hija. Búscate una buena mujer y reconstruye tu vida. Es imposible que Dios te pida seguir viviendo sin mujer quién sabe cuántos años más». El joven, dejándose engañar por el mal sacerdote, es decir, por el diablo, Padre de la mentira, se casó de nuevo, vivió muy feliz y, como decía el párroco, «su matrimonio era uno de los mejores de la parroquia».

Ahí tenemos a un sacerdote que estimula a uno de sus feligreses a quitarse la cruz de encima, desobedeciendo el mandato del Señor... «Es imposible que Dios te pida...» ¡Dios no pide, siempre da! Pide que le recibamos sus

dones; pero a eso se le llama *dar*, directamente. A ese joven el Señor quería *darle* la gracia inmensa de una fidelidad sponsal heroica, martirial, ejemplar, maravillosa. Ese mal sacerdote fue la causa principal de que *no recibiera* de Dios esa gracia tan preciosa, y de que la comunidad cristiana, en vez de recibir un *ejemplo* extraordinario de fidelidad conyugal, se viera herida por un grave *escándalo*.

Una Iglesia local en penumbra, en la que se apaga poco a poco la luz de la fe, y que va quedándose a oscuras, apenas reacciona ante *el horror del adulterio*. Se ha acostumbrado a él, porque es muy numeroso en ella. Lo ve con indiferencia, como algo relativamente normal. Es una Iglesia que exhorta, eso sí, a los fieles para que amen, acojan y asistan en todos los modos posibles a *los cristianos divorciados y vueltos a casar*, de tal modo que no se sientan ajenos a la comunidad eclesial; pero con poca frecuencia olvida exhortar a que les ayuden a convertirse, y a salirse de la trampa mortal del adulterio. *Encendamos, pues, la luz de la Palabra divina*, la única que puede iluminar y superar esas tinieblas engañosas, emanadas por el Padre de la mentira.

La Ley de Israel, ya desde antiguo, prohibía el adulterio, pero lo permitía en la práctica (Éx 20,14; Dt 5,18; Jer 7,9; Mal 3,5), ya que «por la dureza de los corazones», toleraba el divorcio y la posible unión subsiguiente. «Si uno se casa con una mujer y luego no le agrada, porque descubre en ella algo vergonzoso, le escribirá el acta de divorcio, y poniéndosela en la mano, la mandará a su casa» (Deut 24,1). *En tiempos de Jesús esa tolerancia era muy amplia*, mayor en unas escuelas rabínicas que en otras. Pero, en todo caso, muchos rabinos autorizaban al marido a repudiar a su esposa por causas mínimas, hasta ridículas, un defecto corporal, un carácter desagradable, una escasa habilidad en las tareas domésticas.

Es Cristo quien restaura la santidad original del matrimonio, condenando tanto el divorcio como el adulterio (Mt 5,27-28. 31-32; 19,3-9; Mc 10,2-12). Es Él, en la plenitud de los tiempos, quien devuelve al matrimonio la suprema dignidad que el Creador quiso darle ya «en el principio». Dios, en efecto, al crear al varón y a la mujer, los unió con un vínculo sagrado e inviolable, que el hombre no debe quebrantar. El vínculo matrimonial es, pues, único e indisoluble, y por eso precisamente es imagen de la Alianza de amor mutuo que une a Cristo con la Iglesia, su esposa. Esta Alianza es tan firme y profunda, que siempre será mantenida por el amor fiel y gratuito del Señor, a pesar de que tantas veces Israel y la Iglesia la traicionen con el adulterio de sus pecados (Os 2,21-22; Is 54,5; Ef 5,22-33).

Es Cristo quien consigue reafirmar en su Iglesia la verdad del matrimonio monógamo y el horror hacia la mentira del divorcio y del adulterio: «no adulterarás» (Rm 13,9). Efectivamente, el Espíritu Santo, difundido como alma de la comunidad cristiana, logra en la Iglesia reducir en gran medida el divorcio, el adulterio, el concubinato, la poligamia, y tantas otras falsificaciones del amor conyugal. Es una formidable novedad maravillosa en la historia de la humanidad. A través de los siglos, innumerables matrimonios cristianos, confortados por el sacramento del orden, se han mantenido unidos toda la vida. Y la Iglesia siempre ha dispuesto que «el matrimonio sea tenido por todos en honor; el lecho conyugal sea sin mancha, porque Dios ha de juzgar a los fornicarios y a los adúlteros» (Heb 13,4).

La Iglesia siempre ha velado por la santidad del matrimonio, suscitando en los fieles el horror a cualquier modo de profanación de vínculo tan santo. «¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los adúlteros... poseerán el reino de Dios» (1Cor 6,9-10; cf. Gál 5,16-21). «No os engañéis: de Dios nadie se burla. Lo que el hombre sembrare, eso cosechará. Quien sembrare en su carne, de la carne cosechará la corrupción; pero quien siembre en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna» (Gál 6,7-8). Éste es el mandato de Cristo: que los esposos *guarden fielmente en el amor el vínculo conyugal*; y que si llegan a una situación – quizá sin culpa– en que no pueden ya vivir en paz, *se separen*; pero que no establezcan otro vínculo nuevo, que sería adulterio, y no sería matrimonio, pues éste es único e indisoluble.

El horror de la Iglesia por el adulterio ha sido total en su historia. Así se expresa, ya muy pronto, en *los Concilios*, como en aquellos cánones acordados en el de Elvira (a. 306, cc. 8-11). Igualmente, *apostasía, homicidio y adulterio* son siempre considerados en la *disciplina penitencial* –con algunos otros, como la herejía o el aborto–, *los pecados mayores*, los más conducentes a una perdición eterna, los que requieren una más grave y prolongada penitencia. Por eso, aquellas Iglesias locales que hoy padecen una tolerancia comprensiva hacia los «cristianos divorciados vueltos a casar», se alejan infinitamente, bajo un disfraz de misericordia y benignidad, de Juan Bautista, de Cristo, de los Apóstoles, de la Iglesia antigua, de la Iglesia de siempre, una, santa, católica y apostólica.

que VIII, Pavarotti y esas estrellas de cine que escandalizan al mundo con una serie interminable de adulterios – vuelven de hecho a la poligamia, a una *poligamia sucesiva*–, sino que incurren en él unas veces porque, habiendo abandonado la vida cristiana de oración y sacramentos, no han podido guardar vivo el amor conyugal en caridad y abnegación, perdón y cruz; otras veces, porque se han permitido fugas afectivas que han llevado más allá de lo que se quería en un principio; otras, por una compasión falsa, aparentemente caritativa, que trae paz y alegría, también aparentes, donde antes era todo guerra y tristeza; otras, por seguir atendiendo a los hijos habidos; etc. Son siempre adulterios-*mal-remedio*, en los que el remedio es mucho peor que la enfermedad.



Pues bien, no es posible describir la gama de variantes posibles entre el adulterio-*perverso* y el adulterio-*mal-remedio*. Pero en todo caso, el sustantivo *adulterio* se da en ambos casos y en las mil situaciones intermedias posibles, es decir, *se da siempre que después de la separación del matrimonio, se afirma una nueva unión estable*. Entonces, la voluntad del hombre se enfrenta con la voluntad de Dios y prevalece establemente sobre ésta. El cristiano se autoriza a vivir en una situación objetivamente contraria a la voluntad de Dios. El adulterio, pues, es un pecado muy grave.

Y como todos los pecados, no es simplemente la realización de un acto éticamente malo. No. *La esencia de todo pecado, también la del adulterio, está en el rechazo de Dios*. Cuando David comete adulterio con Betsabé, el profeta Natán le dice: «¿cómo, menospreciando a Yavé, has hecho lo que es malo a sus ojos?». Y confiesa David: «He pecado contra Yavé» (2Sam 11-12); «contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces» (Sal 50,6).

La misericordia de Cristo con los pecadores se revela frecuentemente en los Evangelios, hasta el punto que sus adversarios le acusaban por ello: «éste acoge a los pecadores» (Lc 15,2). Hay, concretamente, un gran amor misericordioso en el encuentro de Jesús con la samaritana adúltera: «cinco maridos tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido» (Jn 4,18). Y hay también Cristo

(15)

8. El adulterio –y 2

–Leí el post anterior y el caso Pavarotti me vale, pero el caso Martini no, porque es aislado.

–¿Aislado? Sus declaraciones recibieron muchos apoyos. Según los directores de *Vida nueva* y de *Religión digital*, por ejemplo, representan el pensamiento de una gran parte de la Iglesia. Y es verdad.

Adulterio-perverso y adulterio-mal-remedio. En el post precedente cité yo intencionadamente dos casos muy especialmente escandalosos: el adulterio de Pavarotti, que termina en la apoteosis catedralicia de Módena, y las increíbles declaraciones de un Cardenal partidario de que la Iglesia *cambie* su doctrina y su modo de tratar a los cristianos «divorciados que han vuelto a contraer *matrimonio*» (*sic*). Lo hice para mostrar hasta qué punto el horror al adulterio ha ido derivando a una tolerancia próxima a la complicidad.

Es importante afirmar, sin embargo, que *muchos cristianos que caen en situaciones estables de adulterio no lo cometen por una maldad semejante a la de Enri-*

una gran bondad misericordiosa cuando todos, ateniéndose con gusto a la ley de Moisés, se disponen a apedrear a aquella mujer sorprendida en adulterio ocasional. Él la defiende y le da su perdón (Jn 8,1-11).

Pero la misericordia de Cristo es perfecta: perdona el pecado, pero no deja al pecador cautivo de él, sino que lo libera por su gracia. No solo perdona el pecado, que es muerte, sino que da nueva vida, resucita al pecador. Nuestro Salvador no se limita a *acoger* con bondad a los pecadores, sino que les llama a *conversión*, y por la fuerza de su gracia les da arrepentimiento, perdón y propósito de abandonar su pecado: «vete y no peques más» (8,11).

Un falso amor a Dios lleva a tolerar o aprobar el adulterio. *Disociar amor a Dios y cumplimiento de sus mandatos es hoy una herejía relativamente frecuente entre los católicos.* No pocos de ellos piensan, siguiendo a Lutero, que en el Evangelio de Cristo impera solamente la caridad, el amor, pero no la ley de Dios, y mucho menos la ley eclesiástica, ya que una espiritualidad de cumplimiento de leyes vendría a ser *una judaización del cristianismo*. Por el contrario, la misma Biblia muestra claramente la falsedad de esa doctrina.

Los libros más antiguos de la Biblia dicen ya que los fieles de Dios son «*aquellos que le aman y guardan sus mandatos*» (Deut 7,9). Es ésta una fórmula clásica, que se repite en muchos libros de la sagrada Escritura. El hombre solamente logra su salvación *amando* al Señor con todo el corazón y *obedeciendo* sus mandatos. Y así como *el amor* al Señor ha de ser total, con todas las fuerzas del alma, sobre todas las cosas, sin límites, así ha de ser *la obediencia* a Él, total y sin límites. Llegado el caso, el cristiano ha de ser «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,8). Jesús entiende de este modo su propia muerte, y quiere que se contemple su Cruz como la epifanía simultánea de un amor y de una obediencia al Padre que no tienen límites: «conviene que el mundo conozca que yo *amo* al Padre, y que, según el *mandato* que me ha dado el Padre, así hago. Levantáos, vámonos de aquí» (Jn 14,31). Y del Cenáculo van a Getsemaní y a la Cruz.

«*Los que aman a Dios*» y «*los que guardan sus mandatos*» son los mismos, ya que no es posible amar al Señor sin obedecerle. Notemos, por otra parte, que nuestro Señor Jesucristo afirma su majestad divina al aplicarse a sí mismo esa fórmula tradicional sagrada. Así dice en la última Cena: «*si me amáis, guardaréis mis mandamientos*» (Jn 14,15), y «*si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*» (15,10). Por tanto, volviendo a nuestro tema, los cristianos que viven establemente en adulterio deben reconocer a la luz de la fe que no pueden amar fielmente a Cristo si no cumplen sus mandatos: «vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15,14). Si unos cristianos se resisten a hacer lo que Cristo manda, ¿a dónde irán entonces, si ni siquiera pueden unirse a Cristo en la Eucaristía? «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6,53). ¿O es que piensan que el hombre puede salvarse a sí mismo, separado de Cristo? El hombre se salva haciéndose amigo de Cristo y cumpliendo con su gracia sus mandatos. Él es el único Salvador de los hombres.

Un falso amor al prójimo lleva también a tolerar o aprobar el adulterio, al menos en ciertos casos concretos en que parece «la mejor solución» o siquiera «el remedio menos malo». «Viéndoles ahora tan felices, después de haberles visto sufrir tanto, ¿cómo arruinaremos su paz

aplicándoles sin piedad el yugo de la ley?». Una vez más es la Palabra divina la que revela la verdad de todas las cosas.

1.– «*Mi yugo es suave y mi carga ligera*» (Mt 11,30). Todo el que declare insufrible y aplastante el yugo de los mandatos de Cristo es un blasfemo. No ha llegado a la fe o ya la perdió, pues la fe afirma todo lo contrario, y así lo expresa en la oración: Señor, «*guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo*» (Sal 118,35; salmo 118 entero). El verdadero creyente sabe que perdiendo su vida, la gana, y guardándola, la pierde (Lc 9,23-24).

2.– *Amor a Dios y amor al prójimo se exigen y verifican mutuamente.* Así como *no cualquier amor a Dios* es verdadero —puede ser orgullo, puritanismo, manía, egoísmo, miedo morboso al mundo, soberbia, vanidad y tantas otras cosas—, también *no cualquier amor a nuestros hermanos* es genuino y verdadero —puede ser interés, falsa compasión, deseo de ser apreciado por los otros y de conservar gratificaciones sensibles, etc.—. Solo es plenamente verdadero aquel amor que busca *el bien temporal y eterno* de la persona amada.

La inseparabilidad de esos dos amores nos viene enseñada por San Juan, el gran maestro de la caridad. El amor al prójimo *verifica* el amor a Dios: «si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente... Quien ama a Dios ame también a su hermano» (1Juan 4,20-21). Y el amor a Dios, con obediencia a sus mandatos, *verifica* el amor al prójimo: «conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (5,2).

¿Y por qué estas verdades sobre el matrimonio, el divorcio y el adulterio no se predicán con más frecuencia y claridad? Por miedo a la Cruz. El Apóstol lo tenía muy claro: «si aún buscarse agradar a los hombres, no sería siervo [fiel] de Cristo» (Gál 1,10; cf. 1Cor 10,33; 2Cor 12,15; 1Tes 2,4).

Juan el Bautista y Cristo sufren la muerte por predicar la verdad del matrimonio. El primer martirio evangélico, el que sufre San Juan Bautista, se produce justamente porque el profeta reprueba en público el adulterio del rey Herodes: «no te es lícito tener la mujer de tu hermano» (Mc 4,18). Y también Cristo es odiado por predicar ese mismo Evangelio. Los rabinos, expedidores de libelos de repudio, odian a Jesús, entre otros motivos, porque prohíbe los divorcios, afirmando que son contrarios a la ley de Dios. Cuando unos fariseos le preguntan a Jesús «para tentarle si es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa» (Mt 19,3), están tratando ciertamente de hacerlo odioso ante el pueblo por su doctrina santa sobre el matrimonio indisoluble. Son ellos principalmente los que le llevan a la Cruz. Liberar al pueblo cristiano del divorcio y del adulterio a Cristo le cuesta la vida, lo paga con su sangre. Pero vengamos a nuestro tiempo.

El horror a la cruz, unido a la pérdida del temor de Dios, es lo que permite a los cristianos adúlteros permanecer en su pecado; y es también la causa principal del *silencio aprobatorio* de tantos sacerdotes y laicos. Es evidente que hoy la impugnación del adulterio es una predicación martirial, como lo fue en tiempos del Bautista y de Cristo. Es hoy *una predicación suicida*, martirial, aquella que puede traernos el distanciamiento o incluso quizá el odio de los hombres, en ocasiones de aquellos que nos son más queridos: los familiares y amigos. Es una predicación terrible, que puede ocasionar para siempre dolorosas separaciones. «No penséis que yo he venido a

poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre», etc. (Mt 10,34-38). Está claro: *nada hay en este mundo tan peligroso como afirmar la verdad y negar el error*. Pero ésa es justamente la predicación del Bautista, de Cristo, de Esteban, de Pablo. Y ésa es la predicación de la Iglesia, que, por ejemplo, en el caso de Enrique VIII, por ser fiel a la palabra de Cristo, perdió el gran reino de Inglaterra.

¿Por qué Juan el Bautista osaba decir en público al rey Herodes, «no te es lícito tener la mujer de tu hermano»? ¿No sabía que podía costarle la cabeza? Lo sabía perfectamente. Pero quería dar a Herodes la palabra de Dios que le llevara a conversión, y que alejara del pueblo el escándalo de tan gran pecado. Y entonces, ¿qué impulsaba esa denuncia suicida del Bautista, el odio o el amor? Indudablemente, el amor. Tanto amaba el Bautista al rey y al pueblo que quiso darles vida diciéndoles la verdad, bien consciente de que proclamarla iba a ser muerte para él. ¿Puede haber un amor más grande a los hermanos?

Juan Pablo II, sin temor a la Cruz, porque ama de verdad a los hombres, se atreve a decirles la verdad. En la encíclica *Familiaris consortio*, de 1981, afirma que el divorcio, seguido de una nueva unión, *es hoy «una plaga que, como otras, invade cada vez más ampliamente incluso los ambientes católicos»* (84).

Al final de su gran encíclica sobre el matrimonio, trata de sus falsificaciones actuales: matrimonios a prueba, uniones de hecho, matrimonios civiles, divorciados que se casan de nuevo, etc. (79-84). Reafirma la norma de la Iglesia de «no admitir a la comunión eucarística a los divorciados que se casan otra vez. Son ellos mismos los que impiden que se les admita, ya que su estado y situación de vida contradicen objetivamente la unión de amor entre Cristo y la Iglesia, significada y actualizada en la Eucaristía» (84). Prohíbe a todo sacerdote efectuar «cualquier tipo de ceremonias para los divorciados que vuelven a casarse». Encarece que tanto el pastor como la comunidad cristiana oren por quienes viven conyugalmente en situaciones irregulares, les acojan y les asistan en todo lo que puedan. Y finalmente, *llama insistentemente a conversión*, concretamente a los que viven en adulterio, pues la Iglesia está firmemente convencida de que «pueden obtener de Dios la gracia de la conversión y de la salvación, si perseveran en la oración, en la penitencia y en la caridad».



(16)

9. El demonio –1

–Me lo temía, me lo veía venir. Y más de uno... Mejor no digo nada.

–Yo también me lo temía, me veía venir su comentario. Lo que me sorprende gratamente es su prudente decisión de no decir nada. Comienzo a sospechar que va usted mejorando.

Hoy no creen en el demonio muchos cristianos, sobre todo entre los más ilustrados. Actualmente, la existencia y la acción del demonio en la vida de los hombres y de las sociedades es silenciada sistemáticamente por aquellos sacerdotes que han perdido la fe en esta realidad central del Evangelio. O que tienen la fe tan débil, que ya no da de sí para confesarla en la predicación y la catequesis. Hemos de reconocer, sin embargo, que esta deficiencia en la fe es muy grave, ya que falsifica el Evangelio y toda la vida cristiana. En todo caso, esto es lo que hay: aleccionados por la Manga de Sabiazos omnidocente de los últimos decenios,

–*algunos afirman que Satán y los demonios solo serían en la Escritura personificaciones míticas del pecado y del mal del mundo; de tal modo que «en la fe en el diablo nos enfrentamos con algo profundamente pagano y anticristiano»* (H. Haag, *El diablo*, Barcelona, Herder 1978, 423). Están perdidos. Pablo VI, por el contrario, afirma que «se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesial quien se niega a reconocer la existencia [del demonio]; o bien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias» (15-XI-1972).

–*algunos piensan que la enseñanza de Cristo sobre los demonios dependería de la creencia de sus contemporáneos.* Absurdo. Jesús, «el que bajó del cielo» (Jn 6,38), siempre vivió libre del mundo. Siempre pensó, habló y actuó con absoluta libertad respecto al mundo judío de su tiempo, como se comprueba en su modo de tratar a pecadores y publicanos, de observar el sábado, de hablar a solas con una mujer pecadora y samaritana, y en tantas otras ocasiones.

Por lo demás, en tiempos de Jesús, unos judíos creían en los demonios y otros no (Hch 23,8). De modo que cuando le acusan de «expulsar los demonios» de los hombres «con el poder del demonio», si él no reconociera la existencia de los demonios, su respuesta hubiera sido muy simple: «¿de qué me acusan? Los demonios no existen». Por el contrario, Jesús reconoce la existencia de los demonios y la realidad de los endemoniados, y asegura que la eficacia irresistible de sus exorcismos es un signo cierto de que el poder del Reino de Dios ha entrado con él en el mundo (Mt 12,22-30; Mc 3,22-30).

–*algunos, de ciertas representaciones del diablo que estiman ingenuas o ridículas, deducen que la fe en Satanás corresponde a un estadio religioso primitivo o infantil, del que debe ser liberado el pueblo cristiano.* Pero, por el contrario, cuando los hagiógrafos representan al diablo en la Biblia como serpiente, dragón o bestia, nunca confunden el signo con la realidad significada, ni tampoco se confunden sus lectores creyentes, que para entender el lenguaje simbólico no son tan analfabetos como lo es el hombre moderno. En todo caso, ese analfabetismo habrá

que tenerlo hoy en cuenta en la predicación y en la catequesis.

—y otros piensan que son tan horribles «las consecuencias de la fe en el diablo», que bastan para descalificar tal fe: brujería, satanismo, prácticas mágicas, sacrilegios (Haag 323-425). Pero precisamente la Escritura misma, las leyes de Israel y de la Iglesia, han sido siempre las más eficaces para denunciar y vencer todas esas aberraciones. Y negar o ignorar al demonio lleva a consecuencias iguales o peores.

Pero salgamos de la oscuridad de las nieblas emanadas por esos sabiazos, y abramos las mentes a la luz de la Revelación bíblica, haciéndonos discípulos de Dios.

En el Antiguo Testamento el demonio, aunque en forma imprecisa todavía, es conocido y denunciado: es la Serpiente que engaña y seduce a Adán y Eva (Gén 3); es Satán (en hebreo, adversario, acusador), es el enemigo del hombre, es «el espíritu de mentira» que levanta falsos profetas (1Re 22,21-23).



El demonio es el gran ángel caído que, no pudiendo nada contra Dios, embiste contra la creación visible, y contra su jefe, el hombre, buscando que toda criatura se rebele contra el Señor del cielo y de la tierra. La historia humana fue ayer y es hoy el eco de aquella inmensa «batalla en el cielo», cuando Miguel con sus ángeles venció al Demonio y a los suyos (Ap 12,7-9). Todo mal, todo pecado, tiene en este mundo raíz diabólica, pues por la «envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen» (Sab 2,24).

En el Nuevo Testamento, Cristo se manifiesta como el vencedor del demonio. El Evangelio relata en el comienzo mismo de la vida pública de Jesús que «fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1-11). La misión pública de Cristo en el mundo tiene, pues, en ese terrible encontronazo con el diablo su principio, y en él se revela claramente cuál es su fin: llegada la plenitud de los tiempos, «el Hijo de Dios se manifestó para destruir las obras del diablo» (1 Jn 3,8).

Satanás, príncipe de un reino tenebroso, formado por muchos ángeles malos (Mt 24,41; Lc 11,18) y por muchos hombres pecadores (Ef 2,2), tiene un poder inmenso: «el mundo entero está puesto bajo el Maligno» (1 Jn 5,19). Efectivamente, el «Príncipe de los demonios» (Mt 9,34) es el «Príncipe de este mundo» (Jn 12,31), más aún, el «dios de este mundo» (2 Cor 4,4), y forma un reino contrapuesto al reino de Dios (Mt 12,26; Hch 26,18). Los pecadores son sus súbditos, pues «quien comete pecado ése es del Diablo» (1Jn 3,8; cf. Rm 6,16; 2 Pe 2,19).

Consciente de este poder, Satanás en el desierto le muestra a Jesús con arrogancia «todos los reinos y la gloria de ellos», y le tienta sin rodeos: «todo esto te daré si postrándote me adoras». Satanás, en efecto, puede «dar el mundo» a quien —por soberbia y pecado, mentira, lujuria y riqueza— le adore: lo vemos cada día. Tres asaltos hace contra Jesús, y en los tres intenta llevar a Cristo a un mesianismo temporal, ofreciéndole una liberación de la humanidad «sin efusión de sangre» (Heb 9,22). Y esa misma tentación habrán de sufrir después, a través de los siglos, sus discípulos. Por eso Cristo quiso revelar en su evangelio las tentaciones del diablo que Él mismo sufrió realmente, para libramos a nosotros de ellas. En el desierto, desde el principio, quedó claro que el Príncipe de este mundo no tiene ningún poder sobre él (Jn 14,30), porque en él no hay pecado (8,46). Es Jesús quien impera sobre el diablo con poder irresistible: «apártate, Satanás». Lo echa fuera como a un perro.

Tras el combate en el desierto, «agotada toda tentación, el Diablo se retiró de él temporalmente» (Lc 4,13). Solo por un tiempo. Vuelve a atacar con todas sus infernales fuerzas a Jesús cuando éste se aproxima al final de su ministerio. En la Cena, «Satanás entró en Judas» (22,3; Jn 13,27). Y el Señor es consciente de su acción: «viene el Príncipe de este mundo, que en mí no tiene poder alguno» (14,30). Por eso en Getsemaní dice: «ésta es vuestra hora, cuando mandan las tinieblas» (Lc 22,53). La victoria de la cruz está próxima: «ahora es el juicio del mundo, ahora el Príncipe de este mundo será arrojado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,31-32; cf. 16,11).

Cristo es un exorcista potentísimo. En los Evangelios, una y otra vez, Jesús se manifiesta como *predicador* del Reino, como *taumaturgo*, sanador de enfermos sobre todo, y como *exorcista*. No conoce a Cristo quien no lo reconoce como exorcista. Y quien no cree en Jesús como exorcista no cree en el Evangelio. Consta que los relatos evangélicos de la expulsión de demonios pertenecen al fondo más antiguo de la tradición sinóptica (Mc 1,25; 5,8; 7,29; 9,25). Y como ya vimos, el mismo Cristo entiende que su fuerza de exorcista es signo claro de que el Reino de Dios ha entrado con él en el mundo (Mt 12,28). Cito los exorcismos principales (sin dar la referencia de sus lugares paralelos).

Ya en el mismo inicio de su ministerio público, Cristo, en la sinagoga de Cafarnaún, libera con violencia a un endemoniado: «¡cállate y sal de él!». La impresión que su poder espiritual causa es enorme: «su fama se extendió por toda Galilea» (Mc 1,21-28). Es sin duda exorcismo la liberación del epiléptico endemoniado (Mt 17,14-18). Cristo realiza a distancia el exorcismo de la niña cananea (Mt 15,21-28). Particularmente violento es el exorcismo del endemoniado de Gerasa (Mc 5,1-20). También se refiere con detalle el exorcismo del endemoniado mudo, o ciego y mudo (Lc 11,14; Mt 12,22). De María Magdalena había echado Jesús siete demonios (Lc 8,2).

Los Evangelios testifican reiteradas veces que *la expulsión de demonios era una parte habitual del ministerio de Cristo, claramente diferenciado de la sanación de enfermos*. «Al anochecer, le llevaban todos los enfermos y endemoniados, y toda la ciudad se agolpaba a la

puerta. Jesús *sanó* a muchos pacientes de diversas enfermedades y *expulsó* a muchos demonios» (Mc 1,32; cf. Lc 13,32). Las curaciones, sin apenas diálogo, las realiza Jesús con suavidad y gestos compasivos, como tomar de la mano; los exorcismos en cambio suelen ser con diálogo, y siempre violentos, duros, imperativos. Una aproximación histórica a la figura de Jesús que venga a asimilar los exorcismos a las sanaciones se habrá realizado seguramente sin dar crédito a los Evangelios.

También los Apóstoles son exorcistas, ya que Cristo, al enviarlos, les comunica para ello un poder especial: «les dió poder sobre todos los demonios y para curar enfermedades» (Lc 9,1). Jesús profetiza: «en mi nombre expulsarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, pondrán sus manos sobre los enfermos y los curarán» (Mc 16,17-18). Y los Apóstoles, fieles al mandato del Señor, ejercitaron frecuentemente los exorcismos, como lo había hecho Cristo. Por ejemplo, San Pablo: «Dios hacía milagros extraordinarios por medio de Pablo, hasta el punto de que con solo aplicar a los enfermos los pañuelos o cualquier otra prenda de Pablo, se curaban las enfermedades y salían los espíritus malignos» (Hch 19,11-12).

Reforma o apostasía. Seguiré con el tema, Dios mediante; pero antes de terminar quiero recordar una vez más que la *reforma* de la Iglesia requiere principalmente una *meta-noia*, un cambio de mente, un paso de la ignorancia, del error, de la herejía, a la luz de la verdad de Cristo. Aquellas verdades de la fe que hoy sean ignoradas o negadas, han de ser reafirmadas cuanto antes. De otro modo seguirá creciendo la apostasía.

Hace unos decenios, cuando más ruidosamente se difundían herejías sobre el demonio —ahora ya se han *arraigado* calladamente en no pocas Iglesia locales—, Pablo VI reafirmó la fe católica, haciendo notar que hoy, con desconcertante frecuencia, aquí y allá, «encontramos el pecado, que es perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, y que es además ocasión y efecto de una intervención en nosotros y en el mundo de un agente oscuro y enemigo, *el demonio*. *El mal no es solamente una deficiencia, es una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor*. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa... Y se trata no de un solo demonio, sino de muchos, como diversos pasajes evangélicos nos lo indican: todo un mundo misterioso, revuelto por un drama desgraciadísimo, del que conocemos muy poco» (15-XI-1972).

(17)

El demonio –2

—O sea que vamos a tener que creer en el demonio y en su acción...

—Ciertamente. Al menos, si quiere usted ser cristiano, ha de creerlo. Es enseñanza de Cristo y de su Iglesia.

Los libros de espiritualidad cristiana que ignoran al demonio son un fraude. La vida espiritual del cristiano lleva consigo una lucha permanente contra el demonio. Ya sabemos que la vida cristiana es ante todo y principal-

mente amor a Dios y al prójimo; ésta es su substancia. Pero no puede ir adelante esa vida sin vencer a los tres enemigos, *demonio, mundo y carne*, y especialmente al demonio. La ascesis cristiana no es como una ascesis estoica, por ejemplo, es decir, una lucha de la persona contra sus propias debilidades y desviaciones, no. San Pablo lo dice bien claramente: «*no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los espíritus del mal*» (Ef 6,12).

Se ha dicho con razón que en nuestro tiempo *la mayor victoria del demonio es haber conseguido que no se crea en su existencia*. La mejor manera de hacerle el juego al diablo es precisamente ésta, ignorarlo, silenciar su existencia y su acción, o incluso negarlas. ¡Qué más puede desear el enemigo que pasar inadvertido, poder actuar sin que sus víctimas conozcan siquiera su existencia y su acción!

Por eso un tratado de espiritualidad que, al describir la vida cristiana y su combate, ignora la lucha contra el demonio, es un engaño, un fraude. No puede considerarse en modo alguno un libro de espiritualidad católica, pues se aleja excesivamente de la Biblia y de la tradición. Si van ustedes a una librería y compran un manual militar de guerra, y descubren después al leerlo que omite hablar —o solamente lo hace en una nota a pie de página— de la aviación enemiga, hoy sin duda el arma más peligrosa de una guerra, es probable que regresen a la librería para devolver el libro y reclamar su importe: se trata de un fraude. Un manual semejante no vale para nada; más aún, es un engaño perjudicial. Hagan lo mismo si les venden un manual de espiritualidad que ignora al demonio. Por lo demás, si el autor de ese libro de espiritualidad no cree en la acción del demonio, es un hereje. Pero si la conoce y no se atreve a afirmarla, entonces es un oportunista o un cobarde. Y no merece la pena leer libros de espiritualidad escritos por herejes, oportunistas o cobardes.

Giovanni Papini decía que «los ángeles sonríen, los hombres ríen y los diablos se carcajean». Pues bien, *el diablo se carcajea de esos libros, como también de los cursos y cursillos* ofrecidos en algunos centros de espiritualidad, parroquias y conventos: eneagrama, meditación transcendental, reiki, técnicas de autorrealización, yoga, energía positiva, rebirthing, dinámicas personales y grupales de autoayuda, etc. Todas esas técnicas que prometen iluminación, paz interior, potenciación liberadora de las facultades personales, son puras macanas del neopaganismo. Mucho más consigue el cristiano —y a un precio más económico, por cierto— con las tres Avemarías, el escapulario del Carmen, una buena novena a San José, y no digamos con la Misa diaria, el rosario o el agua bendita. Los autores de esos libros y de esos cursillos no tienen la menor idea del combate espiritual del hombre, no saben de qué va: desconocen que nuestra lucha es fundamentalmente contra unos demonios que ellos ignoran o niegan.

La doctrina de los Padres sobre el demonio es clara y frecuente ya desde el principio. En la historia de la Iglesia fueron los monjes, especialmente Evagrio Pónico y Casiano, los que elaboraron más tempranamente la teología sobre el demonio y la espiritualidad precisa para defenderse de él y vencerlo. Los demonios son ángeles caídos, que atacan a los hombres en sus niveles más vulnerables —cuerpo, sentidos, fantasía—, pero que nada pueden sobre el hombre si éste, asistido por la gracia de Cristo, no les da el consentimiento culpable de su voluntad. Para su asedio se sirven sobre todo de los *logismoi* —pensamientos falsos, pasiones, impulsos desordenados y persistentes—.

El Demonio sabe tentar con mucha sutileza, como se vio en el jardín del Edén, presentando el lado aparentemente bueno de lo malo, o incluso citando textos bíblicos, como hizo en el desierto contra Cristo. El cristiano debe resistir con «la armadura de Dios» que describe el Apóstol (Ef 6,11-18), y muy especialmente con la Palabra divi-



na, la oración y el ayuno, que fueron las armas con que Cristo resistió y venció en las tentaciones del desierto. Pero debe resistir sobre todo apoyándose en Jesucristo y sus legiones de ángeles (Mt 26,53). Como dice San Jerónimo, «Jesús mismo, nuestro jefe, tiene una espada, y avanza siempre delante de nosotros, y vence a los adversarios. El es nuestro jefe: luchando él, vencemos nosotros».

El Magisterio de la Iglesia afirma en sus Concilios que Dios es creador de todos los seres «visibles e invisibles» (*Nicea I*, 325); que los demonios, por tanto, son criaturas de Dios, y que por eso es inadmisibles un dualismo que vea en Dios el principio del bien y en el Diablo «el principio y la sustancia del mal» (*Braga I*, 561). El concilio *IV de Letrán* (1215) enseña –es, pues, doctrina de fe– que «el diablo y los demás demonios, por Dios ciertamente fueron creados buenos por naturaleza; mas ellos por sí mismos se hicieron malos».

Es ésta la doctrina de *Santo Tomás* (*STh I*, 50ss, especialmente 63-64), del concilio *Vaticano II* (*LG* 48d; cf. 35a; *GS* 13ab; 37b; *SC* 6; *AG* 3a), del *Catecismo de la Iglesia*, en el que se nos advierte que cuando pedimos en el Padre nuestro la liberación del mal, «el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El “diablo” [dia-bolos] es aquel que “se atraviesa” en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo» (2851, cf. 391-395).

La liturgia de la Iglesia incluye la «renuncia a Satanás» en el *Bautismo de los niños*, y dispone exorcismos en el *Ritual para la iniciación cristiana de los adultos*. El pueblo cristiano renueva cada año su renuncia a Satanás en la *Vigilia Pascual*. Y en las Horas litúrgicas, especialmente en *Completas*, la Iglesia nos ayuda diariamente a recordar que la vida cristiana es también lucha contra el demonio: «Tu nos ab hoste libera», «insidiantes reprime»; «visita, Señor, esta habitación, aleja de ella las insidias del enemigo» (*or. domingo*). Las lecturas breves de martes y miércoles de esa Hora nos exhortan a resistir al diablo, que nos ronda como león rugiente (1 Pe 5,8-9), y a no caer en el pecado, para no dar lugar al diablo (Ef 4,26-27).

El demonio es el Tentador que inclina a los hombres al pecado. De los tres enemigos del hombre, *demonio, mundo y carne* (cf. Mt 13,18-23; Ef 2,1-3), el más peligroso es sin duda el demonio, con ser tan peligrosos los otros dos. «Sus tentaciones y astucias, dice San Juan de la Cruz, son más fuertes y duras de vencer y más dificultosas de entender que las del mundo y carne» (*Cautelas* 3,9). Los tres actúan atacan al hombre aliados, pero cuando el cristiano ha vencido ya en buena parte mundo y carne, el demonio se ve obligado a atacar directamente.

Por eso se dice que el demonio *ataca a los buenos* – viene descrita su acción en todas las «vidas de santos»–, y *tienta a lo bueno*, pues «entre las muchas astucias que el demonio usa para engañar a los espirituales, la más ordinaria es engañarlos bajo especie de bien, y no bajo especie de mal, porque sabe que el mal conocido apenas lo tomarán» (*Cautelas* 10). Tentará, por ejemplo, a un monje a dejar su vida contemplativa y marchar a las misiones.

Conocemos bien las estrategias y tácticas del demonio en su guerra contra los hombres, pues ya la misma Escritura nos las revela. Siendo el Padre de la mentira (Jn 8,44), para seducir a los hombres usa siempre de *la astucia, la mentira, el engaño* (Gén 3; 2Cor 2,11). Lobo con piel de oveja (Mt 7,15), reviste las mejores apariencias, y hasta llega a disfrazarse como ángel de luz (2Cor 11,14). Por medio de sus mentiras extravía a las naciones y a la tierra entera (Ap 12,9; 20). Siendo el Príncipe de las tinieblas, se opone continuamente a Cristo, que es la Verdad y la Luz del mundo. El que sigue al diablo, anda en tinieblas y se pierde en una muerte eterna; el que sigue a Cristo tiene luz de vida, de vida eterna bienaventurada.

El demonio infunde, p. ej., en personas espirituales ciertas convicciones falsas («me voy a condenar»), ideas obsesivas, que no parecen tener su origen en temperamento, educación o ideas personales... y que siendo falsas, atormentan, paralizan, desvían malamente la vida de una persona o de una comunidad. El demonio ataca a los fieles muy especialmente a través de las doctrinas falsas difundidas por católicos dentro de la misma Iglesia católica. «Cuando él habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44). Todo en él es engaño, mentira, falsedad; por eso en la vida espiritual –¿qué va a hacer, si no?– intenta engañar y falsificar todo.

Es, pues, muy importante en la vida espiritual tener una fe viva y alerta sobre el demonio y sus insidias, y llevar la luz de Cristo a los fondos oscuros del alma, donde actúan las tentaciones del Maligno. Decía Santa Teresa: «tengo yo tanta experiencia de que es cosa del demonio que, como ya ve que le entiendo, no me atormenta tantas veces como solía» (*Vida* 30,9).

El demonio ataca a todos los cristianos, pero, lógicamente, sobre todo a los apóstoles. El demonio ataca a todos los discípulos de Cristo y, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar (1Pe 5,8); pero persigue muy especialmente a todos aquellos que se atreven, como Cristo, a «dar testimonio de la verdad en el mundo» (Jn 18,37). Sabe bien que ellos son sus enemigos más poderosos, los más capaces de neutralizar sus engaños con la luz evangélica, de disminuir o eliminar su poder sobre los hombres. Ataca, pues, sobre todo a los confesores de la fe: «¡Simón, Simón!, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como a trigo» (Lc 22,31-32). Cuenta una vez San Pablo: «pretendimos ir... pero Satanás nos lo impidió» (1Tes

2,18; cf. Hch 5,3; 2Cor 12,7). Por eso los Apóstoles están siempre alertas, «para no ser atrapados por los engaños de Satanás, ya que no ignoramos sus propósitos» (2Cor 2,11).



Apocalipsis, victoria próxima y total de Cristo sobre el demonio. Ciertamente, la Iglesia lleva en esta lucha contra el demonio todas las de ganar, porque «el Príncipe de este mundo ya está condenado» (Jn 16,11). «*El Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies*» (Rm 16,20). Es éste justamente el tema fundamental que San Juan desarrolla en el Apocalipsis. «*Vengo pronto; mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebatte tu corona*» (3,12). «*Vengo pronto, y traigo mi recompensa conmigo, para pagar a cada uno según sus obras*» (22,12). «*Sí, vengo pronto*» (22,20).

Muchos cristianos hoy lo ignoran –es una pena–, pero el demonio lo sabe perfectamente. Y por eso en «los últimos tiempos» acrecienta más y más sus ataques contra la Iglesia y contra el mundo. «*El diablo ha bajado a vosotros con gran furor, pues sabe que le queda poco tiempo*» (12,12).

(18)

11. El demonio –y 3

–¿Y con qué autoridad dice usted esto? ¿Es usted profeta?

–No soy.

–¿Es hijo de profeta?

–Tampoco soy, aunque por ahí vamos más cerca.

–¿Y por qué habla entonces, si no es profeta ni hijo de profeta?

–Por la escasez de profetas verdaderos y la vocinglería de los falsos profetas. En cuanto aparezcan los profetas verdaderos, yo me callo. En cuanto cesen de engañar al pueblo los falsos profetas, también me callo. Por lo menos, así lo espero (P. Leonardo Castellani).

El demonio vence al hombre cuando éste se fía de sus propias fuerzas, y a ellas se limita. Pensemos, por ejemplo, en un cristiano que deja la oración, la santa Misa, el sacramento de la penitencia. Y esto sucede, observa Pablo VI, porque al ataque de los demonios «hoy se le presta poca atención. Se teme volver a caer en viejas teorías maniqueas o en terribles divagaciones fantásticas y supersticiosas. Hoy prefieren algunos mostrarse valientes y libres de prejuicios, y tomar actitudes positivas» (15-11-1972). Por esa vía *se trivializa el mal* del hombre y del mundo, y *se trivializan los medios* para vencerlos: van a la guerra atómica armados de un tirachinas. Pero ya se comprende que la decisión de eliminar ideológicamente un enemigo, que persiste obstinadamente real, sólo consigue hacerlo más peligroso.

Los medios ordinarios de lucha espiritual contra el demonio están enseñados ya por Dios en la Escritura, y en seguida fueron codificados por los maestros espirituales cristianos. Menciono brevemente los principales:

–**la armadura de Dios** que han de revestir los cristianos viene descrita por San Pablo: «confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir ante las asechanzas del diablo» (Ef 6,10-18). Esa armadura incluye en primer lugar la espada de la *Palabra* divina. También la *oración*: «orad para que no cedáis en la tentación» (Lc 22,40), pues cierta especie de demonios «no puede ser expulsada por ningún medio si no es por la oración» (Mc 9,29). Y especialmente la *evitación del pecado*: «no pequéis, no deis entrada al diablo» (Ef 4,26-27). «Someteos a Dios y resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Sant 4,7). Pablo VI: «¿qué defensa, qué remedio oponer a la acción del demonio? Podemos decir: todo lo que nos defiende del pecado nos defiende por ello mismo del enemigo invisible» (15-11-1972).

–**la verdad es el arma fundamental** cristiana para vencer al demonio. Nada neutraliza y anula tanto el poder del diablo sobre el mundo como la afirmación bien clara de la verdad. Juan Pablo II enseña que «los que eran esclavos del pecado, porque se encontraban bajo el influjo del padre de la mentira, son liberados mediante la participación de la Verdad, que es Cristo, y en la libertad del Hijo de Dios ellos mismos alcanzan “la libertad de los hijos de Dios” (Rm 8,21)» (3-8-1988).

La fidelidad a la doctrina y disciplina de la Iglesia, en este sentido, es necesaria para librarse del demonio. Decía Santa Teresa: «tengo por muy cierto que el demonio no engañará —no lo permitirá Dios— al alma que de ninguna cosa se fia de sí y está fortalecida en la fe». A esta alma «como tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar —aunque viese abiertos los cielos— un punto de lo que tiene la Iglesia» (*Vida* 25,12). Por el contrario, aquel maestro y doctor «católico» que «enseña cosas diferentes y no se atiene a las palabras saludables, las de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad» (1Tim 6,3), ése le hace el juego al diablo, cae personalmente y hace caer a otros bajo su influjo. El máximo empeño del diablo es precisamente falsificar el cristianismo.

—**los sacramentales de la Iglesia**, el agua bendita, las oraciones de bendición, el signo de la cruz, los exorcismos, en los casos más graves, son ayudas preciosas. Como un niño que en el peligro corre a refugiarse en su madre, así el cristiano asediado por el diablo tiende, bajo la acción del Espíritu Santo, a buscar el auxilio de la Madre Iglesia. Y los sacramentales son precisamente, como dice el Vaticano II, auxilios «de carácter espiritual obtenidos por la intercesión de la Iglesia» (SC 60). Santa Teresa conoció bien la fuerza del agua bendita ante los demonios: «no hay cosa con que huyan más para no volver; de la cruz también huyen, mas vuelven. Debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo». Y añade algo muy propio de ella: «considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia» (*Vida* 31,4; cf. 31,1-11).

—**no tener miedo al demonio**, pues el Señor nos mandó: «no se turbe vuestro corazón, ni tengáis miedo» (Jn 14,27). Cristo venció al Demonio y lo sujetó. Ahora es como una fiera encadenada, que no puede dañar al cristiano si éste no se le acerca, poniéndose en ocasión próxima de pecado. El poder tentador de los demonios está completamente sujeto a la providencia del Señor, que lo emplea para nuestro bien como castigo medicinal (1Cor 5,5; 1Tim 1,20) y como prueba purificadora (2Cor 12,7-10).

Los cristianos somos en Cristo reyes, y participamos del Señorío de Jesucristo sobre toda criatura, también sobre los demonios. En este sentido escribía Santa Teresa: «si este Señor es poderoso, como veo que lo es y sé que lo es y que son sus esclavos los demonios —y de esto no hay que dudar, pues es de fe—, siendo yo sierva de este Señor y Rey ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí?, ¿por qué no he de tener yo fortaleza para combatir contra todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano y parecía darme Dios ánimo, que yo me veía otra en un breve tiempo, que no temiera meterme con ellos a brazos, que me parecía que con aquella cruz fácilmente los venciera a todos. Y así dije: “venid ahora todos, que siendo sierva del Señor quiero yo ver qué me podéis hacer”». Y en esta actitud desafiante, concluye: «No hay duda de que me parecía que *me tenían miedo*, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque, aunque algunas veces les veía, no les he tenido más casi miedo, antes me parecía que ellos me lo tenían a mí. Me quedó un señorío contra ellos, bien dado por el Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Me parecen tan cobardes que, en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza» (*Vida* 25,20-21).

El diablo ataca al hombre en ciertos casos con una fuerza persistente muy especial. Ese ataque se da

—en el *asedio*, también llamado *obsesión*, el demonio actúa sobre el hombre desde fuera. Se dice *interno* cuan-

do afecta a las potencias espirituales, sobre todo a las inferiores: violentas inclinaciones malas, repugnancias insuperables, angustias, pulsiones suicidas, etc. Y *externo* cuando afecta a cualquiera de los sentidos externos, induciendo impresiones, a veces sumamente engañosas, en vista, oído, olfato, gusto, tacto.

—en la *posesión* el demonio entra en la víctima y la mueve despóticamente desde dentro. Pero adviértase que aunque el diablo haya invadido el cuerpo de un hombre, y obre en él como en propiedad suya, no puede influir en la persona como principio intrínseco de sus acciones y movimientos, sino por un dominio violento, que es ajeno a la sustancia del acto. La posesión diabólica afecta al cuerpo, pero el alma no es invadida, conserva la libertad y, si se mantiene unida a Dios, puede estar en gracia durante la misma posesión (cf. Juan Pablo II, 13-8-1986).

El medio apropiado de lucha espiritual contra el demonio, en estos casos extremos, son los exorcismos. Como ya vimos, fueron ejercitados con frecuencia por Cristo Salvador, y él envió a los Apóstoles como exorcistas, con especiales poderes espirituales para expulsar a los demonios. Los exorcismos *deben*, pues, ser aplicados a aquellos hombres que son especialmente atacados por el diablo. Así lo enseña el Catecismo de la Iglesia:

«Cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona o un objeto sea protegido contra las asechanzas del Maligno y sustraído a su dominio, se habla de *exorcismo*. Jesús lo practicó, de Él tiene la Iglesia el poder y el oficio de exorcizar (cf. Mc 3,15; 6,7.13; 16,17). En forma *simple*, el exorcismo tiene lugar en la celebración del Bautismo. El exorcismo *solemne* llamado “el gran exorcismo” sólo puede ser practicado por un sacerdote y con el permiso del obispo. En estos casos es preciso proceder con prudencia, observando estrictamente las reglas establecidas por la Iglesia. El exorcismo intenta expulsar a los demonios o liberar del dominio demoníaco gracias a la autoridad espiritual que Jesús ha confiado a su Iglesia. Muy distinto es el caso de las enfermedades, sobre todo psíquicas, cuyo cuidado pertenece a la ciencia médica. Por tanto, es importante asegurarse, antes de celebrar el exorcismo, de que se trata de una presencia del Maligno y no de una enfermedad» (1673).

Aumentan hoy los asedios y posesiones del diablo. Ya advertía Juan Pablo II que «las impresionantes palabras del Apóstol Juan, “el mundo entero está bajo el Maligno” (1Jn 5,19) aluden a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios» (13-8-1986; cf. 20-8). Donde el cristianismo disminuye, crece el poder efectivo del diablo entre los hombres. Muchos de los pocos hombres de Iglesia que hoy se ocupan en esta gravísima cuestión afirman siempre que la acción diabólica está creciendo notablemente en los últimos decenios. Espiritismo, adivinación, esoterismo, tabla ouija, cultos satánicos, santería, macumba, ritos Nueva Era, espectáculos perversos, idolatría de las riquezas, promiscuidad sexual, drogas, son puertas abiertas para la entrada del diablo.

Describen y analizan el acrecentamiento del poder diabólico en el mundo actual, p. ej., el P. Gabriele Amorth, presidente de la Asociación Internacional de Exorcistas (*30 Días*, 2001, n.6), el P. René Laurentin, miembro de la Pontificia Academia Teológica de Roma (*El demonio ¿símbolo o realidad?* Bilbao, Desclée de Brouwer 1998, 149-201), el *IV Congreso Nacional de Exorcistas* celebrado en México (julio 2009).

Y al mismo tiempo disminuyen los exorcismos hasta casi desaparecer en no pocas Iglesias. En las

mismas fuentes que acabo de citar puede verse documentado y analizado este hecho. La apostasía generalizada en ciertas Iglesias locales —pérdida de la fe en el demonio, absentismo masivo a la catequesis y a la Eucaristía dominical, dejación de la confirmación y de la penitencia sacramental, etc.—, lleva también al abandono despectivo de los sacramentales: el agua bendita, las bendiciones, los exorcismos. Muchas diócesis, incluso naciones, no tienen ningún exorcista. Y no pocas Curias diocesanas, por acción o por omisión, *eliminan prácticamente los exorcismos de la vida pastoral*, pues les ponen tantas exigencias y dificultades, que prácticamente los impiden.



La desaparición de los exorcismos es hoy una pérdida de especial gravedad, pues se produce justamente cuando más se necesitan. El pueblo cristiano pide en el Padre nuestro diariamente «líbranos del Maligno», y ya sabemos que nuestro Señor Jesucristo, gran exorcista, dió poder a sus apóstoles para expulsar los demonios. Por eso hoy es una gran vergüenza que los hombres asediados y poseídos por el diablo se vean en graves peligros espirituales y en terribles sufrimientos sin la ayuda de ciertas Iglesias locales, que se niegan a darles el auxilio poderoso de los exorcismos, resistiendo así la palabra de Cristo: «*en mi nombre expulsarán los demonios*» (Mc 16,17).

Reforma cuanto antes o apostasía creciente.

12. La batalla final

—¿Con tanto diablo y tanta batalla final no estará usted cayendo en el tremendismo?

—Lo tremendo es que muchos cristianos ignoren que estamos en plena guerra con el diablo.

«**Aquí estamos en paz, hay tranquilidad y no pasa nada**». *Ateniéndose a ese juicio, los hombres «comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban;* pero en cuanto Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y acabó con todos. Lo mismo pasará el día en que se revele el Hijo del hombre» (Lc 17,28-30). Cuántos cristianos hoy, al menos entre aquellos que gozan de una relativa prosperidad y tienen una mentalidad liberal-mundana, son *moderados*, también a la hora de considerar los males del mundo, en el que de ningún modo aceptan vivir

«como peregrinos y forasteros» (1Pe 2,11), y menos aún como combatientes. Piensan que no hay que dar crédito a los profetas alarmistas, y que los males del mundo actual son, con un poco de paciencia, tolerables. Tranquilos todos. En esta actitud, no pierden su tranquilidad aunque continuamente los medios de comunicación les informen de que crece la criminalidad, la droga, el espiritismo y los cultos satánicos, la promiscuidad sexual, las enfermedades mentales, la violencia, la pobreza de los países pobres, la homosexualidad, la irreligiosidad, el ateísmo y el agnosticismo, el laicismo contrario a Dios en todo, política, leyes, educación, sanidad, etc. ¿Y con todo esto pueden seguir pensando que no estamos en guerra?... Tendremos que encender en la oscuridad la luz del Evangelio.

Los invitados descorteses de la parábola, en realidad, no se enteran de qué va esta vida. En realidad hay dos parábolas distintas: Mateo 22,1-10 y Lucas 14,16-24. Son diferentes, aunque sean semejantes, pues las dos comienzan y terminan igual: una *invitación* y, tras el *rechazo*, un tremendo *castigo*, la exclusión del Reino. En la de San Mateo los invitados son malvados y asesinos, que matan a los siervos que les invitan. En la de San Lucas no, como lo indica el P. Leonardo Castellani:

«Los que son aquí condenados no son malos y asesinos, como en San Mateo, sino gente común, sin duda ricos, que dan razones valederas para excusarse del Convite; que no valen empero para el Convidador, el cual se enoja fieramente y vocifera un castigo. *Tanto el rechazo como el castigo son tremendos*, porque el título de la Parábola, el cual está al principio, es “el Reino de Dios”: “dichoso el que coma en el Reino de Dios, dijo uno”; y Cristo le respondió con esta Parábola.

«*Son los bienes terrenos los que hacen perder el Convite o el Reino de los cielos a estas tres clases de hombres; ellos no son malos: no dice el Evangelista que uno robó diez bueyes, otro estafó una casa y el otro se amancebó; no son malos, pero ningún bien terreno, sea el que sea, debe anteponerse a la búsqueda del Reino (o sea la salvación del alma) e impedir nuestra respuesta afirmativa a Dios. La Parábola tan suavecita [la de Lucas] tiene mucha fuerza, más que la de Mateo; porque es justamente ésa la enfermedad de nuestra época: el entontamiento en pos de los bienes terrenos: la solicitud terrena.* “Mirad, no andéis solícitos” (Mt 6,31)» (Domingueras *prédicas*, dom. II post Pentec., 1966; abreviado).

«En los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban, hasta el día en que Noé entró en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró a todos. Así será la venida del Hijo del hombre... *Estad vigilantes*, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor» (Mt 24,38-42). Lo que en esta vida se están jugando los hombres es, simplemente, entrar para siempre en el Reino de Dios o verse excluidos de él eternamente. *Y los que no se enteran de esto se ven, sin saberlo, en un peligro gravísimo de condenarse.* Los invitados descorteses no fueron admitidos en el Reino.

Estamos, pues, ahora dentro de una batalla espiritual enorme. *Y lo primero que ha de hacer el cristiano es enterarse de ello.* Y obrar en consecuencia: «*vigilad*, pues, en todo tiempo y *orad*, para que podáis evitar todo esto que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del hombre» (Lc 21,36; cf. 18,1).

Concilio Vaticano II: «*toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y ciertamente dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas*» (GS 13b). «A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final» (37b).

(19)

No puede el hombre mantenerse ajeno a esa batalla, en una neutralidad distante y pacifista: «el que no está conmigo está contra mí» (Lc 11,23). Hay dos bloques mundiales enfrentados. De un lado, guiados y dominados por el diablo, están los que afirman: «no queremos que Él reine sobre nosotros» (Lc 19,14). Y del otro, guiados y animados por el mismo Cristo, los que quieren y procuran: «venga a nosotros tu Reino». Unos quieren «ser como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gén 3,5) y creen, como dice el Beato Pío IX, que «la razón humana, sin tener para nada en cuenta a Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley de sí misma; y bastan sus fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos» (*Syllabus* 1864,3; cf. Vat. II, GS 36c). Los otros quieren regirse por la ley de Dios, expresada en la ley natural y revelada plenamente en Cristo: «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

Y el hombre, la familia, los pueblos, en medio de estos dos bloques irreconciliables, han de elegir de qué parte van a combatir. No es posible mantener una neutralidad ajena a esa guerra inmensa. Muchos cristianos moderados lo intentan, pero solo consiguen hacerse cómplices del mundo, reforzando en él así las fuerzas del diablo. Todos los discípulos de Cristo hemos de saber que la Iglesia *peregrina* es necesariamente una Iglesia *militante*. Y si no lo es, no está con Aquel que dijo: «yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

La meditación de las dos banderas, en los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, expone muy claramente la batalla permanente que hay en el mundo entre la luz de Dios y las tinieblas del diablo:



«El primer preámbulo es la historia: cómo Cristo llama y quiere a todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, bajo la suya» (137): los dos campos que se enfrentan son Jerusalén y Babilonia (138). El tercer preámbulo es «pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para guardarme de ellos, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para imitarle» (139). El jefe de los enemigos «hace llamamiento de innumerables demonios y los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular» (141). Contra él y contra ellos, «el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todo los estados y condiciones de personas» (145).

Elijan ustedes dónde se sitúan, *con quién* combaten y *contra quién* luchan. No demoren su elección, sepan que

es necesaria y urgente. Y no se dejen engañar ni por el diablo, ni por la flojera de la carne, ni por las solicitudes del mundo (comían, bebían, se casaban, plantaban, etc.), porque si no entran de lleno a combatir bajo la bandera de Cristo, lo quieran o no, rechazan al Salvador del mundo y se mantienen cautivos del Príncipe de este mundo.

La batalla de la Iglesia es contra el diablo, «contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos» (Ef 6,12). Lo sabemos porque Cristo lo enseñó claramente en el Evangelio. Pero además Él nos enseñó también a *discernir las señales de la presencia y de la acción del diablo*, y la Iglesia sabe hacerlo.

Pablo VI: «podremos suponer su acción siniestra allí donde la negación de Dios se hace radical, sutil y absurda; donde la mentira se afirma, hipócrita y poderosa, contra la verdad evidente; donde el amor es eliminado por un egoísmo frío y cruel; donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde (1Cor 16,22; 12,3); donde el espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido; donde se afirma la desesperación como última palabra» (15-11-1972).

Es evidente que se dan en nuestro tiempo esas señales, especialmente en el Occidente apóstata. La constitución atea de los Estados modernos liberales, sean de izquierda o de derecha —es igual: «no queremos que Cristo reine sobre nosotros»—, la depravación de los espectáculos y de los grandes medios de comunicación, la perversión estatal de la educación, el favorecimiento político de la fornicación juvenil, la normalización legal del aborto, de la homosexualidad, de la eutanasia, la imposibilidad práctica de las fuerzas cristianas para unirse y actuar en el mundo secular, y tantos otros males, son actualmente en nuestras sociedades señales evidentes de la poderosa acción del Príncipe de este mundo.

Y son los Papas, con pocos más, los que denuncian esa acción del demonio en el mundo actual. Lo hacen demasiado solos. Es notable la superficialidad naturalista con la que tantos sabios católicos —teólogos, historiadores, sociólogos, pastoralistas— describen las coordenadas del mundo moderno, sin tener, al parecer, *ni idea* de la acción del diablo, que en gran medida causa, explica y mantiene esa siniestra cultura vigente. Casi ninguno menciona al diablo, ni siquiera de paso. Pero no pueden darnos terapias sociales eficaces quienes parten de diagnósticos tan erróneos.

Gracias a Dios, los Papas, al menos, y algunos pocos con ellos, anuncian la verdad, la verdad de Dios, la verdad del mundo actual. El

Estado moderno *apóstata* está mucho más sujeto al diablo, por ejemplo, que el Imperio *pagano* de Roma. Éste era solo un perro de mal genio, comparado con el tigre estatal de liberales, socialistas y comunistas. Al menos en la mayor parte del Occidente apóstata, el Estado es hoy la Bestia mundana, a la que «el Dragón [infern] le dió su poder, su trono y un poder muy grande» (Apoc 13,2). ¿Puede entenderse algo de lo que hoy pasa en el mundo si esto se ignora? ¿Los medios que ponen los cristianos activistas, con su mejor voluntad, son los más eficaces para neutralizar a este gran Leviatán diabólico?

San Pío X: «ya habita en este mundo el “hijo de la perdición” de quien habla el Apóstol (2 Tes 2,3)» (enc. *Supremi apostolatus cathedra* 1903). Pío XI: «por primera vez en la historia, asistimos a una lucha fríamente calculada y arteramente preparada por el

hombre “contra todo lo que es divino” (2Tes 2,4)» (enc. *Divini Redemptoris* 1937; cf. también un diagnóstico del mundo actual en su enc. *Ubi arcano*, 1922, que viene a ser un eco de la de Benedicto XV, enc. *Ad beatissimi* 1914). Pío XII: «este espíritu del mal pretende separar al hombre de Cristo, el verdadero, el único Salvador, para arrojarlo a la corriente del ateísmo y del materialismo» (*Nous vous adressons* 1950). «Cuando Jesús fue crucificado, “las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra” (Mt 27,45); símbolo luctuoso de lo que ha sucedido y sigue sucediendo, cuando la incredulidad religiosa, ciega y demasiado orgullosa de sí misma, excluye a Cristo de la vida moderna, y especialmente de la pública» (enc. *Summi Pontificatus* 1939).

Juan Pablo II afirma que el diablo quiere ante todo mantener oculta su acción en el mundo: las palabras de San Juan «“el mundo entero está bajo el Maligno” (1Jn 5,19) aluden a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. El influjo del espíritu maligno puede “ocultarse” de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus “intereses”. La habilidad de Satanás en el mundo es la de inducir a los hombres a negar su existencia en nombre del racionalismo y de cualquier otro sistema de pensamiento que busca todas las escapatorias con tal de no admitir la obra del diablo» (13-8-1986).

Reforma o apostasía. No es tolerable que verdades de la fe tan importantes sean hoy ignoradas por la mayoría de los cristianos.

«*Cristo, ¿vuelve o no vuelve?*» Así se titula un libro (1951) del padre Leonardo Castellani, traductor y comentarista de *El Apocalipsis de San Juan* (1963). Pocos autores del siglo XX han hecho tanto como él para reafirmar la fe y la esperanza en la Parusía. Se quejaba con razón de que *el segundo Adviento glorioso de Cristo, con su victoria total y definitiva sobre el mundo, estuviera tan olvidado* en el pueblo cristiano, tan ausente de la predicación habitual, siendo así que esa fe y esa esperanza han de iluminar toda la vida de la Iglesia y de cada cristiano. «No se puede conocer a Cristo si se borra su Segunda Venida. Así como según San Pablo, si Cristo no resucitó, nuestra fe es vana; así, si Cristo no ha de volver, Cristo fue un fracasado» (*Domingueras prédicas*, 1965, III dom. Pascua).

Pero recordemos en primer lugar que *hay muchas esperanzas falsas, y una sola verdadera.*

No tienen verdadera esperanza

—*aquéllos que diagnostican como leves los males graves del mundo y de la Iglesia.* O están ciegos o es que prefieren ignorar u ocultar la verdad. Como les falla la esperanza, niegan la gravedad de los males, pues consideran irremediable el extravío del pueblo. Y así vienen a estimar más conveniente —más optimista— decir «vamos bien». Tampoco tienen esperanza verdadera aquellos que se atreven a anunciar «renovaciones primaverales» que no van precedidas del *reconocimiento* de los pecados y de la *conversión* y penitencia que nos libra de ellos.

—*falsa es la esperanza de quienes la ponen en medios humanos,* y reconociendo a su modo los males que sufrimos, pretenden vencerlos con nuevas fórmulas doctrinales, litúrgicas y disciplinares «más avanzadas que las de la Iglesia oficial». Ellos se consideran a sí mismos como un «acelerador», y ven como un «freno» la tradición católica, los dogmas, la autoridad apostólica. Éstos una y otra vez intentan por medios humanos —métodos y consignas, organizaciones y campañas, una y otra vez cambiadas y renovadas—, lo que sólo puede conseguirse por la fidelidad a la verdad y a los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Sus empeños son vanos. Y por eso vienen a ser desesperantes.

—*los que no esperan de verdad la victoria «próxima» de Cristo Rey,* pactan con el mundo, haciéndose sus cómplices. Por ejemplo, no viven ciertamente esa esperanza de la Parusía inminente de Cristo aquellos políticos cristianos, que aunque aparenten oponerse a los enemigos de Cristo y de la Iglesia, en el fondo ceden ante ellos, y sometiéndose durante muchos decenios a la norma del *mal menor*, van llevando al pueblo, un pasito detrás de los enemigos del Reino, a los *mayores males*.

—*quienes no creen en la fuerza de la gracia del Salvador, no llaman a conversión,* porque no tienen esperanza. Y así aprueban, al menos con su silencio, lo que sea: que el pueblo se aleje habitualmente de la eucaristía, que profane normalmente el matrimonio, etc. Ni piensan siquiera en llamar a conversión, porque estiman irremediables los males del mundo arraigados en el pueblo cristiano. «¿Cómo les vas a pedir que?»... Al fallarles la esperanza en Dios, y la esperanza en la bondad potencial de los hombres asistidos por su gracia, ellos no *piden*, y por tanto, no *dan* el don de Dios a los hombres, a los casados, a los políticos, a los feligreses sencillos, a los cristianos dirigentes. No llaman a conversión, porque en el fondo no creen en su posibilidad: les falta la esperanza. Ven como irremediables los males del mundo y de la Iglesia. ¡Y son ellos los que tachan de pesimistas y carentes de esperan-

(20)

13. La victoria final de Cristo: esperanza –1

—Bueno, parece que esto se anima un poco.

—Todo lo que voy tratando, sea lo que sea, es siempre «causa nostræ letitiæ» porque se funda en la palabra de Dios. Por tanto, alegráos, alegráos siempre en el Señor. Servid al Señor con alegría. Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero. Enséñame a cumplir tu voluntad, y a guardarla de todo corazón. Guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo.

«**Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.**» Así rezamos cada día en la Misa. Están perdidos aquellos que viven «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12). Por el contrario, Simeón era un anciano «justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel» (Lc 2,25), y también Nicodemo era un hombre de fe, que «esperaba el reino de Dios» (Mc 15,43). Ahora los cristianos, en la plenitud de los tiempos, vivimos «esperando la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo». Y ésa es la fe y la esperanza que nos identifican. La frase viene de San Pablo, cuando contrapone a los que «son enemigos de la cruz de Cristo, tienen por dios su propio vientre y ponen su corazón en las cosas terrenas», con los cristianos, que somos «ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo» (Flp 3,19-21).

za a los únicos que, entre tantos desesperados y derrotistas, mantienen la esperanza verdadera!

Tienen verdadera esperanza

—los que reconocen los males del mundo y del pueblo descristianizado, los que se atreven a verlos y, más aún, a decirlos. Porque tienen esperanza en el poder del Salvador, por eso no dicen que el bien es imposible, y que es mejor no proponerlo; por eso no enseñan con sus palabras o silencios que lo malo es bueno; y tampoco aseguran, con toda afabilidad y simpatía, «vais bien» a los que en realidad «van mal».

—los que tienen esperanza predicando al pueblo con mucho ánimo el Evangelio de la conversión, para que todos pasen de la mentira a la verdad, de la soberbia intelectual a la humildad discipular, del culto al placer y a las riquezas al único culto litúrgico del Dios vivo y verdadero, de la arbitrariedad rebelde a la obediencia de la disciplina eclesial.



Se atreven a predicar así el Evangelio porque creen que Dios, de un montón de esqueletos descarnados, puede hacer un pueblo de hombres vivos (Ez 37), y de las piedras puede sacar hijos de Abraham (Mt 3,9). Sostenidos por esa viva esperanza, todo ella fundada en la omnipotencia misericordiosa del Salvador del mundo, procuran evangelizar no solamente a los paganos, sino a los mismos cristianos paganizados, lo que exige de Dios un milagro doble.

«**Todos los pueblos, Señor, vendrán a postrarse en tu presencia.**» El «Salvador del mundo» salvará al mundo y a su Iglesia. ¿Está viva de verdad esta esperanza en la mayoría de los cristianos de hoy? Son muchos los que dan por derrotada a la Iglesia en la historia del mundo. ¿Cuáles son las esperanzas de los cristianos sobre este mundo tan alejado de Dios, tan poderoso y cautivante, y qué esperanzas tienen sobre aquellas Iglesias que están profundamente mundanizadas?...

Nuestras esperanzas no han de ser otras que las promesas mismas de Dios en las Sagradas Escrituras. En ellas los autores inspirados nos aseguran una y otra vez que «todos los pueblos vendrán a postrarse en tu pre-

sencia, Señor, y bendecirán tu Nombre» (Sal 85,9; cf. Tob 13,13; Sal 85,9; Is 60; Jer 16,19; Dan 7,27; Os 11,10-11; Sof 2,11; Zac 8,22-23; Mt 8,11; 12,21; Lc 13,29; Rm 15,12; etc.). El mismo Cristo nos anuncia y promete que «habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn 10,16), y que, finalmente, resonará grandioso entre los pueblos el clamor litúrgico de la Iglesia: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios, soberano de todo; justos y verdaderos tus designios, Rey de las naciones. ¿Quién no te respetará? ¿quién no dará gloria a tu Nombre, si sólo tú eres santo? Todas las naciones vendrán a postrarse en tu presencia» (Ap 15,3-4).

Siendo ésta la altísima esperanza de los cristianos, no tenemos ante el mundo ningún complejo de inferioridad, no nos asustan sus persecuciones, ni nos fascinan sus halagos, y tampoco nos atemorizan los zarpazos de la Bestia, azuzada y potenciada por el Diablo, que «sabe que le queda poco tiempo» (Ap 12,12). Sabemos con toda certeza los cristianos que al Príncipe de este mundo ha sido vencido por Cristo, y por eso mismo no tenemos ni siquiera la tentación de establecer complicidades oscuras con ese mundo de pecado.

Una vez más son hoy principalmente los Papas los que mantienen vivas las esperanzas de la Iglesia. Son ellos los que, fieles a su vocación, «confortan en la fe a los hermanos» (Lc 22,32). Especialmente asistidos por Cristo, son fieles a la Revelación, a la fe y a la esperanza de la Tradición católica. Con muy pocos apoyos de los autores católicos actuales en estos temas.

León XIII enseña: «Puesto que toda salvación viene de Jesucristo, y no se ha dado otro nombre a los hombres en el que podamos salvarnos (Hch 4,12), éste es el mayor de nuestros deseos: que todas las regiones de la tierra puedan llenarse y ser colmadas del nombre sagrado de Jesús... No faltarán seguramente quienes estimen que Nos alimentamos una excesiva esperanza, y que son cosas más para desear que para aguardar. Pero Nos colocamos toda nuestra esperanza y absoluta confianza en el Salvador del género humano, Jesucristo, recordando bien qué cosas tan grandes se realizaron en otro tiempo por la necedad de la predicación de la cruz, quedando confusa y estupefacta la sabiduría de este mundo... Dios favorezca

nuestros deseos y votos, Él, que es rico en misericordia, en cuya potestad están los tiempos y los momentos, y apresure con suma benignidad el cumplimiento de aquella divina promesa de Jesucristo: se hará un solo rebaño y un solo Pastor» (epist. apost. *Præclara gratulationis*, 1894).

San Pío X, de modo semejante, en su primera encíclica, declara que su voluntad más firme es «instaurar todas las cosas en Cristo» (Ef 1,10). Es cierto que «se amotinan las naciones» contra su Autor, «y que los pueblos planean un fracaso» (Sal 2,1), de modo que casi es común esta voz de los que luchan contra Dios: «apártate de nosotros» (Job 21,14). De aquí viene que esté extinguida totalmente en la mayoría la reverencia hacia el Dios eterno, y que no se haga caso alguno de la Divinidad en la vida pública y privada. Más aún, se procura con todo empeño y esfuerzo que la misma memoria y noción de Dios desaparezca totalmente. Quien reflexione sobre estas cosas, será ciertamente necesario que tema que esta perversidad de los ánimos sea un preludeo y como comienzo de los males que se han de esperar para el último tiempo; o que «el Hijo de perdición», de quien habla el Apóstol, no esté ya en este mundo... «levantándose sobre todo lo que se llama Dios... y sentándose en el templo de Dios como si fuese Dios» (2Tes 2,3-4)».

«Sin embargo, ninguno que tenga la mente sana puede dudar del resultado de esta lucha de los mortales contra Dios... El mismo Dios nos lo dice en la Sagrada Escritura... “aplasterá la cabeza de sus enemigos” (Sal 67,22), para que todos sepan “que Dios es el Rey del mundo” (46,8), y “aprendan los pueblos que no son más que hombres” (9,21). *Todo esto lo creemos y esperamos con fe cierta*» (enc. *Supremi Apostolatus Cathedra*, 1903).

Cristo vence, reina e impera. Cada día confesamos en la liturgia –quizá sin enterarnos de ello– que Cristo «vive y reina por los siglos de los siglos. Amén». No sabemos cuándo ni cómo será la victoria final del Reino de Cristo. Pero siendo nuestro Señor Jesucristo el Rey del universo, el Rey de todas las naciones; teniendo, pues, sobre la historia humana una Providencia omnipotente y misericordiosa, y habiéndosele dado en su ascensión «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18), ¿podrá algún creyente, sin renunciar a su fe, tener alguna duda sobre la plena victoria final del Reino de Jesucristo sobre el mundo?

Reafirmemos nuestra fe y nuestra esperanza. La secularización, la complicidad con el mundo, el horizontalismo immanentista, la debilitación y, en fin, la falsificación del cristianismo proceden hoy del *silenciamiento y olvido de la Parusía*. Sin la esperanza viva en la segunda Venida gloriosa de Cristo, los cristianos caen en la apostasía.

(21)

14. La victoria final de Cristo: Parusía –y 2

–Perdone, ¿y eso de la Parusía qué es?

–La venida de Cristo al fin de la historia, que puede darse ya en cualquier momento.

La Parusía ha sido falsificada en una visión secularista, como puede apreciarse en Teilhard de Chardin. Escribe Leonardo Castellani: «Telar Chardín tomó esta idea que tiene sus raíces en Spencer, el doctor del Evolucionismo o Darwinismo; y en Hegel, el doctor del Panteísmo emanatista. No hay una sola idea original en Telar Chardín, hay sólo una terminología nueva, bastante pedante: “la biósfera”, “la antropósfera”, “la noósfera”, “el Punto Omega” –que es el fin de la Evolución y es Dios [...] San Pablo en 1 Timoteo 4,1-2.7 [afirma que] “el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe entregándose a espíritus engañosos y a doctrinas diabólicas... Rechaza las fábulas profanas y los cuentos de viejas» (*Domingueras prédicas*, 1966, dom. 17 post Pentec.). «Evidentemente hay una apostasía parcial o un comienzo de apostasía en todo el mundo» (*ib.* 1961, dom. 19 post Pentec.). Y sigue:

«Teilhard de Chardin sostiene que la Parusía o Retorno de Cristo no es sino el término de la evolución darwinística de la Humanidad que llegará a su perfección completa necesariamen-

te en virtud de las leyes naturales; porque la Humanidad no es sino “el Cristo colectivo”... Pone una solución infrahistórica de la Historia; lo mismo que los impíos “progresistas”, como Condorcet, Augusto Comte y Kant; lo cual equivale a negar la intervención de Dios en la Historia» (*El Apokalipsis de San Juan*, ed. Paulinas 1963, cuad. III, exc. N).

Dejando a un lado acerca de la Parusía todas estas «fábulas y cuentos de viejas», recordemos el Credo de la Iglesia: Cristo resucitado «subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre. Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin». Es palabra angélica y evangélica: «este Jesús que os ha sido arrebatado al cielo vendrá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo» (Hch 1,11).

El Catecismo de la Iglesia confiesa de la parusía (668-679) que Jesucristo, ya desde la Ascensión, «es el Señor del cosmos y de la historia... “Estamos ya en la última hora” (1Jn 2,18). El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable». Sin embargo, el Reino de Dios, presente ya en la Iglesia, no se ha consumado todavía con el advenimiento del Rey sobre la tierra, y sufre al presente *los ataques del Misterio de iniquidad*, que está en acción (2Tes 2,7). Pero ciertamente «el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente. Este acontecimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento» (673).

La segunda venida de Cristo, en gloria y poder, vendrá precedida por la conversión de Israel, según anuncia Cristo, y también San Pedro y San Pablo (Mt 23,39; Hch 3,19-21; Rm 11,11-36). Y vendrá también precedida de grandes tentaciones, tribulaciones y persecuciones (Mt 24,17-19; Mc 14,12-16; Lc 21,28-33). Muchos cristianos caerán en la apostasía. «La Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18,8; Mt 24,9-14). La persecución que acompaña a la peregrinación de la Iglesia sobre la tierra (cf. Lc 21,12; Jn 15,19-20) desvelará “el Misterio de iniquidad” bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas, mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es el Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo, colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2Tes 2,4-12; 1Tes 5,2-3; 2Jn 7; 1Jn 2,18.22)» (675). Ese enorme engaño tendrá «la forma política de un mesianismo secularizado, “intrínsecamente perverso”» (676).

Por tanto, «la Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua, en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (Ap 19,1-19). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (13,8), en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (20,7-10). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (20,12), después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (2Pe 3,12-13)» (677).

Cristo, «mientras esperamos su venida gloriosa», reina actualmente en la historia. Reina por los siglos de los siglos, y muestra su dominio, sujetando cuando quiere y del modo que quiere a la Bestia mundana, que recibe toda su fuerza y atractivo del Dragón infernal. Atendiendo sobre todo al Apocalipsis, recordemos que estas victorias de Cristo en la historia

–no son victorias crueles y destructoras, sino plenas de gracia y misericordia. Él no ha sido enviado a condenar, sino a salvar a los pecadores. Él ha sido envia-

do como luz del mundo, y la luz ilumina las tinieblas, no las destruye.

—*son victorias siempre realizadas por la afirmación de la verdad* en el mundo, es decir, con «la espada que sale de su boca» (Ap 1,16; 2,16; 19,15.21; cf. 2Tes 2,8). Es así como vencen Cristo y su Iglesia.

—*no son victorias obtenidas por un ejército de superhombres*, que luchando como campeones poderosos, con grandes fuerzas y medios, se imponen y prevalecen, aplastando las fuerzas mundanas del mal. Es todo lo contrario: Cristo vence al mundo a través de fieles suyos débiles y pobres, que permanecen en la humildad (cf. 1Cor 1,27-29; 2Cor 12,10). Si Cristo vence al mundo muriendo en la cruz, ésa es también la victoria de sus apóstoles, la victoria de los dos Testigos, y la de todos los fieles cristianos (Ap 11,1-13). Así es como la Iglesia primera venció al mundo romano, igual que San Pablo: «muriendo cada día» (1Cor 15,31).

—*«las oraciones de los santos» son las que principalmente provocan las intervenciones más poderosas del cielo sobre la tierra*. Es la oración de todo el pueblo cristiano la que, elevándose a Dios por manos de sus ángeles, atrae sobre todos la justicia salvadora de nuestro Señor Jesucristo (Ap 5,8; 8,3-4).

—*en la historia del mundo, únicamente son fieles aquellos cristianos que son mártires*, porque no aceptan que el sello de la Bestia mundana «imprima su marca en su mano derecha y en su frente» —en su acción y su pensamiento—. Precisamente porque «guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12,17), por eso son perseguidos y marginados del mundo, donde «no pueden comprar ni vender» (13,16).

La Parusía, la segunda venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, según nos ha sido revelado,

—*vendrá precedida de señales y avisos*, que justamente cuando se cumplan revelarán el sentido de lo anunciado. Por eso únicamente los más atentos a la Palabra divina y a la oración podrán sospechar la inminencia de la Parusía: «no hará nada el Señor sin revelar su plan a sus siervos, los profetas» (Amós 3,7):

«habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra perturbación de las naciones, aterradas por el bramido

del mar y la agitación de las olas, exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las columnas de los cielos se conmovieron. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes» (Lc 21,25-27).

—*vendrá precedida del Anticristo, que difundirá eficazmente innumerables mentiras y errores*, como nunca la Iglesia lo había experimentado en su historia. Dice Castellani:

«El Anticristo reducirá a la Iglesia a su extrema tribulación, al mismo tiempo que *fomentará una falsa Iglesia*. Matará a los Profetas y tendrá de su lado una manga de profetoides, de vaticinadores y cantores del progresismo y de la euforia de la salud del hombre por el hombre, hierofantes que proclamarán la plenitud de los tiempos y una felicidad nefanda. Perseguirá sobre todo la predicación y la interpretación del Apokalypsis; y odiará con furor aun la mención de la Parusía. En su tiempo habrá verdaderos monstruos que ocuparán cátedras y sedes, y pasarán por varones píos, religiosos y aun santos, porque el Hombre del Pecado tolerará y aprovechará un Cristianismo adulterado» (El Apokalypsis de San Juan, cuad. III, visión 11).

—*será súbita y patente para toda la humanidad*: «como el relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre... Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra [que vivían ajenas al Reino o contra él], y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande» (Mt 24,27-31).

—*será inesperada para la mayoría de los hombres*, que «comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban» (Lc 17,28), y no esperaban para nada la venida de Cristo, sino que «disfrutando del mundo» tranquilamente, no advertían que «pasa la apariencia de este mundo» (1Cor 7,31). Pero vosotros «vigilad, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor... Habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre» (Mt 24,42-44). «Vendrá el día del Señor como ladrón» (2Pe 3,10).

El siervo malvado, habiendo partido su señor de viaje, se dice: «mi amo tardará», y se entrega al ocio y al vicio. Pero «vendrá el amo de ese siervo el día que menos lo espera y a la hora que no sabe, y le hará azotar y le echará con los hipócritas; allí habrá llanto y crujir de dientes» (Mt 24,42-50). «Estad atentos, pues, no sea que se emboten vuestros corazones por el vicio, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y de repente, venga sobre vosotros aquel día, como un lazo; porque vendrá sobre todos los moradores de la tierra. *Velad, pues, en todo tiempo y orad*, para que podáis evitar todo esto que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del hombre» (Lc 21,34-35). Todos los cristianos hemos de vivir siempre como si la Parusía fuera a ocurrir mañana mismo o pasado mañana.

«**Vi un cielo nuevo y una tierra nueva**, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido». Y dijo el Señor entonces: «*He aquí que hago nuevas todas las cosas*» (Ap 21,1.5)... Entonces «las naciones [antes paganas] caminarán a su luz, y los reyes de la tierra [antes hostiles] irán a llevarle su esplendor» (21,24). Así como el hombre muere, se corrompe, y gracias a Cristo resucita glorioso en alma y cuerpo, de modo semejante, todas las criaturas que, oprimidas ahora por el pecado de la humanidad, gimen con dolores de parto, después de hundirse en una hecatombe final indescriptible (2Pe 3,5-10), «serán liberadas



de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloria de los hijos de Dios» (Rm 8,19-23). «Nosotros, pues, esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, donde habitará la justicia, según la promesa del Señor» (2Pe 3,13).

Vigilad, orad, mirad al cielo, esperando la Parusía del Señor. «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col 3,1-2). Santo Cura de Ars: «consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro» (*Catequesis sobre la oración*). Mirad siempre al *fin* de todo, y podréis poner en vuestra vida presente los *medios* más verdaderos y útiles, más buenos y bellos, para llegar a ese fin. Cuanto más miréis al cielo, más lucidez y fuerza tendréis para transformar el mundo presente. Así lo ha demostrado la Iglesia en tantos pasos de su larga historia. Como también ha demostrado que cuanto menos piensan los cristianos en la Parusía y en el cielo, más torpes e imbéciles se hacen para influir en el mundo y mejorarlo. En cuanto cristianos, no valen en el mundo para nada. Son luz apagada, son sal desvirtuada, que solo sirve para que la pisen los hombres. Por el contrario, que a vosotros «el Dios de la esperanza os llene de plena alegría y paz en la fe, para que abundéis en la esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (Rm 15,13).

**Post post.* ¿Hubieran podido los judíos salir de Egipto, y atravesar el desierto caminando cuarenta años, si casi nunca les hablara nadie de la Tierra Prometida? ¿Podrá el pueblo cristiano realizar su éxodo del mundo secular, como Dios manda, si no le hablan con frecuencia de la Parusía del Señor, de los cielos nuevos y la nueva tierra?... *Reforma o apostasía.*

–III–

El lenguaje fuerte y claro de la fe

(22)

1. Verdades de fe silenciadas –1

–¿Y si aquellos que han recibido verdades de la fe y han sido enviados para predicarlas, no las predicán, de qué hablan entonces al personal?

–Buena pregunta. Está claro que predicarán mentiras y tontearías vanas, incapaces de salvar al hombre. Pero lo que no está tan claro es que realmente hayan recibido las verdades de la fe. Siga leyendo, y ahora estudiamos el asunto.

Cristo salva a los hombres por la predicación de la verdad. Él ha venido al mundo «para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). Él quiere «que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4). Cristo sabe que Él es «la verdad» (Jn 14,6), la luz del mundo, y que quien le sigue «no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida» (Jn 8,12). Y pide: Padre, «santificalos en la verdad» (17,17), es decir, santificalos por obra del Espíritu Santo, que es «el Espíritu de la verdad» (16,13). Sabe Cristo que solo «la verdad nos hará libres» (8,32) del demonio, del mundo y de la carne, es decir, de nosotros mismos. Según todo esto, por tanto, todo silenciamiento de las verdades de la fe que nos salva impide o dificulta la salvación de los hombres. Es algo gravísimo.

Los Apóstoles, enviados a predicar el Evangelio, entendieron esto perfectamente. «El justo vive de la fe + la fe es por la predicación + y la predicación por la palabra de Cristo» (Rm 1,17; 10,17). Ellos sabían bien que cuando se debilita o cesa la predicación de una verdad de la fe, se debilita o cesa esa convicción de fe, y consiguientemente se arruina la vida cristiana que suscita «la fe que obra por la caridad» (Gál 5,6).

Silenciamiento del Evangelio y apostasía. Tratando en este blog de *la reforma de las Iglesias locales des cristianizadas*, he ido señalando en varios posts, a modo de ejemplo, las consecuencias nefastas de ciertos silenciamientos crónicos: sobre salvación o condenación (8-9), pudor (10-12), predicación de la conversión en las misiones (13), adulterio (14-15), demonio y exorcismos (16-18), vida cristiana como batalla contra el diablo y victoria total de Cristo en la parusía (19-20). Pero como esos ejemplos considerados, podrían señalarse cien más, y en muchos casos se referirían a verdades de fe de aún mayor

importancia. Ahora bien, es evidente que una verdad de la fe *silenciada* en forma absoluta durante largo tiempo equivale a una *negación* de la misma. Y que por tanto la causa principal de la apostasía creciente entre los cristianos es precisamente el silenciamiento de muchas verdades fundamentales del Evangelio.

Si un párroco, por ejemplo, durante veinte años nunca afirma la presencia real de Cristo en el sagrario, y pasa ante él sin hacer el menor signo de reverencia, lo quiera o no, está predicando a su feligresía que Cristo no está presente en el sagrario. Que allí no hay nadie. Más aún, hay fundamento real para sospechar que ese sacerdote *no cree* en la presencia eucarística de Cristo. Si creyera, la predicaría y exhortaría a los fieles a la devoción eucarística, ya que «de la abundancia del corazón habla la boca» (Lc 6,45).

Las causas del silenciamiento del Evangelio, que conducen al pueblo a la apostasía de la fe, sea en forma explícita o implícita, deben ser conocidas y reconocidas, para superarlas con la gracia de Dios. Señalaré algunas de las más importantes. Todas, como es obvio, se relacionan entre sí y se implican mutuamente.

–El desconocimiento de las verdades por ignorancia. Un cristiano, sacerdote o laico, no puede enseñar aquellas verdades de la fe que desconoce. En tiempos antiguos, en los que faltaban seminarios, institutos de catequesis, etc. ese desconocimiento tenía forma normalmente de ignorancia. Imagínense ustedes cuál sería, por ejemplo, la situación del clero en el siglo IX cuando, bajo el impulso de la reforma carolingia, uno de los concilios de Aguisgrán –creo que el de 817– determinó que no fuera ordenado sacerdote aquel que no supiera leer, al menos los libros litúrgicos. O imaginen la situación del clero rural en Francia, antes de que en aquella Iglesia se aceptaran

en 1615! los decretos del concilio de Trento. Conoció San Vicente de Paul (1581-1660) no pocos casos de curas que en la Misa o en la confesión balbuceaban una monserga que hacía dudar de la misma validez del sacramento. En una situación semejante, el silenciamiento de muchas verdades de la fe procede simplemente de una enorme ignorancia, muchas veces inculpable.

–El desconocimiento de las verdades por mala doctrina. Pero el problema hoy es muy distinto, y sin duda aún más grave. Actualmente son innumerables los centros docentes para seminaristas, catequistas, religiosos, novios, etc. La ignorancia, pues, y el silenciamiento consiguiente de tantas verdades fundamentales de la fe católica se debe principalmente a la *doctrina falsa* que en esos centros se inculca con no escasa frecuencia. En ciertas Iglesias locales, especialmente maleadas en la doctrina, hallamos la fe católica genuina casi exclusivamente en *un resto sencillito de fieles* que, por la misericordia de Dios, se han librado de ciertos *aggiornamentos* doctrinales tenebrosos. O que, también por gracia de Dios, se han salvado del diluvio universal en el arca de algún movimiento cristiano fiel a la Iglesia. Es gravísimo lo que digo, pero no exagero.

Juan Pablo II, en un discurso a misioneros populares, describe en 1981 de modo semejante una situación de *falsificación doctrinal generalizada*: «Es necesario admitir con realismo, y con profunda y atormentada sensibilidad, que los cristianos de hoy, en gran parte, se sienten extraviados, confusos, perplejos, e incluso desilusionados. *Se han esparcido a manos llenas ideas contrastantes con la verdad revelada y enseñada desde siempre. Se han propalado verdaderas y propias herejías en el campo dogmático y moral, creando dudas, confusiones, rebeliones. Se ha manipulado incluso la liturgia. Inmersos en el relativismo intelectual y moral, y por tanto en el permisivismo, los cristianos se ven tentados por el ateísmo, el agnosticismo, el iluminismo vagamente moralista, por un cristianismo sociológico, sin dogmas definidos y sin moral objetiva*» (6-2-1981). El diagnóstico que hizo el Cardenal Ratzinger en su *Informe sobre la fe*, en ese mismo tiempo, era exactamente coincidente.

Pues bien, el Papa, al describir ese inmenso deterioro actual de la doctrina católica, no está pensando, por supuesto, en la prensa laicista, en Universidades agnósticas, en estadios deportivos, playas y teatros. Está pensando en seminarios, noviciados, facultades de teología, centros catequéticos, editoriales y librerías «católicas». En consecuencia, ¿ha de extrañarnos, pues, que no pocos Obispos, párrocos, teólogos, catequistas, religiosos, grupos laicales, que se formaron doctrinal y espiritualmente en esa situación descrita por el Papa, *silencien verdades centrales de la fe?* En muchos casos las silencian, sencillamente, porque no las recibieron. Por el contrario, recibieron justamente los errores contrarios. Así las cosas, lo verdaderamente admirable, lo que constituye un milagro de la bondad de Dios hacia su Iglesia, es que no pocas de estas personas *perseveren* heroicamente en sus ministerios, y aún habiendo recibido tan pésima formación filosófica e histórica, doctrinal y moral, espiritual y litúrgica, todavía *transmitan*, aunque sea con graves deficiencias, muchas veces inculpables, *algunos* elementos de la fe católica.

–Falta de fe. «Creí, por eso hablé; también nosotros creemos, y por eso hablamos» (2Cor 4,13). Por el contrario, «no creemos y por eso no hablamos». Los silenciamientos sistemáticos de tantas verdades de la fe católica están indicando que no hay fe en esos misterios revelados por Dios y enseñados por la Iglesia. Un sacerdote, un catequista, el profesor de un colegio católico, un padre de



familia, si *nunca* hablan de la inhabitación de la Trinidad en el cristiano en gracia, si *jamás* aluden a la eterna salvación o condenación, a la Providencia divina sobre lo grande y lo mínimo, al horror del adulterio o de la anticoncepción, a la urgencia de evangelizar a los incrédulos, etc. es porque *no creen en esas verdades de la fe*, o porque la fe en ellos es tan débil que no da de sí como para «confesarla ante los hombres» (Lc 12,8). Veámoslo con un ejemplo:

El silencio casi total sobre la grave maldad de la anticoncepción fue denunciado por el Obispo Victor Galeone, de San Agustín (Florida, USA), en una carta pastoral (15-11-2003). Él habla porque cree en la doctrina católica. Consigna primero que el divorcio se ha triplicado, las enfermedades sexuales han aumentado de 6 a 50, crece la pornografía en todos los campos, aumenta la esterilización y la reducción extrema del número de los hijos, etc. Y declara que, a su juicio, la causa principal de todos esos males está en la anticoncepción generalizada. «La práctica está tan extendida que afecta al 90% de las parejas casadas en algún momento de su matrimonio, implicando a todas las denominaciones» (se refiere a todas las confesiones cristianas, también a la católica). «La gran mayoría de la gente de hoy considera la anticoncepción un tema fuera de discusión». Describe de modo impresionante el profundo y multiforme deterioro que la anticoncepción crónica produce en la vida de matrimonios y familias.

«Me temo que mucho de lo que he dicho parece muy crítico con las parejas que utilizan anticonceptivos. En realidad, no las estoy culpando de lo ocurrido en las últimas décadas. No es un fallo suyo. *Con raras excepciones, los obispos y sacerdotes somos los culpables debido a nuestro silencio*». Y concluye con algunas normas prácticas «para ir en contra del silencio que rodea la enseñanza de la Iglesia en esta área», pidiendo en el nombre de Cristo, como Obispo de la diócesis, la aplicación de ciertas normas sobre estudio de la doctrina católica, confesores, homilias, cursos de preparación al matrimonio, catequesis y escuelas superiores. Es obvio, no hay otro camino: reforma o apostasía.

–**Falta de esperanza.** No se intenta lo que se considera imposible. No se predica para intentar superar aquellos errores y males que se consideran irrevocables. Falta conciencia en la fe de que el mismo Dios que asiste con su gracia al *predicador* para decir la verdad es el Dios que asiste al *oyente* para darle crédito. Y así se admiten como hechos consumados e irrevocables, la anticoncepción, el absentismo de la Misa, la polarización en el enriquecimiento y tantos otros pecados. Y poco o nada se predicará y se hará para superarlos con la gracia de Cristo. Sin esperanza, sin esperanza teologal –la que se pone en Dios, y solo en Cristo: «lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (Lc 18,27)– los males de la humanidad y de la Iglesia no tienen remedio. Ni siquiera se intenta superarlos, porque se consideran inevitables. Un ejemplo:

En amplias regiones de la Europa medieval era tan general la simonía, la compra de Obispados, Abaciatos, etc. que no causaba apenas escándalo ni en la Jerarquía apostólica ni en los fieles. No se predicaba ni se hacía nada efectivo para desarraigarla, y perduraba impunemente. Cientos y cientos de Abades y Obispos simoníacos, reyes y nobles, se apoyaban mutuamente, unidos por intereses comunes. Innumerables teólogos y canonistas callaban discretamente, «conservando sus vidas» (Lc 9,23-24). Solo algunos hombres santos creyeron entonces, como Abraham, «contra toda esperanza» (Rm 4,18) que Cristo Salvador quería purificar a su Esposa, la Iglesia, de un pecado tan grave y generalizado. Nicolás II (Papa, 1059-1061), San Gregorio VII (1015-1085), San Bruno (+1101), San Bernardo (1090-1153) y con ellos otros hombres de fe y de esperanza, sabiendo que se exponían a sufrir calumnias, atropellos, exilios, cárcel, embosca-

das mortales, pobreza, se atreven a iniciar y a mantener una lucha total contra la bestia diabólica de la simonía. Bernardo escribe a Eugenio III (Papa, 1145-1153): «si queréis ser un fiel seguidor de Cristo, haced que se inflame vuestro celo y se ejerza vuestra autoridad contra *esta plaga universal*» de la simonía. Por gracia de Dios, la esperanza de estos hombres «le dejó obrar a Cristo» en su Iglesia, y la simonía fue vencida progresivamente, con la ayuda decisiva de Concilios que ellos mismos impulsaron (Romano, 1060; Guastalla, 1106; Laterano II, 1139; Laterano III, 1179; etc).

Reforma o apostasía. *Faltan hoy en nuestra Iglesia hombres audaces en la esperanza.* Muchos, incluso entre los mejores, se resignan ya a una Iglesia siempre decreciente, reducida a un Resto, y a un Resto dividido, en el que hay a veces más errores que verdades, y más rebeldías que obediencias. Pues bien, sin estos hombres de esperanza no habrá reforma, no la concederá el Señor, y sin reforma, proseguirá creciendo la apostasía. *Todos los males de la Iglesia –doctrinas falsas, abusos disciplinares– son perfectamente remediabiles*, pues Dios ama a la Iglesia, la Esposa del Hijo, y es omnipotente. Es verdad que muchas veces no será posible superar esos males sin verdaderos *milagros morales*. Pero los milagros necesarios son *normales* en esa historia de la salvación que la Iglesia está viviendo hasta que vuelva Cristo. Y el Señor hace siempre esos milagros de salvación a través de cristianos creyentes y mártires. Cuando en uno de sus viajes evangelizadores estuvo Jesús en Nazaret, entre sus paisanos, «no hizo allí muchos milagros por su falta de fe» (Mt 13,58).

(23)

2. Verdades de fe silenciadas –y 2

–Perdón que insista. Y si el enviado a predicar no predica el Evangelio ¿a qué se dedica, a tocar el bombo?

–O la trompeta. Se dedicará a cualquier aberración o inutilidad, ya que se está resistiendo al Espíritu Santo, que le fue comunicado sacramentalmente por un sucesor de los Apóstoles.

Como causas principales del silenciamiento de ciertas verdades de la fe quedaron ya señaladas en el artículo anterior la ignorancia, la mala doctrina, la falta de fe, la falta de esperanza. Pero consideremos también otras causas.



–**El horror a la Cruz.** Decía el Apóstol: «si todavía anduviera buscando agradar a los hombres, no podría ser siervo de Cristo» (Gál 1,10). Hay predicadores muy valientes para predicar aquellas verdades –hay alguna– que el mundo aprecia, y muy cobardes para aquellas otras –

muchas— que el mundo aborrece. Enviados a predicar *todo el Evangelio* de nuestro Señor Jesucristo, silencian ciertas verdades fundamentales de la fe que traen marginación o persecución, las silencian por miedo al sufrimiento. Por tanto, «no sirven a Cristo, nuestro Señor, sino a su vientre» (Rm 16,18); obran así «para no ser perseguidos por la cruz de Cristo» (Gál 6,12); «son enemigos de la cruz de Cristo» (Flp 3,18). En fin, «se avergüenzan» del Evangelio de Cristo (Rm 1,16). Y así es como el pueblo cristiano puede pecar con «buena conciencia» y seguir tranquilamente caminos de perdición temporal y eterna. Se pierden los cristianos en la apostasía. Pierden la fe sin darse cuenta siquiera.

—**La herejía.** Ya está señalada esta causa en lo que dije de la «mala doctrina» y de la «falta de fe». Pero añado ahora que cualquier predicador que se vea afectado por alguna herejía silencia necesariamente la verdad de la fe que esa herejía niega. El que esté engañado por el arrianismo presentará un Cristo humano, no divino. El que no crea en la posibilidad real de la condenación, jamás hará alusión alguna al infierno. Y así ocurrirá con todas las herejías. Como más adelante, en otros posts, he de hablar de las herejías actuales más frecuentes, señalo ahora breve y solamente

—**los errores sobre la gracia divina**, de los cuales me fijo en dos, los que hoy son más frecuentes, y que silencian muchas verdades de fe.

El pelagianismo. Aquellos predicadores que no ven al hombre como un ser herido por el pecado original en su misma naturaleza e inclinado al mal, y que por tanto necesita para salvarse el auxilio de la gracia de Cristo y de la Iglesia, nunca o casi nunca predicarán la necesidad de la conversión y la urgencia de poner los medios señalados por el mismo Dios para conseguir la vida de la gracia: oración, fidelidad a los mandatos de Cristo y de la Iglesia, sacramentos, etc. El actual modernismo progresista suele ser en el fondo arriano y pelagiano. Cristo es solo *modelo* para los cristianos, que han de salvarse con sus propias fuerzas.

El semipelagianismo. Quienes entienden que la vida cristiana está causada en parte por la gracia de Dios y en parte por el esfuerzo del hombre —causas coordinadas que concurren a la obra buena; no causas subordinadas, una principal y otra instrumental—, tienen buen cuidado de silenciar todas aquellas verdades de la fe católica que prevean como ocasiones de persecución del mundo, desprestigio y marginación. Afirmar esas verdades, suponen ellos, debilitaría «la parte humana» que colabora con Dios en la salvación del mundo. Consecuentemente, las silencian. Es decir, a la larga, las niegan.

A estas causas del silenciamiento de ciertas verdades de la fe hemos de añadir algunas otras excusas.

—**No prediquemos sobre tal verdad, porque antes se predicó demasiado.** Silenciemus, por ejemplo, el evangelio del pudor y de la castidad, o el evangelio que avisa del peligro de una condenación eterna, porque *antes* se predicó excesivamente del sexto mandamiento y del infierno. Apenas merece una refutación amplia un error tan patente. Supuesto que antiguamente éstas y otras verdades se predicaran en exceso, lo que hoy debemos hacer es predicarlas con una prudente frecuencia. Pero silenciarlas es negar el Evangelio. Y el remedio es entonces peor que la enfermedad.

—**No prediquemos la más altas verdades de la fe... ni tampoco las más bajas.** No prediquemos las más altas, el misterio de la Encarnación del Verbo, la inhabitación de la Trinidad en los hombres, la primacía de la gracia para toda obra buena merecedora de premio eterno, etc., porque todo eso le viene grande a nuestros oyentes. Pero tampoco les prediquemos las verdades más elementales, el pudor, la evitación de las ocasiones próximas de pecado, etc., porque si no han recibido las más altas verdades de la fe, no podrán vivir, ni siquiera entender, estas otras verdades. El sofisma es tan patente que no necesita refutación desarrollada.

Hay una conexión tan profunda entre las verdades de la fe, que *todas las verdades reveladas y enseñadas por la Iglesia han de ser predicadas a los hombres*. Sin predicación y catequesis suficiente sobre el pecado original, sobre la creación, la Santísima Trinidad, el diablo, el purgatorio, el pudor, la peligrosidad del mundo mundano, la función salvífica de la Virgen María, del mundo angélico, de la Eucaristía dominical, etc. no hay modo ni de entender ni de vivir la vida cristiana. No puede haber fidelidad a la gracia. No habrá vocaciones. Los matrimonios no tendrán hijos. Seguirá el absentismo masivo a la Misa dominical. Etc. Por supuesto que la prudencia pastoral aconsejará, según los casos, predicar antes o más tarde ciertas verdades. Pero el fin que ha de pretenderse desde el principio es predicar el Evangelio entero.

—**Silenciemus ciertas verdades morales, 1º—dejando a los hombres que sigan su conciencia; 2º—no sea que con ellas les suscitemos problemas de conciencia**, que ahora no tienen. Volviendo a un tema ya aludido en anteriores posts: no prediquemos la doctrina moral de la Iglesia acerca de la anticoncepción, 1º dejemos el discernimiento concreto de cuestión tan íntima y compleja a la conciencia de los esposos; 2º no sea tampoco que les creamos sentimientos de culpa, de los que ahora están libres. La primera respuesta va por la *reductio ad absurdum*:

—*Cese la predicación del Evangelio en el mundo.* Si ese mismo argumento se aplica a los ricos injustos, educados desde niños en familias y colegios infectados completamente de injusticia, o a los hombres de un pueblo que ve la esclavitud y la poligamia como instituciones perfectamentes naturales y lícitas, etc., cesa la evangelización. Siguiendo ese planteamiento, todos los que hoy insisten, p. ej., en predicar a los ricos los deberes bien concretos de la justicia enseñados por el Evangelio y la Doctrina social de la Iglesia ¿por qué no les dejan resolver esos asuntos ateniéndose a *su conciencia*? Ya son mayorcitos. Y por otro lado, con esa predicación impertinente ¿no estarán suscitando en los ricos unos problemas de conciencia que ahora no tienen?

—*Cristo salva al hombre fundamentalmente predicándole la verdad.* Así es como, con la gracia del mismo Cristo, el hombre adámico es liberado de la cautividad del diablo, del mundo y de sí mismo. Por lo que al diablo se refiere, nada libra tanto del influjo del Padre de la mentira como la proclamación de la verdad evangélica. *El Enemigo no se apodera plenamente del hombre hasta que domina por el error su entendimiento.* No domina totalmente sobre la persona sometida a su influjo si solamente logra cautivar su sensualidad, su voluntad, sus obras. Mientras la mente guarda el conocimiento y el reconocimiento de la verdad moral, siempre es posible la conciencia de culpa y la conversión, con la gracia de Dios. Pero la perdición total de la persona se produce cuando no solo su voluntad está cautiva del mal, sino cuando también su entendimiento es adicto a la mentira y, bajo el influjo del diablo, ve lo malo como bueno y lo bueno como malo. De ahí que nada tema tanto el diablo como la afirmación de la verdad. Solo «la verdad nos hará libres» (Jn 8,32). Por tanto los predicadores que silencian verdades de la fe

se hacen co-laboradores del diablo, y al menos entre los cristianos, son sus más eficaces co-laboradores. Con razón decía San Pablo: «¡ay de mí, si no evangelizara!» (1 Cor 9,16).

—Hay que predicar el Evangelio entero con toda la confianza que da el saber con certeza que el mismo «Espíritu de la verdad» que actúa en el predicador es el que actúa en el hombre oyente de la Palabra divina, aunque esté hundido en un pozo profundo de pecados. Vendrá luego el misterio de la predestinación, de la gracia, de la respuesta libre del hombre: «todo el que obra el mal, odia la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no se vean denunciadas. Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que se manifieste que sus obras están hechas en Dios» (Jn 3,20-21). Pero a esa zona misteriosa el predicador solo llega por su oración, que nunca debe separarse de su predicación.

—**Pecados materiales y pecados formales.** La excusa anterior para el silenciamiento de la verdad ha de considerarse también a la luz de una distinción moral clásica. La Iglesia siempre ha distinguido entre pecados *formales*, que proceden de conocimiento y consentimiento plenos de la voluntad, y pecados solamente *materiales*, en los que se peca sin conocimiento o sin libertad suficientes. Pero también ha enseñado siempre estas tres verdades:

1ª. *La búsqueda sincera de la verdad es el deber primero del hombre.* Muchos hoy olvidan —en plena dictadura del relativismo— que en todo pecado hay un componente decisivo de error y de engaño del Maligno (Jn 8,43-47). La aceptación de unas mentiras diabólicas fue la causa del primer pecado del hombre (Gén 3), y sigue siendo la causa principal de los pecados actuales. El primer deber del hombre es guardar su mente en la verdad y crecer en ella. «Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17,3).



Por eso dice Santo Tomás: «error manifeste habet rationem peccati» (*De malo* q.3, 7c). Sin un error previo del entendimiento, que, presionado por el mal deseo o por el temor al sufrimiento, acepta ver lo malo como bueno, es psicológicamente imposible el pecado, el acto culpable de la voluntad. No es posible que el hombre peque, no es posible que su voluntad se lance a la posesión de un objeto *malo* y persevere culpablemente en esa posesión, si su entendimiento no se lo presenta como un *bien*. Por eso, una persona que se desinteresa completamente por la verdad, por la formación católica de su mente y de sus criterios morales (pecado formal), incurrirá después ciertamente en innumerables pecados (pecados materiales o formales).

2ª. *Los pecados materiales proceden con frecuencia de los pecados formales, y a ellos conducen.* Una persona, por ejemplo, que no busca la verdad (pecado formal), caerá ciertamente en innumerables pecados (materiales al menos, o también formales). «La causa de la causa es la causa del mal causado». Así lo dice un antiguo aforismo del Derecho penal romano, aplicado a la vida espiritual por San Ignacio de Loyola.

3ª. *Los pecados, aunque solo sean materiales, causan terribles males.* Millones de hombres mueren de hambre por el egoísmo de los Estados modernos ricos, que realmente podrían ayudarles. Cien millones son exterminados por el utopismo marxista en el siglo XX. A todos estos muertos les da lo mismo que sus asesinos —capitalistas, dictadores, socialistas, comunistas— tuvieran pecado formal o solamente material. La poligamia degrada y envilece objetivamente a las mujeres que la padecen y a los hombres que la practican, haya en esa lacra social culpas de una u otra clase. Son muchos los matrimonios que, gracias al silenciamiento de la verdad, practican habitualmente la anticoncepción sin mala conciencia; pero no por eso la anticoncepción deja de causar verdaderos estragos en el amor entre esposo y esposa, en la natalidad, en la educación de los hijos, en el bien común de la nación, en la vida de la fe y de la gracia.

—**Si predicamos ciertas verdades de la fe, entristecemos la vida de los hombres,** los marginamos en cierto modo de la vida del mundo secular, los reducimos a ciudadanos de segunda, etc. Otra excusa falsa y miserable. Qué aburrimiento... Les remito a lo que ya tengo escrito sobre *la alegría cristiana*. «¡Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador!» (Lc 1,47).

Algunos cristiano-cretinos de hoy, cuando el rico Epulón pide a gritos: «te ruego, padre [Abraham], que le envíes [a Lázaro] a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que él los prevenga, y no caigan ellos también en este lugar de tormento» (Lc 16,28), seguro que le dirán que se calle y que silencie esas verdades de la fe: «no sea que, al advertir a los hombres que el pecado puede conducir a un infierno eterno, se rebelen contra Dios y, considerando duro y negativo el Evangelio, rechacen a Dios y a su Evangelio».

(24)

3. Lenguaje católico oscuro y débil

—Bueno, en cierto modo, esto... no, el asunto es que, no sé si me explico...

—Tranquilo y calle por el momento. Madure más el *concepto* y podrá darlo a luz en la *palabra* con toda claridad y exactitud. Tómese para ello el tiempo que necesite, aunque sean nueve meses. Y pruebe a pensar con calma, incluso a estudiar y a rezar ese asunto: verá que no le pasa nada.

Al principio era el Verbo. El valor de la palabra es máximo en el Cristianismo (cf. Jn 1,1). En la palabra, hablada o escrita, está la verdad o la mentira, está por tanto la salvación o la perdición de los hombres. Y tengamos presente que *el proceso del conocimiento se consume en la expresión*. Es la palabra la que nos da conocimiento, pero, al mismo tiempo, el conocimiento de la verdad llega a su término en la palabra. Precisamente la palabra es un «término». Acabamos de conocer algo cuando sabemos expresarlo. No se ha dado del todo una adecuación de nuestra mente a la realidad, no se ha concebido en nosotros la verdad plenamente, mientras no sabemos expresarla con palabras. Según eso, un pensamiento confuso, oscuro, incierto, débil da lugar necesariamente a una palabra confusa, oscura, insegura, débil. En tanto que un pensamiento luminoso y cierto se expresa con claridad y fuerza.

Degradación del pensamiento y del lenguaje. La calidad del pensamiento y del lenguaje es una misma. Por eso cuando el pensamiento de la fe se deteriora en la Esposa de Cristo, al menos en ciertas Iglesias locales, el lenguaje católico va perdiendo fuerza y claridad, y hasta en ciertos documentos eclesiásticos se hace débil, aburrido, tan matizado y contrabalanceado que acaba por no decir nada. Le falta el *veritatis splendor* que le es propio, como palabra de Cristo pronunciada por su Iglesia.

«La Iglesia de Dios vivo es la columna y el fundamento de la verdad» (1Tim 3,15). La Esposa de Cristo, Verbo encarnado, es aquella que predica «la palabra de Dios, viva, eficaz y tajante, más que una espada de doble filo, que penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, hasta las articulaciones y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb 4,12). *La reforma hoy más urgente de la Iglesia es la recuperación del pensamiento y del lenguaje* que son propios del Catolicismo. Reforma o apostasía.

Filosofía y letras. Los estudios eclesiásticos siempre han procurado anteponer a la teología unas buenas premisas de formación literaria y filosófica. La Iglesia ha querido así que los que entran en el terreno sagrado de la teología hayan aprendido a *pensar* rectamente y a *hablar* con verdad y claridad. Sin una buena herramienta mental y verbal, el teólogo entra en el campo maravilloso de la Revelación divina y de la Tradición católica como un cerdo en un jardín de flores, pisoteando y destrozando todo. *Sin una buena filosofía y un buen lenguaje es imposible una teología verdadera*. La sagrada teología, *ratio fide illustrata*, y más aún el Magisterio apostólico, se han



caracterizado siempre en la Iglesia católica no solo por la luminosa certeza de la fe que profesan, sino también por la claridad y precisión sincera de su palabra.

Hoy por el contrario... Los ejemplos que siguen están todos tomados de textos actuales publicados.

Falsificaciones.

Acerca de un milagro del Evangelio, concretamente la resurrección de Lázaro, un escriturista actual escribe que «en cuanto a la historicidad, *el hecho es más teológico que histórico*». Frase notable, deliberadamente oscura, que expresa un pensamiento de calidad ínfima. El verbo *ser* no es elástico: algo es o no es. Y un *hecho*, una de dos, o es histórico o realmente no ha acontecido, y entonces no es un hecho. Además, que yo sepa, no existen propiamente «hechos teológicos». Y por último, si el autor quiere decir que tal milagro, a su juicio, no es histórico, es mejor que lo diga abiertamente, y que no nos maree con eufemismos vergonzantes.

Ambigüedades. Cuando un cierto grupo eclesiástico de trabajo afirma en una Asamblea su «total adhesión» a la *Humanæ vitæ*, pero una vez hecha la afirmación, solita que «*se flexibilice*» su doctrina, ¿qué calidad mental tiene este pensamiento y esta palabra? Un lenguaje como ése, deliberadamente ambiguo, es una vergüenza, es indigno de la Iglesia católica. Esas son frases que dicen, pero sin decir, aunque diciendo. Qué miseria.

Ya vimos en el post (14) cómo el Card. Martini, reclamaba «una Iglesia *abierta*» frente a una Iglesia cerrada, obstinada en sus enseñanzas y en sus normas (*Conversaciones nocturnas en Jerusalén*, ed. San Pablo, pg. 7, 168). Él estima que la *Humanæ vitæ* es «culpable» del alejamiento de muchas personas (141-142), y como el Papa no va a retirar la encíclica, le convendrá escribir cuanto antes «una nueva e ir en ella más lejos» (146). ¿Sería mucho pedir al Sr. Cardenal que nos dijera «a dónde» exactamente ha de ir más lejos? ¿Y qué significa una Iglesia «más abierta»?... ¿Más abierta «a qué»?... Hace unos pocos años, otro Cardenal se jactaba de que había firmado con otros tres obispos «una de las *más abiertas orientaciones* publicada, no sin provocar revuelo, por un episcopado sobre las relaciones con el judaísmo». Que el Señor le bendiga. Pero podríamos preguntarle honradamente y sin acritud: ¿esas «orientaciones» en la relación con el judaísmo eran más abiertas o más cerradas, p. ej., que las que siguieron Cristo, Esteban, Pedro, Juan o Pablo, Hermann Cohen, los hermanos Ratisbona, etc.?

Oscuridades. Cuando un profesor de teología dice que es conveniente «*relativizar*» la doctrina católica de la transmisión del pecado original *por generación*, ¿qué es lo que realmente quiere decir? ¿Pretende que se relativice una doctrina que es de fe, declarada en forma dogmática tantas veces? ¿O es que prefiere no formular con claridad su propio pensamiento? Nadar, y guardar la ropa. Tirar la piedra y esconder la mano.

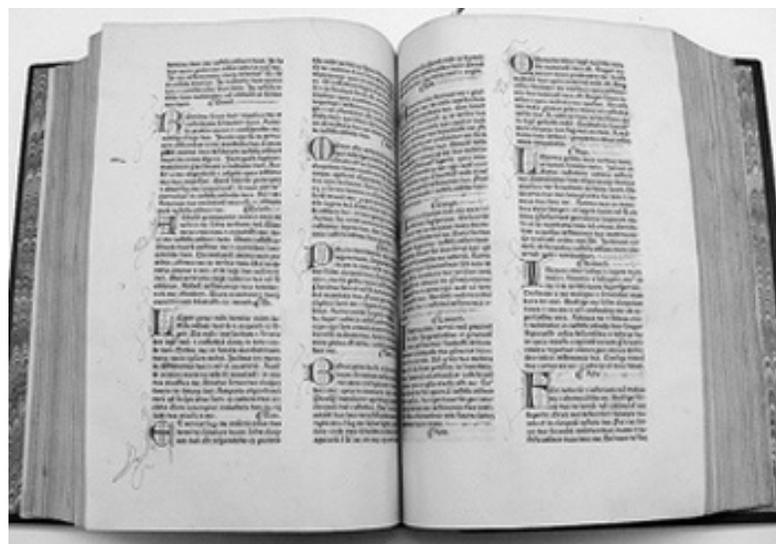
Cuando un liturgista, estudiando la Eucaristía, reconoce «un cierto carácter expiatorio en la muerte de Cristo», pero al mismo tiempo pretende con empeño *evitar* «una

interpretación victimista» ¿está empleando un lenguaje digno de la teología católica o más bien un lenguaje-basura? Este autor se muestra mental y verbalmente impotente para afirmar o para negar, sencillamente, que Cristo es la víctima pascual, ofrecida en sacrificio de expiación para la salvación de los pecadores. Su palabra no transmite, pues, ni de lejos, la clara certeza de la doctrina de la Iglesia. Por tanto, la niega.

Falsedades retóricas. De una señora que entra en una reunión podemos decir, a modo de saludo: «aquí llega la mujer más linda de Occidente». Bueno, la frase no engaña a nadie. Todos entienden que se trata de una afirmación puramente retórica, dicha en broma. Mucho mayor es el peligro de engaño si ese género literario se emplea, por ejemplo, en un Concilio.

«El hombre contemporáneo *camina hoy hacia el desarrollo pleno* de su personalidad y hacia el descubrimiento y afirmación crecientes de sus derechos» (GS 41a). «Ante la actual evolución del mundo, *son cada día más numerosos* los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales» (10a).

Las declaraciones retóricas apenas y a veces confunden a los verdaderos creyentes, confortan a los incrédulos, y dañan a todos. Es cierto que el Vaticano II escribió un libro de 700 páginas –hecho sin precedentes en la historia de los Concilios–, y que es normal que de entre ellas puedan entresacarse, como acabo de hacer yo, algunas frases desafortunadas o inexactas. Pero notemos sobre todo, por otra parte, que el mismo Concilio en otros textos



hace «del hombre contemporáneo» y del mundo actual otros diagnósticos sumamente lúcidos y durísimos –que consiguientemente son contradictorios a aquellas otras declaraciones retóricamente benignas–. Denuncia el Concilio en el mundo moderno un egoísmo global, cada uno a lo suyo, un peligro de destrucción del propio género humano, un ateísmo generalizado e institucionalizado en formas nunca conocidas en la historia de la humanidad, etc. (cf. GS 7c, 10, 19, 37a).

Aberraciones mentales. Un profesor de liturgia, hablando, veladamente, por supuesto, en contra de la transubstanciación eucarística profesada por la fe católica nos propone, para liberarnos de ese término, una concepción nueva y más moderna de substancia.

«Según esta concepción, la realidad material debe entenderse *no como* realidad objetiva independiente de la percepción del sujeto, *sino como* una realidad antropológica y relacional, es-

trechamente vinculada a la percepción humana. Pan y vino deben ser considerados *no tanto* en su ser-en-sí *cuanto* en su perspectiva relacional. *El determinante de la esencia de los seres* no es otra cosa que su contexto relacional. La relationalidad constituye el núcleo de la realidad material, el en-sí de las cosas». Es decir, propiamente un ser no existe en su propio ser si no es en relación con otros.

Leyendo esas insensateces, por no decir burradas –que diría Castellani–, yo les pregunto: «¿creen ustedes que de verdad ese doctor teólogo entiende lo que está diciendo?». En mi opinión, no tiene ni idea. Más bien creo que incurre en aquello que decía San Pablo: «alardeando de doctores de la ley, no entienden lo que dicen ni lo que afirman» (1Tim 1,4). Esa jerga apenas expresa nada inteligible.

Diagnósticos leves. Un ejemplo. Se nos dice en un documento de la Iglesia: vemos «con preocupación» que la sociedad se va abriendo cada vez más a la eutanasia. ¿Con «preocupación»?!... Ya casi podría haber dicho: «vemos consternados». Pero quizá estimaron que el término «consternación» era demasiado fuerte. Otros documentos eclesiásticos, por ejemplo, nos hablan de «luces y sombras» cuando analizan la situación de Europa –en acelerada caída en la apostasía–, o de los religiosos –tan desvirtuados a veces que en no pocas naciones europeas están en trance de simple desaparición–... Un lenguaje así es verdaderamente inadmisibile. Podrían citarse muchos ejemplos semejantes, pero resultaría duro y cruel.

Diagnósticos contradictorios. Cuando la constitución conciliar *Gaudium et spes* (47) trata de «el matrimonio y la familia en el mundo actual», señala que, según los lugares, están presentes «la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones [como] el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación». Pero en el mismo número consigna que «las profundas transformaciones de la sociedad contemporánea, a pesar de las dificultades a que han dado origen, *con muchísima frecuencia* manifiestan, de varios modos, la verdadera naturaleza de tal institución» matrimonial y familiar. ¿Con muchísima frecuencia?... Son textos que únicamente resultan coherentes si interpretamos en clave puramente retórica algunas de sus frases. Pero, sin duda, ésa no es en el lenguaje eclesiástico la verdadera Tradición católica. Recordemos, en todo caso, lo ya dicho: que el Concilio es un libro de 700 páginas.

Pablo VI clama dolorido: «¡Basta de disensiones dentro de la Iglesia! ¡Basta de una interpretación disgregadora del pluralismo! ¡Basta con la lesión que los mismos católicos infligen a su indispensable cohesión» (*L'Osservatore Romano* 18-7-1975). Sin embargo, unas semanas antes, en el duodécimo aniversario de su consagración pontificia, había exaltado en una alocución «*la grandísima sintonía de toda la Iglesia con su supremo Pastor y con los propios Obispos*» (23-6-1975)... Pero recordemos la enorme crisis producida en 1968 y años siguientes acerca de la *Humanae vitae*, y en la que se vieron implicadas varias Conferencias episcopales.

Reforma del lenguaje y del pensamiento o apostasía. La Iglesia Católica, ya que ha de expresar con palabras humanas la plenitud de la Palabra divina, está obligada a usar un lenguaje verdadero y exacto, lo más claro y preciso que sea posible. Esos modos de lenguaje oscuros, ambiguos, retóricos, contradictorios y, sobre todo, tan débiles, deben ser eliminados de la Iglesia, para que así el Señor «nos conceda vivir libres de las tinieblas del error y

permanecer siempre en el esplendor de su verdad» (*or. Dom. XIII T.o.*). Quiera Dios que el Magisterio apostólico y la predicación, la teología y la catequesis cumplan en la Iglesia siempre la norma de nuestro Señor Jesucristo: «*sea vuestra palabra: sí, sí; no, no.* Todo lo que pasa de esto, viene del Maligno» (Mt 5,37; cf. Sant 5,12; 2Cor 1,17-19).

(25)

4. Lenguaje de Cristo claro y fuerte

—Algo he oído de que se ha retrasado usted en el blog porque estaba ocupado traduciendo del latín un documento.

—Y lo malo es que ahora he tenido poco tiempo para tratar bien de un tema tan precioso. Yo aquí, en *Reforma o apostasía*, solo estudiaré *el lenguaje de Cristo en cuanto que predica con claridad y fuerza, llamando a conversión.*

Cristo habla con autoridad. Es el «Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, por quien todo fue hecho»... Es, pues, el Autor de la creación y de la nueva creación, «el Primogénito de toda criatura» (Col 1,15), «el Autor de la vida» (Hch 3,15). *Él es eternamente la Palabra del Padre*, y lo es también en cuanto hombre: «según me enseña el Padre, así hablo» (Jn 8,28). *¿Cómo el Autor no hablará a los hombres con autoridad absoluta y plena?*

Cristo nunca *opina*, jamás *argumenta* laboriosamente para fundamentar su enseñanza. *Afirma y niega*, simplemente. Nunca ofrece su doctrina como «una más», sino como la Verdad y el Camino único que lleva a la vida. «Habéis oído que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo...» (Mt 5,21-22). «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35). Algunos rabiaban de verle hablar y obrar con tal autoridad (Jn 2,18). Pero en cambio la muchedumbre «se maravillaba de su doctrina, pues la enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mc 1,22).

Por otra parte, Jesús *autoriza sus palabras «increíbles» con sus milagros patentes.* «Yo soy el pan vivo bajado del cielo», y multiplica los panes (Jn 6). «Yo soy la Luz del mundo», y da la vista a un ciego de nacimiento (9). «Yo soy la Vida», y resucita a un muerto de cuatro días (11). Por eso dice: «si hago las obras de mi Padre, ya que no me me creéis a mí [a mi palabra], creed a las obras» (10,37-38). En Cristo palabras y obras coinciden y se confirman mutuamente.

Jesús centra en sí mismo la predicación del Evangelio. Y es que *propiamente Él es el «evangelio»*, la buena noticia, «la gran alegría» que los ángeles anuncian por primera vez (Lc 2,10). En su predicación Él se presenta como Cordero de Dios, Enviado del Padre, para quitar el pecado del mundo, Salvador nuestro único, Pastor bueno, Vid santa que vivifica los sarmientos, Camino, Verdad y Vida, luz del mundo, resurrección y causa de vida eterna, Pan vivo bajado del cielo, bebida espiritual, manantial incesante de agua viva, epifanía plena de Dios:

«quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14,9). Su Evangelio es simple: «ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (17,3).

El lenguaje de Cristo es suave y amoroso porque Él es la epifanía suprema del amor que Dios tiene a los hombres (Tit 3,4). Por eso en su predicación hallamos palabras de infinita dulzura: «hijitos míos» (Jn 13,33), ya no os digo siervos, sino amigos (15,15), sois para mí «como mi madre y mis hermanos» (Lc 8,21; cf. Mt 12,50), «voy a prepararos un lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros» (Jn 14,2-3). Jesús considera a sus discípulos como los hombres que Dios le ha dado: «lo que mi Padre me dió es mejor que todo» (10,29). Y tanto se identifica con ellos que quien les recibe o les rechaza a ellos, le reciben o rechazan a Él mismo (Mt 10,40). Él vive por el Padre, y nosotros vivimos por Él (Jn 5,26; 6,57).

Hago notar, sin embargo, que en el lenguaje de Cristo no son frecuentes las declaraciones verbales de su amor. En el lenguaje de San Pablo, p.ej., estas efusiones afectivas son mucho más frecuentes. Cristo expresa su amor sobre todo por los hechos: Él es el Buen Pastor que «entrega su vida» por quienes ama (Jn 10), y no hay amor posible mayor que éste (Jn 15,14).

La benignidad de Cristo en sus palabras y sus obras se manifiesta especialmente

—*hacia los pobres, los enfermos, los pequeños, los niños* (Lc 10,31; 18,15-17).

—*hacia los pecadores débiles*, aquellos que por debilidad han caído y permanecen en graves pecados de fornicación, de avaricia de riquezas, etc. La bondad de Cristo es inmensa, indecible, por ejemplo, con la samaritana (Jn 4), con la mujer adúltera (Jn 8,3-11), con el rico Zaqueo (Lc 19,1-10). La delicadeza con que trata a estos pecadores escandalosos es verdaderamente deslumbrante, es algo *nuevo*—revelación de la Bondad divina—, que desconcierta y causa escándalo entre los hombres: «¿cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores» (Mt 9,11-12).

—*en otros actos y enseñanzas.* Cristo es el buen Pastor, que conoce por su nombre a cada una de sus ovejas y da la vida por ellas (Jn 10), que busca y trae alegre sobre sus hombros la oveja perdida (Lc 15,5). Él revela en sí mismo la bondad de Dios en la parábola del hijo pródigo y en tantas otras. Él manda no quebrar la caña cascada, ni apagar la mecha vacilante (Mt 12,20). Demora talar una higuera infructuosa (Lc 13,8), frena la ira de Santiago y Juan, que quisieran ver arrasada la aldea samaritana que no los recibe (Lc 9,51-56), etc.

Cristo habla a los hombres con absoluta claridad. Les dice que *todos son pecadores*, pecadores de nacimiento, y que de ningún modo pueden salvarse por sí mismos (Jn 15, 5). Que precisamente Él ha sido enviado por el Padre «para buscar a los pecadores» (Mc 2,17), para ofrecerles una conversión por gracia divina, por una gracia gratuita que ellos han de recibir. Pero les avisa claramente que si rechazan ese don celestial precioso, se condenarán todos sin remedio.

«Vosotros sois malos» (Lc 11,12). Vosotros sois «una generación mala y adúltera», que exige milagros para creer (Mt 16,4). «Vosotros queréis matarme, a mí, que os ha hablado la verdad que oyó de Dios... Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre, que es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad... A mí no me creéis porque os digo la verdad» (Jn 8,40-45). Yo he venido a buscar



los pecadores, y para ofrecerlos la gracia de la salvación. Os aviso, pues, que camináis hacia una perdición eterna, ya que «ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que van por allí» (Mt 7,13). Y os advierto que «si no hicieréis penitencia, todos moriréis igualmente» (Lc 13,3.5).

Lenguaje sencillo. Cristo habla igualmente a letrados o ignorantes, aunque éstos normalmente le entienden mejor, de lo cual él se complace (Lc 10,21-24). A todos habla con absoluta claridad: podréis seguirme y ser mis discípulos si creéis en mí, si renunciáis a vosotros mismos, a vuestros pensamientos y voluntades, si tomáis la cruz, si dais por perdida vuestra vida, si coméis mi carne y bebéis mi sangre, si permanecéis en mi amor cumpliendo mis mandatos, si me recibís como verdad, camino único y vida. Pero sabed que, de otro modo, todos os perderéis temporal y eternamente sin remedio.

Lenguaje fascinante. «Jamás hombre alguno habló como éste» (Jn 7,46). «Todos le aprobaban, y se asombraban de las palabras llenas de gracia que salían de su boca» (Lc 4,22). «La muchedumbre, al verle, quedó maravillada, y en seguida corrió a saludarle» (Mc 9,15). Acude a él un gentío enorme, procedentes de todas partes (3,7-10; 6,34-44; Lc 12,1). Y la muchedumbre, escuchando su palabra, se olvida hasta de comer, sin darse cuenta de que se echa la noche encima. Es Él quien lo advierte (Mt 14,14-16).

La dialéctica de Jesús es muy fuerte, irresistible, tanto que sus mismos contradictores le temían, porque les hacía caer en las mismas trampas que ellos le ponían, de manera que «ya no se atrevían a proponerle ninguna cuestión» (Lc 20,40). Y por otra parte, así como los antiguos profetas se reían de los ídolos para ridiculizarlos y des-

prestigiarlos —«tienen ojos y no ven, pies y no andan»—, Cristo usaba con cierta frecuencia el arma potentísima de *la ironía*, ridiculizando públicamente a los soberbios, especialmente a los letrados y fariseos: «coláis un mosquito y os tragáis un camello» (Mt 23,24). ¡Lo hacía en público! para desprestigiarlos ante el pueblo, que los veneraba.

El lenguaje de Cristo es muy duro con los soberbios, con los letrados, sacerdotes y ricos, precisamente con los tres grupos sociales que componían el Sanedrín, el Tribunal supremo que tenía poder para juzgarle y que un día había de condenarle a muerte. Al hablarles Cristo a los tres como les hablaba, ya se entiende que Él sabía desde el principio que le iban a matar de todos modos, y daba su vida por perdida. El capítulo 23 de San Mateo (Mc 12,38-40; Lc 20,41-44), resulta verdaderamente sorprendente por su extrema dureza verbal. Algunos teólogos heréticos de hoy, que reclaman ser tratados por sus críticos con «lenguaje evangélico», no saben lo que dicen. Cristo, con algunas variaciones —pues los errores actuales son muy distintos—, vendría a decirles hoy lo que sigue ¡y lo haría en público!:

—*Los letrados, escribas y fariseos*, ay de ellos, son hipócritas, guías ciegos, insensatos, que dan el diezmo de la menta y olvidan lo más grave de la Ley, son sepulcros blanqueados, limpios por fuera, podridos por dentro, se tienen a sí mismos por justos y desean ser tenidos por tales, pero están llenos de hipocresía e iniquidad, son asesinos de todos los profetas, serpientes, raza de víboras, presumen con sus togas e innumerables filacterias, aman siempre los primeros puestos, devoran los bienes de las viudas, son simuladores de largas oraciones, falsificadores de la religiosidad revelada por Dios, y la sustituyen por preceptos humanos, son hijos del diablo, impugnadores de la verdad y difusores de la mentira, y están decididos a matar al Mesías (son anti-cristos). Ni entran en el Reino, ni dejan que el pueblo entre.

—*Los sacerdotes*, dice Cristo en público, ofrecen al Señor un culto vacío, puramente externo, y profanan el Templo, la Casa de Dios, «convirtiéndola en cueva de ladrones» (Mt 21,13).

—*A los ricos* les amenaza Cristo con una condenación eterna, si no se convierten, si continúan ignorando a los pobres. ¡Ay de los ricos! (Lc 6,24-26): su salvación es tan difícil como que un camello pase por el ojo de una aguja (Mt 19,23-24). La semilla de la verdad, sembrada entre espinas, es ahogada por la seducción de las riquezas (13,23). Y en la parábola del pobre Lázaro dice Jesús que los ricos, si no hacen caso ni de Moisés ni de los profetas, tampoco recibirán la verdad aunque resucite un muerto (Lc 16,27-31). Más aún: Jesús no habla cautelosamente ni siquiera del Rey: «¡id a decirle a ese zorro!» (Lc 13,33)...

Pero también el lenguaje de Jesús es muy fuerte con el pueblo y con sus discípulos. Como tenía horror a que alguno se perdiese, fuera rico y letrado, o pobre y pequeño, a todos los sacudía en su predicación con un *electroshock* fortísimo. Una mitad de sus parábolas son suaves, pero la otra mitad son tremendas, y terminan con ciudades incendiadas, enemigos degollados, hundimiento definitivo en un fuego que no se apaga, y en unas tinieblas donde no hay sino tormento y rechinar de dientes. A las ciudades que, habiendo sido testigos de sus milagros, no creen en él ni hacen penitencia les anuncia que tendrán un final más terrible que el de Sodoma y Gomorra (Mt 10,15; 11,20-24). Y llega a decir: «¡generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿hasta cuándo habré de soportaros?» (Mt 17,17)

Con *sus mismos discípulos y seguidores* emplea a veces en lenguaje muy fuerte. Y llama la atención que no les reprocha tanto su poca caridad, como su poca fe: «¿qué andáis cavilan-

do, hombres de poca fe? ¿Aún no entendéis y caéis en la cuenta? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís?» (Mc 8,16-21). «¡Hombres duros de entendimiento y torpes de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas!» (Lc 24,25). Y al propio Simón Pedro le dice: «apártate de mí, Satanás, tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mt 16,23).

El lenguaje de Cristo es nuestro modelo. «Yo os he dado el ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jn 13,15). Ciertamente, Él habla siempre por amor, nunca por odio, y busca solo la salvación de los hombres. Y si a nuestro Señor Jesucristo hemos de *imitarle en todo*, en su amor y su obediencia al Padre, en su oración, en su entrega de amor a los hermanos, *también hemos de imitarle en su lenguaje*, tanto en su *contenido* como en su *tono* —«c'est le ton qui fait la chanson»—, haciendo así audible en todos los siglos y naciones su propia voz. «La fe es por la predicación, y la predicación es por la palabra de Cristo» (Rm 10,17).

Cuando uno considera la predicación hoy predominante en tantas Iglesias locales y la compara con la predicación de Cristo, no puede menos de sentir vergüenza y una muy grande alarma. Reforma o apostasía.

res anuncian el Evangelio con *autoridad*, con la autoridad divina de Cristo.

Y en este sentido conviene señalar que el notable retroceso actual del Evangelio en la humanidad (cf. Juan Pablo II, *Redemptoris missio* 1990, 2-3) se debe principalmente a que muchísimos predicadores, afectados por una cultura democrática-igualitaria, que establece la dictadura del relativismo, no se atreven a predicar el Evangelio a los hombres con la plenitud de la *autoridad* apostólica.

San Pablo centra en Cristo su predicación. No recorre el mundo y se juega la vida para predicar «valores», no es tan tonto como para eso. A los corintios, amantes del saber y de la oratoria, como buenos griegos, les confiesa: «yo nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1Cor 2,2). «Los Apóstoles no cesaban todo el día de enseñar y anunciar a Cristo Jesús» (Hch 5,42). Pablo no salió de Tarso al mundo sino para predicar a Jesús, el único nombre que nos ha sido dado bajo los cielos, como dice San Pedro, en el cual podemos ser salvados (Hch 4,12). Todos los predicadores que no centran su palabra en Cristo están perdiendo el tiempo miserablemente. Más aún, están engañando al pueblo.

El mismo Cristo le dice a Saulo: «Yo te envío [a los gentiles] para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás al de Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia de los debidamente santificados por *la fe en mí*» (Hch 26,17-18).

El Evangelio del Apóstol es clarísimo, no se anda con rodeos ni eufemismos. «Vosotros estabais muertos por vuestros pecados, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas, sujetos al espíritu que actúa en los hijos rebeldes, siguiendo los deseos de vuestra carne [mundo-demonio-carne], siendo condenados a la ira, igual que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, nos dió vida por Cristo: por gracia habéis sido salvados» (cf. Ef 2,1-5 abreviado). Estábamos «esclavos» de diablo-mundo-carne, y Cristo nos ha hecho libres, «siervos de Dios» (Rm 6,19-23).

En la carta a los Romanos da San Pablo una síntesis doctrinal perfecta sobre la salvación de la humanidad pecadora. Todos los paganos son una masa de pecadores «inexcusables», que incluso se glorían de sus pecados (1). Y todos los judíos también son pecadores, y más aún los que se tienen por justos (2). «Judíos y gentiles nos hallamos todos bajo el pecado. No hay un justo, ni siquiera uno» (3,10-11). Pero Dios, por el inmenso y gratuito amor que nos tuvo en Cristo, por la fe en Él, nos ha ofrecido gracia y salvación, de tal modo que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (5,20). Ahora bien, no se trata de una salvación en Cristo automática: es preciso recibir libremente esa gracia, dejarse mover por ella a una vida nueva, ya que «Dios dará a cada uno según sus obras; a los que con perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción, la vida eterna; pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia, ira e indignación» (2,5-8). Por eso, «no os engañéis: ni fornicarios, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni sodomitas, ni ladrones, ni avaros, ni ebrios, ni maldicientes, ni rapaces poseerán el reino de Dios. Y algunos esto erais, pero habéis sido lavados, santificados, justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (1Cor 6,9-11).

Evangelio claro y fuerte, que declara una diferencia neta entre fieles e infieles. «Si nuestro Evangelio sigue velado, es para los incrédulos, que van a la perdición, cegados por el dios de este mundo, para que no brille en ellos la luz del Evangelio, de la gloria de Cristo» (2Cor 4,3-

(26)

5. Lenguaje de San Pablo

—Una pregunta. Cuando San Pablo, en su conversión, cayó de su caballo...

—¿Y de dónde saca usted que se cayó del caballo? San Pablo narra en cuatro textos su conversión (Hch 9,1-9; 22,1-10; 26,9-18; 1Cor 15,6-10) y no aparece en ellos ningún caballo.

El Apóstol predica con autoridad divina. San Pablo, como lo declara al inicio de varias de sus cartas, *es plenamente consciente de su autoridad evangelizadora*: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el Evangelio de Dios» (Rm 1,1). Sabe bien que su palabra es Palabra divina, la misma que creó el mundo, la única capaz de re-crearlo y salvarlo: es la voz de Cristo, «el que os oye, me oye» (Lc 10,16). Los apóstoles, pues, «somos embajadores de Cristo, es como si Dios os exhortase por medio de nosotros» (2Cor 5,20; «embajador encadenado», por cierto, Ef 6,20). Por eso elogia a los tesalonicenses: «incesantemente damos gracias a Dios porque al oír la palabra de Dios que os predicamos la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual es en verdad, y que obra eficazmente en vosotros, que creéis» (1Tes 2,13).

Por otra parte, sabe bien el Apóstol que los hombres entran en el Reino de la gracia de Cristo por «la obediencia de la fe» (Rm 1,5; cf. 10,8-13; 16,26; 2Cor 9,13). Quiso Dios que la humanidad perdida por la desobediencia, se salvara por la obediencia (Rm 5,19). Ahora bien, solo puede darse la *obediencia* de la fe si los predicado-

4). Los fieles cristianos, por el contrario, han de ser «irreprensibles, hijos de Dios sin mancha, en medio de esta generación mala y perversa, entre la cual aparecéis como antorchas en el mundo, que llevan en alto la palabra de vida» (Flp 2,15-16). Por tanto, «no os unáis en yunta desigual con los infieles. ¿Qué consorcio puede haber entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas?... ¿Qué parte entre el creyente y el incrédulo? ¿Qué concierto entre el templo de Dios y los ídolos?» (2Cor 6,14-16).

Lenguaje lleno de amor. Una elocuencia amorosa como la de San Pablo no la hallamos en todo el Nuevo Testamento. A los cristianos de Filipos: «siempre que me acuerdo de vosotros doy gracias a mi Dios; siempre, en todas mis oraciones, pidiendo con gozo por vosotros, desde el primer día hasta ahora... Os llevo en el corazón... todos vosotros sois participantes de mi gracia. Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús» (1,3-8), «hermanos míos amadísimos, a quienes tanto deseo ver, mi alegría y mi corona» (4,1). Adviértase que el recuerdo continuo que el Apóstol tiene de los cristianos que ha engendrado en Cristo es siempre un *recuerdo-oración*, no un mero recuerdo vacío, lleno solo de sentimiento (cf. Ef 1,16).

A los de Tesalónica: «habéis venido a ser ejemplo para todos los fieles de Macedonia y de Acaya» (1Tes 1,7); «llevados de nuestro amor por vosotros, queríamos daros no solo el Evangelio de Dios, sino aun nuestras propias almas: tan amados vinisteis a sernos» (2,8). Por noticias traídas por Timoteo, «vivimos ya ahora sabiendo que estáis firmes en el Señor. ¿Pues qué gracias daremos a Dios por todo este gozo que por vosotros disfrutamos ante nuestro Dios, orando noche y día con la mayor instancia por ver vuestro rostro y completar lo que falta a vuestra fe?» (3,8-10). Hasta a los cristianos de Corinto, que le dieron tantos disgustos, les dedica palabras de amor: «doy gracias a Dios continuamente por la gracia que os ha otorgado en Cristo Jesús, porque en Él habéis sido enriquecidos en todo» (y enumera los muchos carismas que hay en ellos, 1Cor 1,4-8). «Hijos míos carísimos», tendréis muchos pedagogos, pero «no muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo» (4,14-15). «Mi amor está con todos vosotros en Cristo Jesús» (16,24). Al final de sus cartas, San Pablo suele dirigir *saludos muy cordiales*, a veces largos, a la comunidad y a ciertas personas concretas: han de saber que todos están grabados en su corazón (Rm 16; Col 4,10-18; etc.)

Especialísimo amor expresa San Pablo por su colaboradores en el apostolado evangelizador: Timoteo, Tito, Epafrodito, Lucas, «el amado médico», Tíquico, Onésimo, etc. (Flp 2,19-30; Col 4,7.14; 2Tim 4,11; etc.). Con palabras conmovedoras elogia sus heroicos servicios a Cristo y a las Iglesias, y pide para ellos el amor más grande y servicial. En cambio, se queja a veces: «Demas me ha abandonado, por amor de este siglo» (2Tim 4,10), y «Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal. El Señor le dará la paga según sus obras. Tú guárdate de él, porque ha mostrado gran resistencia a nuestras palabras» (4,14-15).

Lenguaje a veces duro con los fieles. El amor a los cristianos no frenaba en San Pablo la severidad apostólica que a veces necesitaban para mantenerse fieles. Recordaré solo algunas palabras suyas muy fuertes, dirigidas con todo amor a los fieles de Corinto, siempre divididos en facciones, y tantas veces contagiados por los pecados del mundo degradado en que vivían.

Sois «como niños en Cristo», y cuando os visité solo pude daros leche espiritual, no alimento sólido; porque todavía sois



carneles, vivís a lo humano, andáis llenos de divisiones (1Cor 3,1-5). Por otra parte, «es ya público que reina entre vosotros la fornicación, y tal fornicación como no se da ni entre los gentiles» (5,1). Excomulga a uno, y «lo entrega a Satanás», a ver si así se convierte (5,4-5); y más tarde lo recibe de nuevo en la comunidad, «para perdonarle y consolarle, no sea que se vea consumido por una excesiva tristeza» (2Cor 2,5-11). Les avisa a los corintios que vayan preparándose a la obediencia para cuando les visite de nuevo, «porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas, destruyendo consejos y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios, doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo, prontos a castigar toda desobediencia y a reducirlos a perfecta obediencia» (10,4-6).

Lenguaje muy duro contra los letrados herejes. Ya Cristo lo había anunciado: «saldrán muchos falsos profetas y extraviarán a mucha gente» (Mt 24,11; cf. 7,15-16; 13,18-30. 36-39). Y efectivamente, las primeras comunidades cristianas sufrieron una persecución muy grande no solo por parte de los judíos y de los paganos, sino aún más terrible de los «hermanos» cristianos falsificadores del cristianismo: ésa fue entonces sin duda —como lo es ahora— la acción diabólica más fuerte contra la Iglesia. Los escritos de los Apóstoles —San Pedro (2 Pe 2), Santiago (3,15), San Judas (3-23), San Juan (Ap 2-3; 1Jn 2,18.26; 4,1)— reflejan frecuentemente esa situación, y *tra-*

tan a los teólogos cristianos herejes y cismáticos con palabras tan terribles como las usadas por Cristo contra letrados y fariseos. Actualmente, este «lenguaje evangélico», para muchos que veneran incomparablemente más la libertad de expresión que la ortodoxia, resulta escandaloso y absolutamente inadmisibles, es decir, incompatible con la caridad cristiana.

San Pablo, como los otros Apóstoles, dedica en sus cartas fuertes y frecuentes ataques contra los falsos doctores del Evangelio, y los denuncia haciendo de ellos un retrato implacable. «Resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido» (2Tim 3,8), son «hombres malos y seductores» (3,13), que «no sufren la sana doctrina, ávidos de novedades, que se agencian un montón de maestros a la medida de sus propios deseos, y hechos sordos a la verdad, dan oído a las fábulas» (4,3-4). Ellos «pretenden ser maestros de la Ley, cuando en realidad no saben lo que dicen ni entienden lo que dogmatizan» (1Tim 1,7; cf. 6,5-6.21; 2Tim 2,18; 3,1-7; 4,15; Tit 1,14-16; 3,11). Son «individuos tramposos, consumados en las estrategias del error» (Ef 4,14; cf. 2Tes 2,10-12), y «su palabra cunde como gangrena» (2 Tim 2,17).

Y si al menos resolvieran sus dudas en su propia intimidad... Pero todo lo contrario: les apasiona la publicidad, dominan los medios de comunicación social mundanos –que se les abren de par en par–, son «muchos, insubordinados, charlatanes, embaucadores» (Tit 1,10)... ¿Qué buscan estos hombres? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Prestigio?... En unos y en otros será distinta la pretensión. Pero lo que ciertamente buscan todos es *el éxito personal en este mundo presente* (Tit 1,11; 3,9; 1Tim 6,4; 2 Tim 2,17-18; 3,6). Un éxito que normalmente consiguen. Basta con que se distancien de la Iglesia o que la denigren para que el mundo les garantice el éxito que desean. Y es que «ellos son del mundo; por eso hablan el lenguaje del mundo y el mundo los escucha. Nosotros, en cambio, somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha a nosotros, quien no es de Dios no nos escucha. Por aquí conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1Jn 4,5-6; cf. Jn 15,18-27).

Reforma o apostasía. Estamos hoy demasiado lejos del lenguaje de Cristo y de los Apóstoles. El Espíritu Santo, si nos mantenemos en nuestro lenguaje oscuro y débil, no cambiará la faz de la tierra, acrecentando en las naciones el Reino de Dios. Quiera Dios aumentar el número de los fieles que «perseveran en escuchar la enseñanza de los Apóstoles» (Hch 2,42) y que son capaces de confesar a Cristo delante de los hombres (Mt 10,32).

(27)

6. Lenguaje del P. Castellani – Teilhard

–Primero el lenguaje de Cristo, luego el de San Pablo, ¿y ahora el de Castellani? Pero bueno...

–Los dos posts anteriores, con tantas citas bíblicas, me dieron mucho trabajo. Éste de ahora es un descanso para mí y espero que también para los lectores.

El padre Leonardo Castellani, argentino (1899-1981) fue uno de los más grandes escritores del siglo XX en lengua hispana. (cf. [biografía.obras](#)) Al analizar yo aquí su lenguaje, siempre lúcido y lleno de humor, me limitaré a destacar su ortodoxia y su valentía para combatir a los más venerados ídolos de su tiempo. Elijo como ejemplo la crítica que Castellani hizo de Teilhard de Chardin (1881-1955), admirado entonces por la mayoría de la *intelligentsia* católica, no solo la progresista.

Los errores teilhardianos. Ya en 1950 –parece increíble– se atreve Castellani a escribir en su obra *¿Cristo vuelve o no vuelve?*: «quien dudare (de que se está formando ante nuestros ojos una nueva y vasta religión herética) puede leer las obras de [...] o recorrer los numerosos opúsculos a mimeógrafo y sin *imprimatur* del P. Teilhard de Chardin, [...] mezcla detonante que constituye un vasto y complejo programa de neocatolicismo profundamente heterodoxo y “modernista”». Y cinco años más tarde ofrece una lista de los principales errores de ese autor, presentes en sus obras de modo implícito o explícito:

«1.- El transformismo darwiniano dado como verdad cierta. 2.- La negación de la Parusía o Segunda Venida de Cristo tal como la entiende la Iglesia. 3.- La negación de la Redención por la obra personal de Cristo. 4.- La negación del pecado original, a la manera de Pelagius. 5.- Monismo materialista evolucionista parecido al de Spencer y Haeckel. 6.- Panteísmo sutil a la manera de Bergson. 7.- Interpretación modernista de todos los Sacramentos, empezando por la Eucaristía, a la manera de Guenther. 8.- Negación del fin primario del Matrimonio y constitución del fin primario del matrimonio en la “ayuda espiritual mutua de los esposos”. 9.- Aprobación de los medios contracepcionistas en el matrimonio, a la manera de Malthus. 10.- Negativa implícita de la autoridad de la Iglesia para definir, a la manera de Loisy, Tyrrel y otros» (*Dinámica Social*, nº 63, Buenos Aires, noviembre 1955).

La Iglesia reprobó los errores de Teilhard poco tiempo después:

–*la Sagrada Congregación del Santo Oficio* (6-12-1957), en tiempos de Pío XII, ordena en un decreto que «los libros del Padre Teilhard de Chardin, S. J., deben ser retirados de las bibliotecas de los Seminarios y de Instituciones religiosas; no deben ser puestos a la venta en Librerías Católicas y no es lícito traducirlos a otras lenguas». De hecho, sin embargo, sus escritos, mimeografiados, se difundieron ampliamente traducidos a muchas lenguas.

–*la misma Congregación del Santo Oficio* (30-6-1962), ya en tiempos del Bto. Juan XXIII, publicó un *Monitum* muy severo:

«Varias obras del P. Pierre Teilhard de Chardin, algunas de las cuales fueron publicadas en forma póstuma, están siendo editadas y están obteniendo mucha difusión. Prescindiendo de un

juicio sobre aquellos puntos que conciernen a las ciencias positivas, es suficientemente claro que las obras arriba mencionadas abundan en tales ambigüedades e incluso errores serios, que ofenden a la doctrina católica.

«Por esta razón, los eminentísimos y reverendísimos Padres del Santo Oficio exhortan a todos los Ordinarios, así como a los superiores de institutos religiosos, rectores de seminarios y presidentes de universidades, a proteger eficazmente las mentes, particularmente de los jóvenes, contra los peligros presentados por las obras del P. Teilhard de Chardin y de sus seguidores» (AAA 54, 1962,526).

En el mismo número de *L'Osservatore Romano* (30-6-1962) se publicó *el Monitum acompañado de un estudio muy amplio*. En éste se describían y reprobaban detalladamente graves errores y ambigüedades, la mayor parte de ellas ya señaladas por Castellani. La Creación del mundo no es para Teilhard un acto libre de Dios, y la evolución mundana, infaliblemente progresiva, en la que, de alguna manera, Dios se va perfeccionando, conduce necesariamente hacia el Punto Omega. Por eso, «el Cristo de la Revelación no es otro que el Omega de la Evolución»... «Cristo salva. Pero ¿no es preciso añadir inmediatamente que él es también salvado por la Evolución?» (*Le Christique*, ensayo inédito 1955). Ese mismo texto afirma que hay en Cristo, «en sens vrai», una «tercera naturaleza», no humana, no divina, sino «cósmica».

La gnosis de Teilhard, su teología-evolutiva, rinde al Mundo una veneración suprema. En 1934 (*Comment je crois*) confesaba: «si se diera el caso de que yo sufriera una revolución interior (*renversement*), si llegara yo a perder sucesivamente mi fe en Cristo, mi fe en un Dios personal, mi fe en el Espíritu, pienso que continuaría creyendo en el Mundo. El Mundo (el valor, la infalibilidad y la bondad del Mundo), tal es, en último análisis, la primera y la única cosa en la que yo creo».

La rehabilitación de Teilhard de Chardin es imposible, considerando la enorme gravedad de sus errores. Puede darse en alguna ocasión una expresión, dicha al paso, de admiración en alusión a una expresión feliz de su pensamiento. Pero no más que eso. Pondré un ejemplo al contrario. La Congregación para la Doctrina de la Fe, presidida por el Cardenal Ratzinger, con muchas precisiones y explicaciones, reconoció que el sistema filosófico-teológico de Antonio Rosmini es compatible con la fe católica, teniendo en cuenta tanto las investigaciones más recientes, como el cambio histórico-contextual en el que aquellas «cuarenta proposiciones» suyas reprobadas se formularon (*Nota* 1-7-2001). Pues bien, una *rehabilitación* análoga nunca podrá darse en referencia a Teilhard, y nunca, concretamente, el Cardenal Ratzinger, en sus 23 años al frente de la Doctrina de la Fe, la ha realizado.

La anécdota siguiente es significativa. Una carta del Cardenal Casaroli al rector del Instituto Católico de París, que celebraba el centenario del nacimiento de Chardin (*L'Osservatore Romano*, 10-6-1981), produjo tantas y tales protestas, que la Oficina de Prensa de la Santa Sede hubo de publicar un mes después una nota aclaratoria, asegurando que el *Monitum* de 1962 seguía vigente, «después de haber consultado al Cardenal Secretario de Estado [Card. Casaroli] y al Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, quienes, por orden del Santo Padre [Juan Pablo II], habían sido debidamente consultados de antemano acerca de la carta en cuestión» (*L'Osservatore Romano* 20-7-1981).

Escuchemos de nuevo al P. Castellani. El teilhardiano P. Luzzi, S. J. –ignorando el *Monitum* de 1962 y algunas obras críticas excelentes, como la del sacerdote argentino P. Julio Meinvielle (1965)–, canta la gloria de Teilhard en un artículo *¿Mundo y Dios en controversia?* Y lo publica nada menos que en la revista paolina, de grandísima difusión popular, *Familia cristiana* (abril 1968). Poco después, el bueno de Castellani comenta adecuadamente el artículo. Pero antes de cederle la palabra, hago notar que con frecuencia él habla de *Telar de Chardon*, alegando que «éste es su nombre español, créanme, así lo hubieran llamado Cervantes y Luis de Granada»:

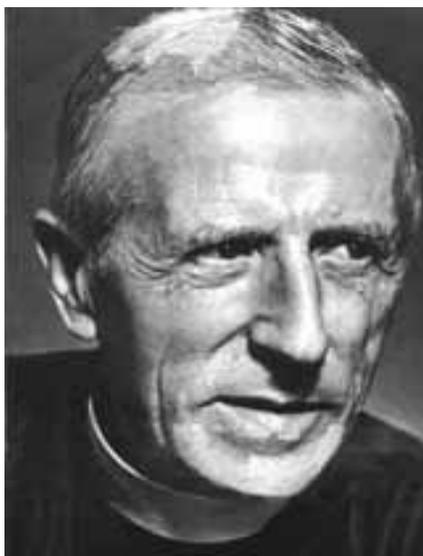
«El trabajo de este profesor constituye un intento de presentar a Telar en forma sinóptica y panegírica, para uso de *la familia cristiana* indefensa; a la cual la parta un rayo, si se fia de las “paolinas” [...] Si Luzzi dijera palmariamente: “Nuestro Dios es un dios que se hace”, saltaría a los ojos una herejía patente [...] Pero no lo dicen así: lo dicen amontonando la Cristogénesis, la centeidad, la morfología, la superconciencia, el punto Omega, el espacio-tiempo de forma cónica, la no-osfera y cien más. Así, que



«Esto pasa ya de la ambigüedad; es un bruto sofisma. El profesor dice que es “analogía”. Nones. Es un bruto equívoco, es equivocación. Nos toma por memos.

«Y así se podrían traer seis “ambigüedades” más. Como la que el *espacio-tiempo-energía* (Trinidad chardoniana) tiene necesariamente forma de cono. *Risum tenete, amici!* [amigos, aguanten la risa].

«Ellas [las ambigüedades] tiran a persuadir que en la Iglesia hay y había muchas cosas mal, que una buena inyección de Telar curaría como por ensalmo. Los que se opongan a eso, el Luzzi los amenaza con una cantidad de males que resumiremos en esto: se quedarán atrasados en las tinieblas de la Edad Media y no podrán convertir obreros –de los cuales Telar y el Luzzi deben haber convertido millares–; mientras los que se incorporan al movimiento gozarán de una cantidad de bienes tal que recuerdan el aria *Ciarlatano* en *L'elisir d'amore de Donizetti*» (*Jauja*, nº 18, Buenos Aires, junio 1968).



Reconozcan ustedes, por favor, que hoy estamos urgentemente necesitados de la irreverencia bien documentada del lenguaje del P. Leonardo Castellani ante *la manga de sabios* elevados en nuestro tiempo, frente al Magisterio apostólico, como grandes ídolos teológicos.

Los admiradores actuales de Teilhard de Chardin

siguen siendo en la Iglesia, por supuesto, los modernistas y progresistas supervivientes, cada vez más viejos y desencantados –y cada vez más fuera de la Iglesia–. Pero no deja de ser significativo que los principales enemigos actuales de la Iglesia rinden especial culto al P. Pierre Teilhard de Chardin. Por ejemplo:

–*La New Age admira a Teilhard de Chardin*. El Pontificio Consejo de la Cultura y el Pontificio Consejo para el Diálogo interreligioso, colaborando con otros altos organismos de la Santa Sede, elaboraron un amplio documento sobre la *New Age*, titulado «Jesucristo, portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”» (2-3-2003). El documento analiza el conjunto de tendencias gnósticas, panteístas, evolucionistas, naturalistas, esotéricas, etc. que confluyen en la *New Age*, y señala también su afinidad con el pensamiento de Teilhard, cuando dice en la nota [15] del documento:

«A fines de 1977, Marilyn Ferguson [una de las principales teóricas de la *New Age*], envió un cuestionario a 210 “personas empeñadas en la transformación social”, que ella llamó “Aquarian Conspirators” [...] Cuando se solicitó a los encuestados que dieran el nombre de los individuos cuyas ideas les habían influido, bien a través del contacto personal, bien por medio de sus escritos, los más nombrados, por orden de frecuencia fueron éstos: Pierre Teilhard de Chardin, C. G. Yung, Abraham Maslow, Carl Rogers, Aldous Huxley, Roberto Assagioli y J. Krishnamurti. A estos siete nombres principales, añade el documento otros 30 nombres significativos (*The Aquarian Conspiracy. Personal and Social Transformation in Our Time*, Tarcher, Los Angeles 1980, pg. 50, nota 1 y pg. 434).

–*La masonería admira a Teilhard de Chardin*. Jacques Mitterrand, Gran Maestro de la Masonería, declaró en la Asamblea General del Gran Oriente de Francia (3/7-9-1962):

Teilhard de Chardin, «quizá sin que se diese cuenta de ello, ha cometido el crimen de Lucifer de que la Iglesia de Roma con frecuencia ha acusado a los masones: él ha afirmado que en el fenómeno de la hominización [...] es el hombre quien tiene la precedencia y no Dios y es el artículo principal de este proceso. Cuando esta conciencia colectiva alcance su apogeo en el punto Omega –como dice Teilhard–, entonces habremos producido el nuevo tipo de hombre, como lo deseamos: libre en su carne y sin trabas en su mente» (*Roca*, XV, nº 171, 3-1982). Probablemente el Gran Maestro masónico no interpreta bien a Teilhard, pero sí es cierto que la masonería halla una afinidad profunda entre su visión y la gnosis teilhardiana. Y en todo caso, sí queda claro que tenía razón Castellani cuando entre los errores princi-

pales de Teilhard señalaba «la negación de la Parusía». Si Teilhard «profetiza» la eclosión final histórica y triunfante de la Evolución, la Iglesia católica, enseñada por Dios, muy por el contrario, nos asegura que ese advenimiento glorioso del Reino no se dará «en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal» (*Catecismo* 677).

Actualidad de Castellani. El lenguaje que Castellani, estando él muy solo, emplea contra tantos falsos profetas venerados en su tiempo, y concretamente, como hemos visto, contra la gnosis panteísta-evolucionista de Teilhard, es semejante al lenguaje de Cristo y de San Pablo contra letrados y fariseos. Y ése es el lenguaje que hoy queremos recuperar en la Iglesia católica. Tiene razón Castellani: *nos toman por memos*.

(28)

7. Lenguaje de San Francisco Javier

–Tengo entendido que San Francisco Javier era navarro ¿no es cierto?

–San Francisco Javier era navarro. Nadie se ha atrevido a ponerlo en duda.

El lenguaje de San Francisco Javier, patrono de las Misiones católicas, es una prolongación exacta de la predicación de Cristo y de los Apóstoles. Nacido en el castillo de Javier, en Navarra (1506-1552), entra en el grupo de compañeros que San Ignacio de Loyola había formado en París (1534), y pocos años después, en la Compañía de Jesús, es destinado a misionar en las Indias y el extremo Oriente (1541). En los once años que duró su misión evangelizadora, recorrió enormes distancias –India, Ceilán, Molucas, Japón–, a través de caminos y navegaciones con frecuencia extremadamente penosos y peligrosos. Y murió en la isla de San Choan, disponiéndose a entrar en la China, cuando tenía cuarenta y seis años. Nunca estuvo en un país el tiempo necesario para aprender la lengua local, de modo que siempre hubo de predicar con intérprete.

«**Quiso Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación**» (1Cor 1,22). ¿Y cuál es «la locura de la predicación»? Pienso que, para el hombre carnal, son locura las mismas palabras de Cristo cuando envía (*missio*) a predicar a los *misioneros*: «id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará; pero el que no creyere se condenará» (Mc 16,15-16). Es tal locura esta alternativa, que hoy no pocos *misioneros* se glorían de no predicar el Evangelio, convencidos de que para evangelizar el mundo lo más conveniente es no predicar el Evangelio, al menos abiertamente. No pensaba así el Apóstol: «yo no me avergüenzo del Evangelio, que es poder de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rm 1,16). Y San Francisco Javier tampoco se avergonzaba del Evangelio.

La predicación de Javier tiene la lucidez y la fuerza de la palabra de Cristo. Se centra en las grandes verdades del *Credo* y en la explicación de las principales oraciones cristianas. Y con un valor «suicida» denuncia el pecado de los hombres y de los pueblos. Lo comprobaremos recordando algunas escenas de su breve vida misionera. Estando en el Japón, pronto conoció los grandes errores y perversiones morales que aquejaban al pueblo, especialmente a los bonzos y principales.

«A la poligamia se unía el pecado nefando, mal endémico, propagado por los bonzos, como práctica celestial, introducida desde China y compartida hasta en la alta sociedad públicamente y sin respetos... Los bonzos traían consigo sus afeminados muchachos... Los nobles principales tenían alguno o algunos pajes para lo mismo, y hasta los pajecillos se preciaban de serlo. Otros, menos afortunados, se contentaban con sus criados, particularmente con los soldados» (J. M. Recondo, S. J., *San Francisco Javier*, BAC, Madrid 1988, 765).

Estando Javier en Yamaguchi en 1550, se le da ocasión de predicar el Evangelio ante una numerosa y docta audiencia en la residencia del daimyo Ouchi Yoshitaka, personalmente adicto a la secta Zen. Fueron recibidos Javier, que iba pobremente vestido, y el Hermano Fernández con toda amabilidad y cortesía: «“Preguntándonos de dónde éramos, y por qué razón fuimos a Japón, nosotros le respondimos que éramos mandados a Japón a predicar la ley de Dios, por cuanto ninguno se puede salvar sin adorar a Dios y creer en Jesucristo, salvador de todas las gentes”. Oyendo esta respuesta contundente, manifestó [el daymo] su deseo de escucharles» (765). Javier mandó al Hermano Fernández que leyera ciertas partes de un cuaderno, y la predicación, que duró más de una hora, fue escuchada por todos con suma atención.

«Mientras el buen hermano predicaba [leyendo del cuaderno preparado, con su traducción al japonés], Javier estaba en pie, orando mentalmente, pidiendo por el buen efecto de la predicación y por sus oyentes». La predicación trataba primero de la Creación del mundo, realizada por un Dios único todopoderoso, y de cómo en aquella nación, el Japón, ignorando a Dios, «adoraban palos, piedras y cosas insensibles, en las cuales era adorado el demonio», el enemigo de Dios y del hombre. En segundo lugar, denunciaba «el pecado abominable», que hace a los hombres peores que las bestias. Y el tercer punto de que trataba es del gran crimen del aborto, también frecuente en aquella tierra (762; 765-766).

La predicación de Javier es sin duda una locura a los oídos de sus oyentes. Tengamos en cuenta que en aquella ciudad de Yamaguchi había un centenar de templos sintoístas y budistas, y unos cuarenta monasterios de bonzos y de bonzas. Predicar allí como lo hace Javier es, sin duda, “un escándalo, un absurdo” (1Cor 1,23). Ciertamente, a ninguno deja indiferente. Unos oyen su Evangelio con admiración, otros se ríen, mostrando quizá compasión, o más bien desprecio. Pero va llegando un momento en que la situación se hace gravemente peligrosa.

Había «muchas atención en casi todos los nobles, pero no faltaban quienes, recalcitrantes contra el aguijón, lo insultaban. Perdida la cortesía y las buenas maneras proverbiales, los nobles les tuteaban; entonces Javier mandaba a Fernández que no les diera tratamiento. “Tutéales –decía– como ellos me tutean”. El Hermano temblaba, y «temió que los mandasen matar». Algún noble samurai, no contentándose con insultar, acariciaba la empuñadura de su espada. Horrorizado, confesaba el Hermano Fernández que era tal la libertad, el atrevimiento del lenguaje

con que el Maestro Francisco les reprochaba sus desórdenes vergonzosos, que se decía a sí mismo: «quiere a toda costa morir por la fe de Jesucristo». De esta *parresía*, de esta valentía extrema, que caracteriza la predicación de Javier, hablo en seguida.

«Cada vez que, para obedecer al Padre, Juan Fernández traducía a sus nobles interlocutores lo que Javier le dictaba, se echaba a temblar esperando por respuesta el tajo de la espada que había de separar su cabeza de los hombros. Pero el P. Francisco no cesaba de replicarle: “en nada debéis mortificaros más que en vencer este miedo a la muerte; por el desprecio de la muerte nos mostramos superiores a esta gente soberbia; pierden otro tanto los bonzos a sus ojos, y por este desprecio de la vida que nos inspira nuestra doctrina podrán juzgar que es de Dios”» (765-766).

El Evangelio de Javier produjo muchas conversiones. Su predicación se hacía de muchos modos: en el rincón de una plaza, discutiendo interminablemente con los bonzos en una casa prestada, compareciendo ante los nobles en escenas como la que hemos referido. Pues bien, ya a mediados de 1551 se habían convertido y bautizado unos quinientos japoneses: y «eran sobre todo cristianos de verdad» (784), como pudo comprobarse al paso de los años y de los siglos. Los mártires japoneses de Nagasaki (1597), por ejemplo, tan admirablemente valerosos, eran hijos del mártir Javier. La *predicación fuerte* del Evangelio, por obra del Espíritu Santo, engendra *hijos fuertes* para Dios y para la Madre Iglesia en este mundo. Explico, pues, brevemente lo que es la *parresía* en el lenguaje de la predicación evangélica.

La sagrada Escritura emplea a veces el término *parresía* para designar la audaz confianza de los enviados por Dios, que dan entre los hombres valiente testimonio de las verdades divinas, con un lenguaje firme y atrevido, que no teme poner en ocasiones en peligro el prestigio personal y aun la propia vida.



Parresía es término que significa libertad de espíritu o de palabra, confianza, sinceridad, valentía. *Parresiazomai* quiere decir hablar con franqueza, abiertamente, sin temor, con atrevida confianza. En el griego profano estas palabras se usan primero en el campo de la política, para adquirir más tarde un sentido moral más general. En la versión que los LXX hicieron de las antiguas Escrituras son términos que se emplean raramente (12 veces el sustantivo, 6 el verbo) (cf. Hans-Christoph Hahn, *Diccionario teológico del NT*, Sígueme, Salamanca 19852, I, 295-297). Es en el Nuevo Testamento cuando se hace más frecuente el término *parresía*. Y es lógico que la frecuencia de esta palabra sea mayor cuando la revelación alcanza en Cristo su máxima luminosidad y, consiguientemente, cuando se hace máximo el enfrentamiento entre la luz divina y la tiniebla humana. Y así en el Nuevo Testamento *parresía* aparece 31 veces y el verbo *parresiazomai* se halla 9 veces.

Jesús habla a los hombres con absoluta libertad, sin temor alguno, con *parresía* irresistible, sin «guardar su vida». Ya lo comprobamos en un post anterior (25). Hasta sus contradictores lo reconocen: «Maestro, sabemos que eres sincero, y que con verdad enseñas el camino de Dios, sin que te dé cuidado de nadie» (Mt 22,16). Él, cuando habla, cuando actúa, no trata de guardar su vida. Protege su vida, eso sí –por ejemplo, en Nazaret, cuando quieren matarle (Lc 4,30)–, hasta que llegue *su hora*. No ejerce, pues, una *parresía* imprudente. Pero es evidente que hablando y actuando, Jesús *se entrega* a la muerte.

La *prudencia* de Cristo, que es según el Espíritu divino, nada tiene que ver, pues, con la prudencia de la carne, que ante todo pretende evitar la cruz y obtener ventajas temporales. En Cristo *prudencia* y *parresía* no están en contradicción, sino que se identifican. Es prudente Jesús porque entregando su vida, la pierde en el sacrificio de la Cruz, para la gloria de Dios y el bien de los hombres.

Esa misma parresía espiritual actúa en los Apóstoles. «Los apóstoles daban con gran fortaleza el testimonio (*martyrion*) que se les había confiado acerca de la resurrección de Jesús» (Hch 4,33; lo hacen con *parresía*, Hch 4,13; 9,27; cf. 1Cor 1,23-24). Evidentemente, esa fuerza espiritual para comunicar a los hombres mundanos la locura de la predicación del Evangelio no es una fuerza humana, y es don que ha de pedirse en la oración con toda esperanza:

«Ahora, Señor, mira sus amenazas, y da a tus siervos firmeza (*parresía*) para hablar con toda libertad tu Palabra... Y cuando acabaron su oración, retrembló el lugar en que estaban reunidos, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y hablaban la Palabra de Dios con osada libertad (*parresía*)» (Hch 4,29-31). San Pablo, por ejemplo, manda a los efesios «suplicar por todos los santos, y por mí, para que al hablar se me pongan palabras en la boca con que anunciar con franca osadía (*parresía*) el misterio del Evangelio, del que soy mensajero, en cadenas, a fin de que halle yo en él fuerzas para anunciarlo con libre entereza (*parresía*), como debo hablarlo» (Ef 6,19-20; cf. Flp 1,20; 1Tes 2,2; 1Tim 3,13; Flm 8; 1Jn 2,28; 3,21; 4,17; 5,14; Heb 3,6; 10,35).

«**Confesar a Cristo ante los hombres**» es vocación de todos los cristianos (Mt 10,32), pero de un modo muy especial es misión de quienes han sido consagrados y enviados por Dios para predicar el Evangelio. Sin embargo, no podrán ellos ser fieles a su ministerio si no están llenos de *parresía* en el Espíritu Santo. Sin amilanarse en absoluto ante los hombres y los ambientes mundanos –vecinos y familiares, prensa, radio, televisión, políticos e intelectuales de moda–, ellos han de dar vigorosamente el testimonio de Cristo, que «despojando a los principados y a las potestades [del mundo y del diablo], los expuso a la vista

del mundo con osada gallardía (*parresía*), triunfando de ellos por la Cruz» (Col 2,15).

Obviamente, la parresía recibe toda su fuerza de la Cruz de Jesús. Se posee en el Espíritu esa fuerza espiritual en la medida en que se toma la Cruz. Puede el enviado ser «*testigo-mártir* de la verdad» en la medida en que da su vida por «perdida» (Mt 16,24-25); es decir, si ya lo dejó todo, y nada tiene propio que «guardar», ni nombre y honor, ni autoridad y promoción social, ni prestigio ni otro valor temporal alguno. El cristiano, y concretamente el misionero evangelizador, tiene la audacia «suicida» de la *parresía* en la medida en que su vida está centrada en el Misterio pascual, en la Eucaristía, donde Cristo «entrega su vida» para la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Solo entonces está en condiciones de «dar al mundo el testimonio de la verdad» (Jn 18,37). Así lo hizo San Francisco de Javier (que, por cierto, era así como firmaba: de Javier).

¡Qué lejos estamos hoy muchas veces de la locura de la predicación de Cristo, de Pablo, de Javier! ¡Cuántas veces nos avergonzamos del Evangelio! Mientras tanto el Evangelio retrocede en el mundo y también en no pocas Iglesias locales, por la apostasía que no cesa. *Reforma o apostasía.*

(29)

8. Lenguaje de San Juan Crisóstomo

–¿Y el buen Crisóstomo no se excedía un poquito en las cosas tan duras que decía a veces?

–No creo que se excediera más que Cristo –raza de víboras, hijos del diablo– o que San Pablo, hablando contra los que exigían la circuncisión: «¡ojalá se castrarán del todo los que os inquietan!» (Gal 5,12).

¡**Tantas secularizaciones en los últimos decenios!**... de sacerdotes, religiosos, religiosas. En Estados Unidos, el número de las religiosas se redujo a la mitad en 25 años (1966-181.000, 1993-92.000). Por supuesto que en esos datos se incluyen fallecimientos y falta de vocaciones nuevas; pero, ciertamente, hubo un muy elevado número de secularizaciones. Un fenómeno tan amplio, grave y extendido por la Iglesia en Occidente no puede explicarse simplemente por un debilitamiento moral, sino que antes y más ha de atribuirse a *una debilitación de la fe en la Palabra divina: «lo dones y la vocación de Dios son irrevocables»* (Rm 11,29).

Cuántas veces, éstos que abandonan su vocación, en vez de recibir llamadas a la conversión, reciben felicitaciones por su «valor»: se han atrevido a cambiar su vida, para ser fieles a sí mismos, es decir, para mantenerse «auténticos»... Pero ser auténtico no es tan difícil. Sin especiales esfuerzos y méritos, puede uno ser un «auténtico» sinvergüenza. Tendremos, pues, que recuperar la mentalidad de la Tradición católica sobre la fidelidad vocacional,

y para ello recordaré algunos preciosos testimonios.

San Juan Crisóstomo escribió dos Exhortaciones a Teodoro caído, un monje joven que había abandonado el desierto por el mundo y aún más por la joven Hermione. El Crisóstomo (350?-407), doctor de la Iglesia, fue un gran predicador, escritor y Obispo. Sus escritos, con los de San Agustín, fueron los más numerosos y los más leídos en la antigüedad y en la Edad Media. De esas dos exhortaciones, recojo aquí, abreviando a veces, algunos textos de la IIª exhortación, relativamente breve, en la que nombra a Teodoro. La Iª, bastante más larga, en la que no le nombra, parece una ampliación posterior en forma de tratado sobre la fidelidad a la vocación. Ya el inicio de la carta es contundente:

«Si fuera posible poner de manifiesto en letras las lágrimas y gemidos, esta carta que te envío estaría llena de ellos. Y lloro no porque te ocupes en los negocios paternos, sino porque te has borrado del catálogo de los hermanos [monjes] y has faltado a tus compromisos con Cristo. Por esto lloro, temo y tiemblo, pues sé que el desprecio de esos compromisos acarrea condenación grande a quienes se inscribieron en esta bella milicia y por negligencia han desertado de su puesto. El castigo de estos desertores ha de ser muy duro.

«No es lo grave, querido Teodoro, que quien lucha caiga, sino que permanezca caído... Y no te inquiete el hecho de que tan pronto, al comienzo mismo de tu camino, hayas dado un tropiezo. Es que el Maligno sabía, sabía muy bien la virtud de tu alma y por mil indicios sospechó que había de tener en ti un terrible enemigo... Por eso se dió tanta prisa, estuvo alerta y se arrojó entero contra ti...

«Nosotros corremos para ganar el cielo y nada nos importa lo terreno, y por eso quiero recordarte que... “todos nosotros hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo” (2Cor 5,10). ¿Qué diremos, pues, entonces? ¿Qué defensa tendremos si nos obstinamos en despreciarle? ¿Qué alegaremos?... Temible es, querido Teodoro, aquel tribunal donde no se necesitan acusadores ni testigos, porque todo está patente y desnudo a los ojos del juez...

«El matrimonio es bueno, ciertamente: “honroso es el matrimonio y el lecho sin mácula; y Dios juzgará a los fornicarios y adúlteros” (Heb 13,4). Pero tú ya no puedes guardar la justicia del matrimonio. El que una vez se une al Esposo celeste y luego lo abandona y se une a una mujer, comete un adulterio, por mucho que hable de matrimonio...

«Muchos son, por la gracia de Dios, los que por ti se duelen, los que te animan, los que temen por tu alma. Éstos se lamentan diariamente y no cesan de hacer oración por ti... Pero ¿no es absurdo que otros no desesperen ni aún ahora de tu salvación y estén continuamente rogando para recobrar ese miembro perdido, y tú, una vez caído, no quieras ya levantarte?...

«Veo que me he salido de los términos de una carta. Pero, perdóname, pues no le he hecho por mi gusto, sino forzado por mi amor y mi dolor, los mismos que me obligaron a escribirte cuando muchos trataban de disuadirme: “no trabajes en balde, me decían muchos, no te entretengas en sembrar sobre las piedras”. Tengo confianza, me decía a mí mismo, que si Dios lo



quiere, mis letras han de producir algún provecho... Ojalá, querido amigo, por las oraciones de los santos, pronto te recobremos sano con la verdadera salud».

Parece ser que el destinatario de la carta, es aquel Teodoro nacido en Antioquía y compañero probable del Crisóstomo en la escuela de Libanio, que vino a ser teólogo y obispo: Teodoro de Mopsuestia (+428). Ese escrito del Crisóstomo, llamando a su amigo a la fidelidad vocacional, conforta hoy nuestra fe, tan debilitada en este grave tema. Pero recordaré otros ejemplos semejantes.

La carta de San Bruno (1030-1101), fundador de los cartujos, dirigida desde Calabria «al venerable señor Raúl, preboste de Reims, digno del más sincero afecto», es una joya, en la que Bruno, el antiguo rector de los estudios teológicos de Reims, dimitido por no hacerse cómplice de la simonía de su arzobispo, le recuerda a su íntimo amigo Raúl el compromiso que éste había hecho de dejarlo todo para abrazar la vida monástica. De unas ocho páginas, dedica *siete* a la expresión de su más profunda amistad y al elogio de la vida contemplativa: «cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama, sólo lo saben quienes lo han experimentado». Pero en *una* página, la que principalmente motiva la carta, le dice lo que *debe decirle* en el nombre del Señor:

«Ya sabes con qué promesa estás ligado, y a quién. Es todopoderoso y temible el Señor, a quien te entregaste en ofrenda grata y enteramente aceptable. A Él no te es lícito ni conviene que mientas, porque no permite ser impunemente burlado (cf. Gál 6,7). Te acuerdas sin duda, amigo, cómo cierto día estando juntos yo, tú y Fulco, en el jardincillo contigua a la casa de Adam... prometimos, hicimos voto y dispusimos abandonar en breve el mundo fugaz, para captar lo eterno y recibir el hábito monástico». Pero pasan los años y Raúl no cumple su voto: «¿Qué queda, carísimo, sino liberarte cuanto antes de los lazos

de tan gran deuda? No sea que, por tan grave y tan prolongado pecado de mentira, incurras en la ira del Todopoderoso, y con ello en terribles tormentos... El honorable preboste señor Raúl no hizo caso de la llamada de San Bruno a la conversión. Dios le haya perdonado.

La carta de San Anselmo (+1109), Arzobispo de Canterbury, a unos monjes desertores de su vocación expresa el mismo espíritu del Crisóstomo y de San Bruno:

«He sabido que, cediendo a la persuasión de la antigua serpiente, cuya astucia hizo arrojar del paraíso a nuestros primeros padres, habíais abandonado en todo lo que dependía de vosotros el paraíso del claustro y de la vida religiosa, y he sentido una profunda pena. Pero se han convertido en consuelo y alegría al ver que Dios no os había cerrado la puerta del paraíso hasta el punto de impedir os la vuelta. En lugar de eso, os ha obligado en su misericordia volver a la paz que habíais dejado... Bajo la mirada de Dios solo, asustaos de lo que habéis sido capaces de querer y avergonzáos; pero delante de los hombres, fuertes con el testimonio de vuestra conciencia, tomada ánimo y tened confianza... Que Dios todopoderoso os absuelva de toda vuestras faltas pasadas y os guarde en lo futuro y para siempre de todo pecado. Amén» (Cta. 118).

La carta de San Bernardo (1090-1153) a Fulk es otro testimonio semejante. Este joven de la alta sociedad, después de haber hecho sus votos como canónigo regular, cede a los engaños de su tío, el deán de Langres, y vuelve a la vida secular. «¿No merece ser llamado ladrón quien no tuvo escrúpulos para robarle a Cristo la valiosa perla del alma de Fulk?» La carta es terrible. Ya antes, confiesa San Bernardo, ese mismo deán «se esforzó por extinguir en mí el fervor de mi noviciado; pero gracias a Dios no lo conseguí».

La carta encíclica del Papa Pablo VI, *Sacerdotalis caelibatus* lamenta las «dolorosas deserciones» de tantos sacerdotes que han abandonado su sagrado ministerio (24-6-1967). En este tema, como en varios otros –por ejemplo, la castidad conyugal en la *Humanae vitae*–, la verdad de Dios apenas llega al pueblo cristiano si no es por la predicación del Papa. Se queda a veces muy solo, muy desasistido. Realmente, es él, como Sucesor de Pedro, quien «confirma a sus hermanos» en la fe (Lc 22,32). Es él, concretamente, quien reacciona según la verdadera Tradición católica ante tan numerosas y dolorosas deserciones:

«En este punto, nuestro corazón se vuelve con paternal amor, con estremecimiento y gran dolor, hacia aquellos infelices, pero siempre amadísimos y queridísimos hermanos nuestros en el sacerdocio, que, manteniendo impreso en el alma el sagrado carácter conferido en la ordenación sacerdotal, fueron desgraciadamente infieles a las obligaciones asumidas en su consagración sacerdotal». El Papa lamenta «su lamentable estado» y «los dramas y escándalos que por ellos sufre el Pueblo de Dios» (83)... La Iglesia a veces ve conveniente conceder dispensas del ministerio y del celibato, pero lo hace «siempre con la amargura en el corazón, especialmente en los casos particularmente dolorosos en los que el negarse a llevar dignamente el yugo suave de Cristo se debe a crisis de fe o a debilidades morales, por lo mismo frecuentemente responsables y escandalosas» (85).

«Oh, si supieran estos sacerdotes cuánta pena, cuanto deshonra, cuánta turbación proporcionan a la santa Iglesia de Dios, si reflexionasen sobre la solemnidad y belleza de los compromisos que asumieron, y sobre los peligros en que van a encontrarse en esta vida y en la futura, serían más cautos y más reflexivos en sus decisiones, más solícitos en la oración y más lógicos e valientes para prevenir las causas de su colapso espiritual y moral» (86). «No queremos, por fin, dejar de agradecer con gozo

profundo al Señor advirtiéndole que no pocos de los que fueron desgraciadamente infieles por algún tiempo a su compromiso... han vuelto a encontrar, por la gracia del Sumo Sacerdote, la vía justa y han vuelto, para alegría de todos, a ser sus ejemplares ministros» (90).

La Iglesia Católica, ante las dolorosas deserciones de numerosos sacerdotes y religiosos, llama a la fidelidad y a la conversión, porque cree que con la gracia de Dios son posibles, y cree también en la oración de intercesión. La Iglesia afirma que la infidelidad es tentación sugerida por el demonio, pone en peligro la vida presente y la salvación eterna, es dolor para la Iglesia y escándalo para los fieles, pues todos ellos, también los laicos casados, deben «perseverar cada uno ante Dios en la condición en que por Él fue llamado» (1Cor 7,24). Todos, asistidos por la gracia divina, tienen que *tomar la cruz de cada día*, si quieren permanecer como discípulos en el seguimiento de Jesús.

(30)

9. San Ignacio de Loyola –1

–¿Qué, ya se cansó de titular estos posts con “el lenguaje de»?

–Así es. Pero sigo en las mismas, mostrando en algunos hombres de Dios ejemplos de lucidez y valentía para dar el testimonio de la verdad al mundo de su tiempo.

Entregados a la guía del Espíritu Santo. En el siglo XVI, bajo la acción de Dios, uno de los principales protagonistas de la Reforma de la Iglesia fue San Ignacio de Loyola (1491-1556). Su conversión maravillosa se produjo en 1521, poco después de que Martín Lutero en 1517 fijara sus 95 tesis protestantes en la puerta de la *Schlosskirche*, iglesia del Palacio, en Wittenberg. Ya se ve que el Señor suscita a Ignacio de Loyola y a su Compañía de Jesús con la grandiosa misión de ser *defensores y difusores de la fe católica* en un tiempo gravemente amenazado por la herejía y el cisma.

Sin embargo, Ignacio y sus compañeros tardaron bastante en conocer esta propia misión suya en la Iglesia. Durante no pocos años pensaban más en Jerusalén que en Roma, y querían establecerse en Palestina, al servicio de cristianos y de infieles. El P. Nadal escribía en 1563 que Ignacio «era llevado suavemente a donde no sabía, y no pensaba en fundar Orden alguna». Laínez confesará en una ocasión que «nuestra intención desde París aún no era de hacer congregación, sino dedicarse en pobreza al servicio de Dios y al provecho del prójimo, predicando y sirviendo en hospitales» (J. I. Tellechea, *Ignacio de Loyola*, Madrid, Cristiandad 1986,227).

La situación de Ignacio ya converso fue en un principio bastante precaria. El antiguo capitán inició sus estudios eclesiásticos ya mayor, a los 35 años de edad. En su breve estancia de Alcalá y Salamanca (1526-1527) tuvo

muchos más problemas que estudios. Y cuando en 1528 marchó a París «solo y a pie», hubo de comenzar por el estudio del latín y humanidades, entre alumnos mucho más jóvenes, y «hallábase muy falto de fundamentos». Éstos y otros detalles de su vida los conocemos por la relación que le hizo Ignacio al P. Luis Gonçalves da Camara (*Autobiografía* 73). «Era también otro impedimento el pedir limosna para se mantener». Para remediarlo, iba Ignacio un par de meses en verano a Flandes «para traer con qué pudiese estudiar todo el año» (74-76). Si a todo ello añadimos que «daba ejercicios», en ocasiones, a varias personas a la vez y por separado, podemos concluir que tampoco en París pudo hacer sus estudios con calma y regularidad. Sin embargo, llegó a ser Maestro en Artes en 1535, a sus 44 años.

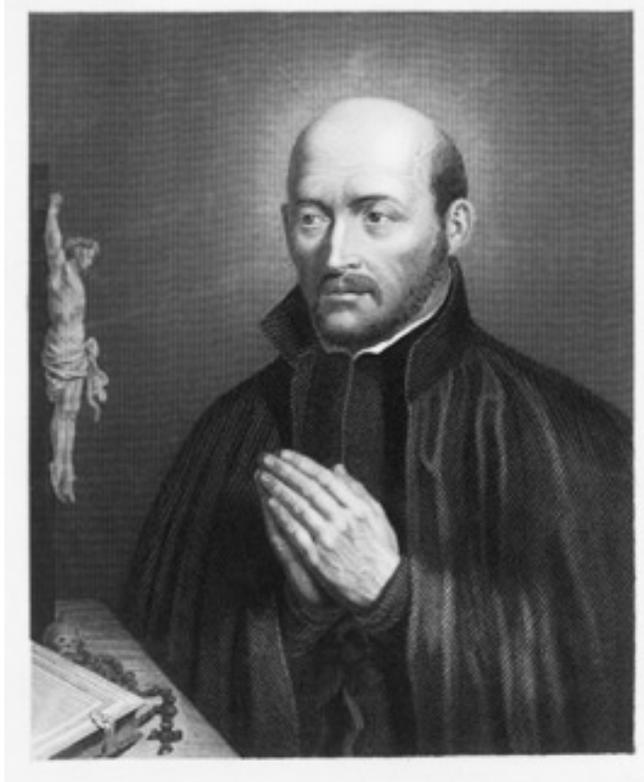
Por lo demás, y en buena parte por vocación personal, durante toda su vida *San Ignacio fue un hombre de muy pocos libros*. En su habitación solo tenía dos, el Nuevo Testamento y la *Imitación de Cristo*. Su norma era *non multa, sed multum*, y estaba convencido de que «no el mucho saber harta y satisface al alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente» (*Ejercicios* 2). Como San Ignacio, otros santos hubo en la historia de la Iglesia, San Francisco de Asís, San Francisco de Sales, que siendo hombres de lecturas muy limitadas, vinieron a ser los más influyentes de su tiempo, y en medio de las mayores turbulencias ideológicas, ellos supieron marcar en sus religiosos y en el pueblo cristiano el exacto norte evangélico. Convendrá que ciertos super-lectores de hoy, que van más por el *non multum, sed multa*, tengan en cuenta este dato.

Cristo y su Iglesia libran en la historia una enorme batalla contra el diablo y los suyos (cf. post 19). Ya en los *Ejercicios espirituales*, que serán siempre en Ignacio y en la Compañía la lectura fundamental del Evangelio, el antiguo capitán, que conoce bien los estragos que está sufriendo la Iglesia a causa principalmente de Lutero, en la *meditación de las dos banderas* hace un planteamiento bélico de la vida cristiana:

«El primer preámbulo [“para considerar estados”, esto es, para orientar la propia vida] es la historia: cómo Cristo llama y quiere a todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, bajo la suya». Los dos campos que se enfrentan son Jerusalén y Babilonia. El tercer preámbulo es «pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para guardarme de ellos, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para imitarle». El jefe de los enemigos «hace llamamiento de innumerables demonios y los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular». Contra él y contra ellos, «el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas» (*Ejercicios* 137-145).

La formación católica de los miembros de la Compañía es para San Ignacio el medio fundamental para colaborar en la Reforma de la Iglesia, «ad maiorem Dei gloriam». Ante todo y sobre todo, son los *Ejercicios espirituales* el medio ignaciano para forjar con la gracia divina hombres nuevos. Pero a ellos ha de añadirse *todo el sistema formativo* que Ignacio establece cuidadosamente en las Constituciones de la Compañía, y más concretamente en las Constituciones de los colegios. Casi podría decirse que Ignacio, en esos importantes documentos, *manda hacer todo lo contrario de lo que él hizo* en su tiempo primero de formación.

—*Las Constituciones de la Compañía*, en su IV parte, establecen minuciosamente cómo deben formarse espiritual y doctrinalmente los que se alistaban para combatir bajo



las banderas de Cristo. Los jesuitas han de apreciar extremadamente el estudio: «tengan deliberación firme de ser muy de veras estudiantes, persuadiéndose no poder hacer cosa más grata a Dios nuestro Señor en los Colegios, que estudiar con la intención dicha; y que cuando nunca llegasen a ejercitar lo estudiado, el mismo trabajo de estudiar, tomado por caridad y obediencia, como debe tomarse, sea obra muy meritoria ante la divina y suma Majestad».

«La doctrina que en cada facultad deben seguir sea la más segura y aprobada». Tal como están los tiempos, éste es un punto esencial. «Aquellos libros se leerán que en cada facultad se tuvieren por de más sólida y segura doctrina, sin entrar en algunos que sean sospechosos ellos o sus autores». Y «aunque el libro sea sin sospecha de mala doctrina, cuando el autor es sospechoso, no conviene que se lea; porque se toma afición por la obra del autor, y del crédito que se le da en lo que dice bien, se le podría dar algo después en lo que dice mal. Es también cosa rara que algún veneno no se mezcle en lo que sale del pecho lleno de él».

Los estudios deben incluir ordenadamente Humanidades, autores latinos y griegos, y otras ciencias, cánones y Concilios, alguna suma de Teología escolástica —en los *Ejercicios* menciona Ignacio como doctores escolásticos más recomendables a «Santo Tomás, San Buenaventura y el Maestro de las Sentencias» (363)—. Y «en la Lógica y Filosofía natural y moral y Metafísica se siga la doctrina de Aristóteles». Procúrese también, en orden a las misiones, al aprendizaje de otras lenguas, «caldea, arábica, india».

«Quitense también los impedimentos que distraen del estudio, así de devociones y mortificaciones demasiadas o sin orden debida, como de cuidados y ocupaciones exteriores en los oficios de la casa, y fuera de ella conversaciones». Y por otra parte, «como no conviene cargar de tanto trabajo corporal que se ahogue el espíritu y reciba daño el cuerpo, así *algún ejercicio corporal*, para ayudar lo uno y lo otro, conviene ordinariamente a todos».

Quizá sea San Ignacio el primer fundador que incluye en una *Regla* de vida religiosa «los ejercicios corporales» como una exigencia habitual.

–Las *Constituciones de los Colegios*, establecidas unos diez años más tarde (1549-1550), concretan más algunos puntos. San Ignacio sabe que el crecimiento en la vida espiritual y en el estudio han de ir juntos siempre, estimulándose mutuamente. Como dice San Pablo, es preciso «guardar el misterio de la fe en una conciencia pura» (1Tim 3,9). Oración y estudio, ejercicio de las virtudes y estudio.

Pero, sin embargo, no quiere que sus estudiantes hagan, como él había hecho en Manresa, siete horas diarias de oración de rodillas. Él quiere que, además de las oraciones vocales obligadas, se ocupen en «la meditación y oración mental, los que de ella son capaces [atención: “los que de ella son capaces”], hasta tres cuartos de hora, o a lo más una hora, que cada uno emplee en su cámara, en el mejor modo que supiere». «Téngase advertencia que no se diviertan del estudio por devociones demasiadas para estudiantes». Y «ninguno haga más contemplaciones o oraciones, sin que el Rector se lo permita y ordene».

Cúidese ante todo la santidad de vida. «Los que fueren aptos para estudiar, se ayudarán... en especial de lo que hace para la pureza de la conciencia, pues “en alma artera no entrará la sabiduría” (Sab 1,4)... y de la oración, que pida gracia para bien proceder en el estudio a gloria divina».

Más aprovecharán los estudiantes con unos pocos profesores excelentes que con una caterva de mediocres: «Procúrese que tomen la doctrina más aprobada y sigan los mejores autores en cualquier facultad, y antes entiendan bien pocos, que corran por muchos no tan bien entendidos; que la mucha variedad no ayudaría». «En las cosas más fructuosas y útiles para nuestro instituto, y según los tiempos más necesarias, es bien se ponga mayor estudio, como sería en la materia de sacramentos y otras cosas morales, o controversias con heréticos, etc.»

«Quítense otros impedimentos del estudio, cual es padecer necesidad de cosas temporales», o en dedicarse demasiado a trabajos exteriores, asistenciales o de apostolado. Y por supuesto, «no haya en casa libros de amores y vanidades, ni armas, ni cosas de juegos, como tableros, naipes, dados, etc. De pelotas o bolas no parece habría inconveniente».

Un ejército pronto para «combatir los buenos combates de la fe» (1Tim 6,12), ésa es la Compañía de Jesús formada por San Ignacio y sus primeros compañeros. En la historia comprobamos tantas veces que la Reforma de la Iglesia, la que en un tiempo concreto necesita, viene realizada por Dios a través del Papa, de los Obispos, de Concilios de reforma, pero también por medio de hombres y de institutos santos. Toda Reforma católica ha de iniciarse muy especialmente procurando para los aspirantes al sacerdocio una buena formación doctrinal y espiritual, en la que se unan armoniosamente los estudios de humanidades, filosofía, Escritura, Tradición de padres y de santos, teología escolástica y positiva, historia, liturgia, cánones y Concilios, lenguas clásicas y modernas. Y en este sentido, *el sistema ignaciano de formación eclesial vino a ser, bajo el influjo reformador del Concilio de Trento, modelo para toda la Iglesia* tanto en los Seminarios diocesanos como en los Centros religiosos de formación.

En el próximo post, con el favor de Dios, recordaremos la acción de la Compañía en favor de *la reforma de la Iglesia*, de su *difusión misionera*, y en su lucha potentísima *adversus haereses*.

(31)

10. San Ignacio de Loyola –y 2

–Muy ignaciano le veo. ¿No será usted jesuita?

–No, soy sacerdote diocesano, cura corriente. Pero hay que saber admirar todo lo admirable, dando gracias a Dios, el verdaderamente Admirable.

Roma estaba muy mal en tiempos de San Ignacio. Siete Papas residieron en Aviñón en el siglo XIV, y dos antiPapas. En ese tiempo de Aviñón, y posteriormente en Roma, la Sede Apostólica se había visto afectada por frecuentes intrigas, ambiciones, nepotismos, cohechos, al mismo tiempo que en ella se negociaban innumerables nombramientos y dispensas, y se toleraban el absentismo de Obispos, la acumulación de cargos o más bien de rentas, la sustitución en beneficios... El padre Domingo de Soto (1494-1570), profesor dominico de teología en Salamanca y confesor de Carlos I, calificaba la situación de la Iglesia como *subversio ordinis*.

Escribe Tellechea: «*Varias generaciones venían clamando en vano por una decisiva reforma* que atajase el mal de raíz, mas sus clamores se perdían en el vacío o se estrellaban contra aquella inmensa máquina centralizadora y fiscal de la Curia, demasiado interesada en que no cambiasen las cosas» (*ob. cit.* 268). Paulo III papa (1534-1549), un Farnese que antes había acumulado varios obispados, se preocupaba más del engrandecimiento de su familia y de sus dos hijos, que de la reforma de la Iglesia. Sin embargo, promovió hombres valiosos para el Colegio de Cardenales, y una comisión de éstos redactó un *Consilium de emmendanda Ecclesia* (1536), que indicó con realismo los males de la Iglesia, pero que se quedó en el papel. Con todo, sigue Tellechea, «el espíritu de Reforma no era voz periférica y de ataque, sino ansia que florecía en el corazón de la cristiandad» (269). (Digo al paso: ¿se da hoy entre los buenos este clamor por la reforma de la Iglesia?...)

Ignacio de Loyola, como es santo, no está afectado por el «buenismo oficialista», y es perfectamente consciente de los graves males de la Iglesia de su tiempo. Está muy lejos de ese *buenismo* –que a veces es ingenuidad ignorante y a veces es oportunismo culpable–, que aplaude automáticamente *todo cuanto directa o indirectamente* provenga del Papa, de la Santa Sede y de los Obispos, pensando erróneamente que con eso agrada a Dios y ama a la Iglesia. No es posible agradar a Dios y amar a la Iglesia sin permitirle al Espíritu Santo que nos abra completamente los ojos del alma para conocer y reconocer *la verdad* de la realidad.

En una carta de Ignacio a Diego de Gouvea (23-11-1538), principal del Colegio parisino de Santa Bárbara, donde él ha residido años antes, le confiesa: «*no faltan tampoco en Roma muchos a quienes es odiosa la luz eclesial de verdad y de vida*». Dice *muchos*. Y atribuye estos errores a la mala vida: «de temer es que la causa principal de los errores de doctrina, provengan de errores de vida; y si éstos no son corregidos, no se quitarán aquellos de en medio».

Un buen católico oficialista de hoy jamás diría una frase como ésa de San Ignacio. Pero son muchos los santos que han llorado los males de la Iglesia de su tiempo y que, según su estado y vocación, los han denunciado, procurando con oraciones y penitencias, con predicaciones y

escritos, *la reforma* de todo lo que en doctrina o disciplina pueda estar mal en la Iglesia, también en la Santa Sede.

El Señor le dice a Santa Catalina de Siena: «Mira y fijate cómo mi Esposa tiene sucia la cara. Cómo está leprosa por la inmundicia y el amor propio y entumecida por la soberbia y la avaricia» (*Diálogo* II, cp.XIV). Los pastores no corrigen «al que está en puesto elevado, por miedo de comprometer su propia situación. Reprenderán, sin embargo, al menor, porque ven que en nada los puede perjudicar... Por culpa de los pastores malos son malos los súbditos» (III, cp.CXXII). Y ella exclama: «¡Ay de mí! ¡Basta de callar! Gritad con cien millares de lenguas. Veo que, por callar, el mundo está podrido y la Esposa de Cristo ha perdido su color» (cta. 16, a un alto prelado).

San Ignacio y la Compañía de Jesús guardan a la Sede Apostólica la más perfecta fidelidad. La guardan por convicción profunda de fe, de obediencia y de caridad eclesial. Pero también porque saben que la peste protestante que está devastando la Iglesia en Europa es una herejía cuyo mismo centro es precisamente *un cisma*, el rechazo de la Iglesia como Madre y Maestra. El *libre examen* luterano arrasa y se lleva por delante los Sucesores de los Apóstoles, los sacramentos, los Padres, los santos, los Concilios y la misma Sagrada Escritura, que de ser revelación de Dios viene a reducirse a pensamiento de hombres. De ahí ese énfasis ignaciano por la adhesión a la Iglesia, ya expresado en los *Ejercicios* (353-370):



«1ª regla. Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la verdadera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica». «9ª regla. Alabar todos preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa». «13ª regla. Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas». La formulación de esta última regla hay que entenderla en sentido *espiritual*, pues en un estricto sentido literal no es apenas aceptable.

El combate ignaciano por la fe católica «adversus hæreses» es a vida o muerte. San Ignacio sabe, cree, que entre la fe verdadera y la herejía está en juego la salvación temporal y eterna de los hombres y de las naciones. Por eso da a este asunto una importancia central en sus Constituciones, cartas e instrucciones. «En las cosas más fructuosas y útiles para nuestro instituto es bien se ponga mayor estudio, como sería la materia de sacra-

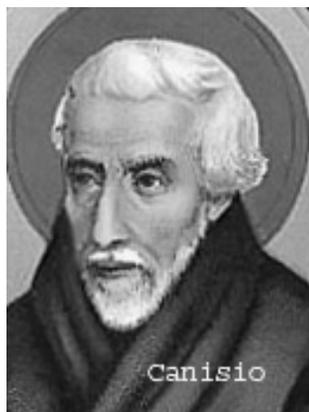
mentos y otras cosas morales, o *controversias con heréticos*» (*Constituciones Colegios* 67). La formación doctrinal y espiritual ha de dar a los jesuitas una absoluta *vacunación* contra todos los errores vigentes en su tiempo: y para ello, han de *conocerlos* exactamente, sin deformaciones o exageraciones, y deben estar preparados para *vencerlos* con la fuerza de la verdad católica, es decir, con la fuerza de Cristo y de su Iglesia.

Dispone Ignacio en una Instrucción enviada al P. Juan Pelletier, superior en Ferrara (13-6-1551): «Téngase especial advertencia sobre las herejías, y estén armados contra las tales, teniendo en la memoria las materias controvertidas con los herejes, y procurando estar atentos en esto a descubrir las llagas y curarlas; y, si tanto no se puede, a impugnar su mala doctrina» (II p., 6). Y a los *Padres enviados a Alemania* (24-9-1549): «Procuren todos tener a mano aquellos puntos del dogma controvertidos con los herejes, y, cuando sea oportuno, afirmen y confirmen la verdad católica con las personas que tratan, e impugnen los errores, y a los dudosos y vacilantes fortifiquenlos tanto en los sermones y lecciones, como en las confesiones y conversaciones particulares» (10). Pero han de hacerlo con toda veracidad y prudencia: «De tal modo defiendan la Sede Apostólica y su autoridad que atraigan a todos a su verdadera obediencia; y por defensas imprudentes *no sean tenidos por papistas* y por eso menos creídos. Y al contrario, de tal modo han de impugnar las herejías, que se manifieste con las personas de los herejes amor, deseo de su bien y compasión más que otra cosa» (12). Lo mismo había dicho poco antes: «cuiden de hacérselos amigos, y de ir poco a poco y con destreza y con muestras de mucho amor apartándoles de sus errores» (8).

Ignacio establece la estrategia del combate por la fe con todo cuidado. Podemos comprobarlo, por ejemplo, en la carta al P. Pedro Canisio (13-8-1554), en la que busca la regeneración católica de Alemania. No excluye la guerra, ya que muchos príncipes alemanes están apoyando la herejía y en cierto modo obligando a ella:

«Lo primero de todo, si la Majestad del Rey se profesase no solamente católico, como siempre lo ha hecho, sino contrario abiertamente y enemigo de las herejías, y declarase a todos los errores heréticos, guerra manifiesta y no encubierta, éste parece que sería, *entre los remedios humanos*, el mayor y más eficaz». Esta lucha incluye medidas elementales, como «no permitir que siga en el gobierno ninguno inficionado de herejía»... El hereje o sospechoso de herejía «no ha de ser agraciado con honores o riqueza, sino antes derrocado de estos bienes».

Pero más aún, ya en el interior mismo de la Iglesia católica deben tomarse decisiones que aseguren la victoria del «combate por la fe», y sin las cuales, ciertamente, esa lucha estaría destinada al fracaso. Los profesores públicos de Universidad o de colegios privados inficionados de herejía deben ser «desposeídos de sus cargos»... «Convendría que cuantos libros heréticos se hallasen, en poder de libreros y de particulares, fuesen quemados, o llevados fuera»... «Sería asimismo de gran provecho prohibir bajo graves penas que ningún librero imprimiese alguno de los libros dichos»... «¡Ojalá tampoco se consintiese a mercader alguno, bajo las mismas penas, introducir en los dominios del Rey tales libros, impresos en otras partes!»... «No deberían tolerarse curas o confesores que estén tildados de herejía, y a los convencidos de ella habríase de despojar de todas las rentas eclesiásticas; que más vale estar la grey sin pastor, que tener por pastor a un lobo»... «Quien no se guarda de llamar a los herejes “evangélicos” convendría pagase alguna multa... a los herejes se los ha de llamar por su nombre, para que dé horror hasta nombrar a los que son tales, y cubren el veneno mortal con el velo de un nombre de salud»... Haya «buenos predicadores y curas y confesores en detestar abiertamente y sacar a luz los errores de los herejes, con tal que los pueblos crean las cosas necesarias para salvarse, y profesen la fe católica»...



Exhorta también San Ignacio a fundar *colegios* y centros teológicos, elaborar uno o dos *catecismos*, componer algún libro «para los curas y pastores menos doctos, pero de buena intención», y alguna buena «*suma de teología escolástica* que sea tal, que no la miren con desdén los eruditos de esta era, o que ellos a sí mismos se tienen por tales»... *Todas estas intenciones, todas, se fueron*

cumpliendo, del modo más perfecto. Entre ellas, la fundación en Roma del Colegio Romano, que vendría a ser la *Gregoriana*, y también «el Colegio Germánico de Roma». Innumerables colegios, Seminarios, Universidades, fueron naciendo de la Compañía de Jesús, en tanto que los Ejercicios espirituales hacían grandes bienes entre los laicos. La Compañía además, ya desde sus comienzos, mostró una *formidable potencia misionera* para difundir el Evangelio: sin salirme de mis letras, remito a lo que ya escribí sobre San Francisco de Javier (post 28) y en mi libro *Hechos de los apóstoles de América* (cf. II,11; IV,3 y 6; V,1-3).

La santidad personal de San Ignacio de Loyola es fuente de todos estos bienes para la Iglesia. Él es



—*un místico*: la visión de la Virgen en Loyola, las revelaciones junto al río de Manresa, en La Storta, las frecuentes lágrimas en la celebración de la Eucaristía, siempre «contemplativo en la acción»...

—*extremadamente humilde*: dice que tener o no devoción, consolaciones, amor intenso, no está en nuestra voluntad, «más que todo es don y gracia de Dios» (*Ejercicios*

322). Él se ve como puro «impedimento» para la acción de Dios. «Antes que venga la gracia y obra del Señor nuestro, ponemos impedimentos», con pecados, distracciones, enamoramientos de lo terreno, «y después de la venida, lo mismo... Antes y después *soy todo impedimento*; y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca» (cta. a *Francisco de Borja*, fines de 1545). ¡Nada tienen que ver con él, nada, las desviaciones voluntaristas en cuestiones *de gratia* de un P. Luis de Molina S. J. (1535-1600)!

—*se comprueba también su santidad por la cantidad de santos que el Señor le dió como hermanos* en la Compañía. Recordaré solo a los más próximos a él:

el saboyano *Beato Pedro Fabro* (1506-1546), uno de los primeros y principales; el navarro *San Francisco de Javier* (1506-1552), patrono de las misiones católicas; el joven polaco *San Estanislao de Kostka* (1550-1568); el duque de Gandía, *San Francisco de Borja* (1510-1572), tercer General de la Compañía; el joven italiano *San Luis Gonzaga* (1568-1591); el holandés *San Pedro Canisio* (1521-1597), doctor de la Iglesia, autor de un «Catecismo» que tuvo más de 200 ediciones en 15 idiomas; el italiano *San Roberto Belarmino* (1542-1621), doctor de la Iglesia, cuyos tres volúmenes de «Controversias» fueron ayudas formidables

para los defensores de la fe católica; el joven flamenco *San Juan Berchmans* (1599-1621); el hermano *San Alonso Rodríguez* (1533-1617), viudo, encargado de la portería, maestro espiritual de *San Pedro Claver* (1580-1654), esclavo de los esclavos... Los jesuitas canonizados son 24, y los beatificados 141.

¿*Qué pensaría San Ignacio de Loyola* si viera hoy que dentro de la Iglesia los principales *centros difusores del error* están precisamente situados en ciertos Seminarios, Facultades de teología, Universidades, congregaciones, editoriales, librerías y otros centros católicos? ¿Qué diría y qué haría? No sé lo que haría; pero sí sé lo que diría: *reforma o apostasía*.

(32)

11. Lenguaje de San Juan de Ávila

—¿Ya nos costó canonizar al Beato Juan de Ávila, eh?

—Mucho. Fue beatificado en 1894 y canonizado en 1970. Es que era del clero diocesano.

La reforma de la Iglesia es en el renacimiento un clamor general, que viene ya de los últimos siglos medievales. *Reforma Ecclesiae in capite et in membris*: es necesaria una reforma que afecte a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo, desde el Papa y la Curia romana, hasta los Obispos y sacerdotes, los religiosos y los laicos. Y ese clamor se acrecienta a comienzos del XVI, como puede verse, por ejemplo, en el tratado de Juan Gerson, *De signis ruinae Ecclesiae*, publicado en París en 1521 (*Sermo de tribulationibus ex defectu ecclesiasticorum regimine adhuc ecclesiae proventuris et de signis earumdem*; Acerca de las tribulaciones que todavía más han de sobrevenir por las deficiencias del régimen eclesiástico, y acerca de sus signos).

Por esos años se vive la agonía final de los siglos medievales, la plenitud del Renacimiento, el estallido del luteranismo y la ruptura definitiva de la Cristiandad europea, el paso del teocentrismo al antropocentrismo, el descubrimiento del Nuevo Mundo, los avances científicos y geográficos en todas las direcciones, la entrada en la Edad Moderna. Es un tiempo enorme en intensidad, en sus grandezas y miserias, en su transcendencia histórica. Y sobre todo en la vida de la Iglesia es un tiempo «recio», como decía Santa Teresa.

La reforma de la Iglesia se había adelantado ya considerablemente en España en el siglo XV, y especialmente se había acrecentado en el tiempo de la santa reina Isabel de Castilla (1451-1504). Gracias en buena parte a ella, a su esposo, el rey Fernando, y a sus excelentes colaboradores, Hernando de Talavera, Jiménez de Cisneros, Nebrija y tantos más, afronta España la gran crisis inicial del siglo XVI en una situación que puede considerarse privilegiada. Numerosas órdenes religiosas se han reformado ya en el siglo XV, las Universidades católicas, Salamanca, Alcalá, bajo la guía de hombres como Cisneros

y Nebrija, reúnen a los escrituristas, filósofos y teólogos más prestigiosos de la Iglesia. Se ha cuidado con más acierto el nombramiento de los obispos. También en literatura y teatro, poesía y pintura, España está viviendo su *Siglo de Oro*. Todo ello hace entrar a España en ese siglo difícil como un pueblo profundamente católico. Son 21 los santos canonizados muertos o nacidos en la España del XVI, y más de ocho los beatos. (cf. los tengo enumerados en *Hechos de los apóstoles de América*, I parte, cp. 4). Este florecimiento espiritual de España tendrá sus mayores efectos benéficos en la gran reforma del Concilio de Trento y en la evangelización de América y del Oriente lejano.

La reforma del clero español recibe su mayor impulso de San Juan de Ávila (1500-1569). La reforma aludida de los religiosos en España no se había producido en forma equivalente en el clero, incluyendo en él Obispos y sacerdotes. En la reforma del clero se distinguen por ese tiempo grandes santos, como San Cayetano de Thiene (1480-1547), San Ignacio de Loyola (1491-1556), San Carlos Borromeo (1538-1584), Santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606) y otros; pero entre ellos quiero destacar la gran figura del Maestro de Ávila.

Nace en Almodávar del Campo, Ciudad Real, estudia en Salamanca y Alcalá, y llega a ser maestro en teología. Ordenado sacerdote, desarrolla su ministerio en Sevilla, Córdoba, Granada y otros lugares del sur de España. Intervino en la conversión de San Juan de Dios y de San Francisco de Borja. Retirado en Montilla, Córdoba, murió en 1569, poco después de concluido el Concilio de Trento. Es patrono del clero secular de España.

De su abundante producción escrita —*Audi, filia*, numerosos Sermones y Pláticas, Conferencias a sacerdotes, su amplio Epistolario— recordaré aquí especialmente sus *Memoriales* dirigidos al Concilio de Trento. Estos escritos tuvieron gran influjo en el Concilio, y llegaron a Roma y a través de su amigo el Arzobispo de Granada, don Pedro Guerrero, compañero de estudios en Alcalá; y también por medio de otro amigo, San Francisco de Borja.

Obispos y sacerdotes malos. La idea central de los *Tratados de reforma* compuestos por el Maestro Ávila es que *reformados los sacerdotes, se enmendarán también los fieles*. El *Memorial primero al concilio de Trento* (1551), sobre «la reformación del estado eclesiástico», y sobre «lo que se debe avisar a los Obispos», y el *Memorial segundo* (1561), acerca de las «causas y remedios de las herejías», nos muestran en cada página que al Maestro Ávila «le duele la Iglesia», afectada por muchos males internos, y desgarrada por la herejía y el cisma de Lutero (1517); y que conoce perfectamente los males y sus causas, así como también los caminos que, con la gracia de Dios, llevan ciertamente a una sanación del clero. Obispos y sacerdotes de aquella época tan recia no estaban a la altura de la situación. El clero era numerosísimo, pero con no pocas veces sin vocación, sin formación y sin virtudes para servir dignamente su ministerio sagrado.

«Lo que ha echado a perder toda la clerecía ha sido entrar en ella gente profana, sin conocimiento de la alteza del estado que toma... Ordénese la vida eclesiástica como no la puedan llevar sino los virtuosos o los que trabajan de serlo, y de esta manera habrá pocos clérigos, porque son pocos los virtuosos... (Mem.I,6). «Acerca de la vida de dignidades, canónigos y racioneros, cosa conocida es a todos que el escándalo común de la Iglesia son ellos; pues, por la mayor parte, ni predicán, ni leen, ni confiesan, ni aun dicen misa casi en todo el año; y muchos viven con deshonestísima compañía, sin que nadie sea

parte para poderse la quitar. Y son algunos tan desvergonzados, que en trajes profanos y aderezos de sus personas compiten con los más profanos del mundo. Y aun cantar en un coro, siendo tan fácil, no lo saben o no lo quieren hacer» (ib.20).

Los malos pastores no supieron luchar contra la herejía, y abandonaron al pueblo indefenso a los falsos profetas. De este modo, gran parte del pueblo cristiano fue perdiendo la fe y la práctica de la vida religiosa.

«Ordenanza es de Dios que el pueblo esté colgado, en lo que toca a su daño o provecho, de la diligencia y cuidado del estado eclesiástico. Y así, *qualis rector civitatis, tales habitantes in ea*». El Señor declara al profeta Ezequiel su gran queja, «que la causa de la perdición de su pueblo fue la negligencia de los que eran pastores. *Juntose con la negligencia de los pastores, el engaño de falsos profetas*» (Mem.II, 9). Y es que «así como, por la bondad divina, nunca en la Iglesia han faltado preladados que, con mérito propio y mucho provecho de las ovejas, hayan ejercitado su oficio, así también, permitiéndolo su justicia por nuestros pecados, ha habido, y en mayor número, pastores negligentes, y hase seguido la perdición de las ovejas... Mas ¿por qué se les pide a estos pastores lo que no tienen? ¿Cómo ejercerán oficios de médicos, pues nunca aprendieron el arte?» (10). San Juan de Ávila dedica gran parte de sus escritos a mostrar cómo debe ser la formación doctrinal y espiritual de los sacerdotes, y pone tanto empeño en la fundación de *Colegios* —él fundó quince, y la Universidad de Úbeda— como lo ponía San Ignacio en las *Constituciones de los Colegios* jesuitas.

«Quedaron flacos para ejercitar la guerra espiritual, quedaron también estériles para engendrar y criar para Dios hijos espirituales... No se quisieron poner a ser capitanes en la guerra de Dios y atalayas» (11). «Si hubiérais adoctrinado bien a la Iglesia, ¿cómo tanta gente de ella y tan presto dió consigo en el suelo? Si la hubiérais tenido esforzada y armada, ¿cómo siquiera no peleó?» (16)... «*Se ha engañado y ha enseñado falsa doctrina acerca de cosas importantísimas a la fe cristiana*, así como si hay libre albedrío; que el papa sea cabeza de toda la cristiandad o no; que en el santísimo sacramento del altar adoramos a Cristo o a un poco de pan», etc. (18).

«*La Iglesia cristiana, para ser la que debe, no ha de ser congregación de gente relajada ni tibia*, sino que, pues siempre está combatida de unos enemigos y esperando el combate de otros, ha de estar siempre aparejada y armada... *No nos maravillemos, pues, que tanta gente haya perdido la fe en nuestros tiempos*, pues que, faltando diligentes pastores y legítimos ministros de Dios que apacentasen el pueblo con tal doctrina que fuese luz... y fuese mantenimiento de mucha substancia, y le fuese armas para pelear, y en fin, que lo fundase bien en la fe y encendiese con fuego de amor divino, aun hasta poner la vida por la confesión de la fe y obediencia de la ley de Dios», han entrado tantos males, y «así muchos se han pasado a los reales del perverso Lutero, haciendo desde allí guerra descubierta al pueblo de Dios para engañarlo acerca de la fe» (17).

«Cosa es de dolor cómo *no hubo en la Iglesia atalayas, ahora sesenta o cincuenta años* [hacia 1517], que diesen voces y avisasen al pueblo de Dios este terrible castigo... para que se aperciesen con penitencia y enmienda, y evitasen tan grandísimo mal» (34).

¿Cómo pudieron entrar en el pueblo cristiano tantos errores y males sino es porque *muchos falsos profetas fueron tolerados por pastores negligentes*? ¿Cómo no se dió la alarma a su tiempo para prevenir tan grandes pérdidas? En realidad, ya hubo quienes en su momento dieron voces de alarma —San Juan de Ávila cita al prestigioso maestro Gerson—, pero no fueron escuchados.

Exhortaciones al Papa. El celo por la santidad de la Iglesia y de sus sacerdotes ha de estar vivo en todos los fieles. Pero «entre todos los que esto deben sentir, es el primero y más principal el supremo pastor de la Iglesia.



ción, que se pueda esperar otros eclesiásticos que los que en tiempos pasados ha habido... *Y de otra manera será lo que ha sido*» (43).

¡Fuego, fuego, fuego!... Uno de los peores males de la Iglesia hoy es que aquellos clamores de reforma tan frecuentes en los siglos medievales y en el renacimiento hoy apenas existen, incluso entre los mejores. A nadie hoy, de entre los buenos, se le ocurre escribir *De signis ruinae Ecclesiae*. Habrá, pues, que traer el fuego reformista desde aquellas épocas, pues aquí está tan apagado:

«Fuego se ha encendido en la ciudad de Dios, quemado ha muchas cosas, y el fuego pasa adelante, con peligro de otras. Mucha prisa, cuidado y diligencia es menester para atajarlo» (*Mem.II*, 51). Santa Teresa: «Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a seteniar a Cristo y quieren poner su Iglesia por el suelo» (*Camino Perfec.* 1,5).

Y nosotros mientras tanto... ahí andamos. Organizando cosas y eventos.

Pues lo es en el poder, razón es que, *como principal atalaya de toda la Iglesia, dé más altas voces para despertar al pueblo cristiano, avisándoles del peligro que tienen presente y del que es razón temer que les pueda venir*» (*Mem.II*,41). Pero que se prepare a sufrir la cruz:

«*Hondas están nuestras llagas, envejecidas y peligrosas, y no se pueden curar con cualesquiera remedios. Y si se nos ha de dar lo que nuestro mal pide, muy a costa ha de ser de los médicos que nos han de curar. Y como el papa sea el mayor de ellos, hanle de caber a él los mayores trabajos, porque de muerte de cruz o de mortificación de ellos no puede escapar*»... Pero «¿quién habrá que no siga al vicario de Cristo viendo que él sigue a Cristo?... Callarán entonces los ladridos de los herejes, que toman por ocasión de serlo *los malos ejemplos que dicen haber habido en la Silla Apostólica*; y con el buen olor que ahora de ella saliere, se quitará el malo que en los tiempos pasados se ha dado» (41).

«Tenga en cuenta que de aquí adelante *no será elegido a dignidad obispal persona que no sea suficiente para ser capitán del ejército de Dios*, meneando la espada de su palabra contra los errores y contra los vicios, y que pueda engendrar hijos espirituales a Dios... Mírese que la guerra que está movida contra la Iglesia está recia y muy trabada y muchos de los nuestros han sido vencidos en ella» (42)... «En tiempo de tanta flaqueza como ha mostrado el pueblo cristiano, echen mano a las armas sus capitanes, que son los prelados, y esfuercen al pueblo con su propia voz, y animen con su propio ejemplo, y autoricen la palabra y los caminos de Dios, pues *por falta de esto ha venido el mal que ha venido*» (43). Pero sin unos buenos Colegios –Seminarios– no habrá modo de salir de esos males:

«Déseles regla e instrucción de lo que deben saber y hacer, pues, por nuestros pecados, todo está ciego y sin lumbre; y adviértase que para haber personas cuales conviene, así de obispos como de los que les han de ayudar, se ha de tomar el agua de lejos, y se han de criar desde el principio con tal educa-

Índice

I.–La reforma de la Iglesia

1. Las reformas de la Iglesia (01), 3.

–La Iglesia es santa. –La Iglesia es santa, pero está siempre necesitada de reforma. –En el ámbito del protestantismo. –El concilio Vaticano II promueve importantes reformas. –¿Cuáles son en la historia de la Iglesia las causas que posibilitan o que exigen una reforma? –¿Necesita reforma la Iglesia en nuestro tiempo?

2. Apostasías en la Iglesia (02), 4.

–Herejía, apostasía y cisma. –La definición de la apostasía. –Herejía y apostasía. –Fe católica y opinión personal. –Apostasía explícita o apostasía implícita. –Preguntas peligrosas.

3. La apostasía, el máximo pecado (03), 6.

–Judas es el primero de todos los apóstatas. –La apostasía es el mal mayor que puede sufrir un hombre. –La apostasía es el más grave de todos los pecados. –El fiel cristiano no puede perder la fe sin grave pecado. –Hubo apóstatas ya en los primeros tiempos de la Iglesia. –La Iglesia asigna a los apóstatas penas máximas, pero los recibe cuando regresan por la penitencia. –El ateísmo de masas es hoy un fenómeno nuevo en la historia. –La apostasía masiva de bautizados es hoy, paralelamente, un fenómeno nuevo en la historia de la Iglesia.

4. Qué ha de reformarse en la Iglesia (04), 7.

–En la Iglesia debe reformarse todo lo que en ella esté mal. –El Concilio Vaticano II tuvo una clara intención de reforma. –Pero hoy prevalece, como lo eclesialmente correcto, pensar que vamos bien. –Estamos mal. –Santa Catalina de Siena (1347-1380). –San Juan de Ávila (1499-1569). –San Claudio la Colombière (1641-1682). –San Luis María Grignon de Montfort (1673-1716). –La santísima Virgen María, en sus últimas apariciones, hace muy graves denuncias sobre la situación de la Iglesia.

5. Decálogo para las reformas de la Iglesia –1 (05), 9.

1.–El reconocimiento de los males. 2.–El reconocimiento de las propias culpas. 3.–Los males que nos abruman son castigos medicinales. 4.–No hay remedio humano para nuestros males. 5.–Hay remedios divinos sobreabundantes. 6.–La oración de súplica es el medio principal para las reformas de la Iglesia.

6. Decálogo para las reformas de la Iglesia –y 2 (06), 11.

7.–El ejercicio de la Autoridad apostólica. 8.–Buscando la gloria de Dios. 9.–Procurando la salvación de los hombres. 10.–El amor a la Cruz, la vocación al martirio. –Reformadores, moderados y deformadores.

7. Los laicos y las reformas en la Iglesia (07), 12.

–Los buenos laicos cristianos colaboran de mil modos a las reformas de la Iglesia. –Estamos en guerra. –Pastores y fieles han de luchar juntos contra la mentira y el pecado. –Los laicos han de denunciar los errores doctrinales y los abusos morales y disciplinares. –Jesucristo. –Vaticano II. –Código de Derecho Canónico. –*Redemptionis Sacramentum*.

II.–Qué debe reformarse

1. Salvación o condenación –1 (08), 14.

–Unas buenas preguntas finales. –Jesús es el Salvador de los hombres-pecadores. –Jesús siempre que predica habla de sal-

vación o condenación. –Las referencias implícitas al binomio salvación–condenación. –Las referencias explícitas al binomio salvación–condenación. –Los Apóstoles predicán el mismo Evangelio de Cristo.

2. Salvación o condenación –y 2 (09), 17.

–Los pecadores, la descendencia de Adán, están en un error mortal. –Ignoran que la maldad del hombre pecador es diabólica. –Jesucristo salva a los hombres diciéndoles la verdad por el Evangelio. –Predica Jesús una verdad que para los hombres será vida, y para Él muerte. –Cristo es rechazado hoy, como hace veinte siglos, porque amenaza con el infierno a los pecadores, llamándoles a conversión. –La predicación de los Apóstoles es la misma de Jesús. –La existencia del infierno. –¿Un infierno vacío? –Reforma o apostasía.

3. El pudor –1 (10), 19.

–La castidad. –Y el pudor. –La extraña doctrina del pudor. –Ocasión próxima de pecado.

4. El pudor –2 (11), 20.

–En Israel. –Los paganos. –El cristianismo. –Los Apóstoles. –Los santos Padres. –Constituciones de los Apóstoles. –El Evangelio del pudor ha sido predicado siempre al pueblo cristiano. –Reforma o apostasía.

5. El pudor –y 3 (12), 22.

–El silencio actual en la predicación del pudor. –Cristo y sus Apóstoles salvan a los hombres, también del impudor, predicándoles el Evangelio. –Las causas que silencian hoy el Evangelio del pudor, ésas son las causas del impudor actual. –El pudor en las religiosas y en las laicas ha de ser pleno. –Los laicos están llamados a la santidad.

6. Misiones y conversiones (13), 24.

–La misión de Cristo en el mundo es la conversión de los pecadores. –La misión de los apóstoles es la misma misión de Cristo. –Una «nueva» idea de las misiones, que no pretende conseguir conversiones. –La fe de la Iglesia sobre las misiones y la conversión de los hombres. –Las misiones católicas están en buena medida paradas. –El Evangelio silenciado.

7. El adulterio –1 (14), 26.

–El caso Pavarotti, 2007. –El caso Martini, 2008. –En el pueblo cristiano, actualmente, crece el número de los adulterios en la misma medida en que crece su aceptación moral. –No pocos sacerdotes de la Iglesia toleran también estos adulterios. –Una Iglesia local en penumbra. –La Ley de Israel, ya desde antiguo, prohibía el adulterio, pero lo permitía en la práctica. –Es Cristo quien restaura la santidad original del matrimonio, condenando tanto el divorcio como el adulterio. –Es Cristo quien consigue reafirmar en su Iglesia la verdad del matrimonio monógamo y el horror hacia la mentira del divorcio y del adulterio. –El horror de la Iglesia por el adulterio ha sido total en su historia.

8. El adulterio –y 2 (15), 28.

–Adulterio-perverso y adulterio-mal-remedio. –La misericordia de Cristo con los pecadores. –Un falso amor a Dios lleva a tolerar o aprobar el adulterio. –Un falso amor al prójimo lleva también a tolerar o aprobar el adulterio. –Juan el Bautista y Cristo sufren la muerte por predicar la verdad del matrimonio. –El horror a la cruz, unido a la pérdida del temor de Dios, es lo que permite a los cristianos adúlteros permanecer en su pecado. –Juan Pablo II, sin temor a la Cruz, porque ama de verdad a los hombres, se atreve a decirles la verdad.

9. El demonio –1 (16), 30.

–Hoy no creen en el demonio muchos cristianos. –En el Antiguo Testamento el demonio. –En el Nuevo Testamento, Cristo se manifiesta como el vencedor del demonio. –Cristo es un exorcista potentísimo. –También los Apóstoles son exorcistas. –Reforma o apostasía.

10. El demonio –2 (17), 32.

–Los libros de espiritualidad cristiana que ignoran al demonio

son un fraude. –La doctrina de los Padres. –El Magisterio de la Iglesia. –El demonio es el Tentador que inclina a los hombres al pecado. –Conocemos bien las estrategias y tácticas del demonio en su guerra contra los hombres. –El demonio ataca a todos los cristianos, pero, lógicamente, sobre todo a los apóstoles. –Apocalipsis, victoria próxima y total de Cristo sobre el demonio.

11. El demonio –y 3 (18), 34.

–El demonio vence al hombre cuando éste se fía de sus propias fuerzas. –Los medios ordinarios de lucha espiritual contra el demonio. –La armadura de Dios. –La verdad es el arma fundamental. –Los sacramentales de la Iglesia. –No tener miedo al demonio. –El diablo ataca al hombre en ciertos casos con una fuerza persistente muy especial. –El medio apropiado de lucha espiritual contra el demonio, en estos casos extremos, son los exorcismos. –Aumentan hoy los asedios y posesiones del diablo. –Y al mismo tiempo disminuyen los exorcismos.

12. La batalla final (19), 36.

–«Aquí estamos en paz, hay tranquilidad y no pasa nada». –Los invitados descorteses de la parábola, en realidad, no se enteran de qué va esta vida. –Estamos, pues, ahora dentro de una batalla espiritual enorme. –La meditación de las dos banderas. –La batalla de la Iglesia es contra el diablo, «contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos» (Ef 6,12). –Y son los Papas, con pocos más, los que denuncian esa acción del demonio en el mundo actual.

13. La victoria final de Cristo: esperanza –1 (20), 38.

–«Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo». –Los que no tienen verdadera esperanza. –Tienen verdadera esperanza. –«Todos los pueblos, Señor, vendrán a postrarse en tu presencia». –Una vez más son hoy principalmente los Papas los que mantienen vivas las esperanzas de la Iglesia. –Cristo vence, reina e impera.

14. La victoria final de Cristo: Parusía –y 2 (21), 40.

–La Parusía ha sido falsificada en una visión secularista. –El Catecismo de la Iglesia confiesa la parusía. –Cristo, «mientras esperamos su venida gloriosa», reina actualmente en la historia. –La Parusía, la segunda venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. –«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva». –Vigilad, orad, mirad al cielo, esperando la Parusía del Señor.

III.–El lenguaje fuerte y claro de la fe

1. Verdades de fe silenciadas –1 (22), 42.

–Cristo salva a los hombres por la predicación de la verdad. –Silenciamiento del Evangelio y apostasía. –Las causas del silenciamiento del Evangelio. –El desconocimiento de las verdades por ignorancia. –El desconocimiento de las verdades por mala doctrina. –Falta de fe. –Falta de esperanza. –Reforma o apostasía.

2. Verdades de fe silenciadas –y 2 (23), 44.

–El horror a la Cruz. –La herejía. –Los errores sobre la gracia divina. –No prediquemos sobre tal verdad, porque antes se predicó demasiado. –No prediquemos la más altas verdades de la fe... ni tampoco las más bajas. –Silenciamos ciertas verdades morales, 1º–dejando a los hombres que sigan su conciencia; 2º–no sea que con ellas les suscitemos problemas de conciencia. –Pecados materiales y pecados formales. –Si predicamos ciertas verdades de la fe, entristecemos la vida de los hombres.

3. Lenguaje católico oscuro y débil (24), 47.

–Al principio era el Verbo. El valor de la palabra es máximo en el Cristianismo. –Degradación del pensamiento y del lenguaje. –Filosofía y letras. –Falsificaciones. –Ambigüedades. –Oscuridades. –Falsedades retóricas. –Aberraciones mentales. –Diagnósticos leves. –Diagnósticos contradictorios. –Reforma del lenguaje y del pensamiento o apostasía.

4. Lenguaje de Cristo claro y fuerte (25), 49.

–Cristo habla con autoridad. –Jesús centra en sí mismo la predicación del Evangelio. –El lenguaje de Cristo es suave y amoroso. –La benignidad de Cristo en sus palabras y sus obras. –Cristo habla a los hombres con absoluta claridad. –Lenguaje sencillo. –Lenguaje fascinante. –La dialéctica de Jesús es muy fuerte. –El lenguaje de Cristo es muy duro con los soberbios. –Pero también el lenguaje de Jesús es muy fuerte con el pueblo y con sus discípulos. –El lenguaje de Cristo es nuestro modelo.

5. Lenguaje de San Pablo (26), 51.

–El Apóstol predica con autoridad divina. –San Pablo centra en Cristo su predicación. –El Evangelio del Apóstol es clarísimo. –Lenguaje lleno de amor. –Lenguaje a veces duro con los fieles. –Lenguaje muy duro contra los letrados herejes. –Reforma o apostasía.

6. Lenguaje del P. Castellani – Teilhard (27), 53.

–El padre Leonardo Castellani. –Los errores teilhardianos. –La Iglesia reprobó los errores de Teilhard. –La rehabilitación de Teilhard de Chardin es imposible. –Escuchemos de nuevo al P. Castellani. –Los admiradores actuales de Teilhard de Chardin. –Actualidad de Castellani.

7. Lenguaje de San Francisco Javier (28), 55.

–El lenguaje de San Francisco Javier, patrono de las Misiones católicas. –«Quiso Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». –La predicación de Javier tiene la lucidez y la fuerza de la palabra de Cristo. –Estando Javier en Yamaguchi en 1550. –La predicación de Javier es sin duda una locura. –El Evangelio de Javier produjo muchas conversiones. –La sagrada Escritura emplea a veces el término parresía. –Jesús habla a los hombres con absoluta libertad. –Esa misma parresía espiritual actúa en los Apóstoles. –«Confesar a Cristo ante los hombres». –Obviamente, la parresía recibe toda su fuerza de la Cruz de Jesús.

8. Lenguaje de San Juan Crisóstomo (29), 57.

–¡Tantas secularizaciones en los últimos decenios! –San Juan Crisóstomo escribió dos Exortaciones a Teodoro caído. –La carta de San Bruno. –La carta de San Anselmo. –La carta de San Bernardo. –La carta encíclica del Papa Pablo VI, *Sacerdotalis caelibatus*. –La Iglesia Católica, ante las dolorosas deserciones.

9. San Ignacio de Loyola –1 (30), 59.

–Entregados a la guía del Espíritu Santo. –La situación de Ignacio ya converso fue en un principio bastante precaria. –Cristo y su Iglesia libran en la historia una enorme batalla contra el diablo y los suyos. –La formación católica de los miembros de la Compañía. –Un ejército pronto para «combatir los buenos combates de la fe».

10. San Ignacio –y 2 (31), 61.

–Roma estaba muy mal en tiempos de San Ignacio. –Ignacio de Loyola, como es santo, no está afectado por el «buenismo oficialista». –San Ignacio y la Compañía de Jesús guardan a la Sede Apostólica la más perfecta fidelidad. –El combate ignaciano por la fe católica *adversus haereses* es a vida o muerte. –Ignacio establece la estrategia del combate por la fe con todo cuidado. –La santidad personal de San Ignacio de Loyola.

11. Lenguaje de San Juan de Ávila (32), 63.

–La reforma de la Iglesia es en el renacimiento un clamor general. –La reforma de la Iglesia se había adelantado ya considerablemente en España en el siglo XV. –La reforma del clero español recibe su mayor impulso de San Juan de Ávila. –Obispos y sacerdotes malos. –Los malos pastores no supieron luchar contra la herejía, y abandonaron al pueblo indefenso a los falsos profetas. –Exhortaciones al Papa. –¡Fuego, fuego, fuego!...

Índice, 66.

Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154, 31080 Pamplona, España Teléfono y Fax 948-123612

fundacion@gratisdate.org

www.gratisdate.org

–**GRATIS DATE** es una Fundación católica, benéfica y no lucrativa, que publica libros o cuadernos sobre temas básicos, y que los difunde gratuitamente o a precios muy bajos.

–**Obras publicadas:** Paul ALLARD, *Diez lecciones sobre el martirio*. –Julio ALONSO AMPUERO, *Espiritualidad del apóstol según San Pablo* (2ª ed.); *Éxodo* (2ª ed.); *Historia de la salvación* (2ª ed.); *Isaías 40-55* (2ª ed.); *Iglesia evangelizadora en los Hechos de los Apóstoles* (2ª ed.); *Meditaciones bíblicas sobre el Año litúrgico*; *Personajes bíblicos*. –Ignacio BEAUFAYS, *Historia de San Pascual Bailón*. –Horacio BOJORGE, *La Virgen en los Evangelios*. –Enrique CALICÓ, *Vida del Padre Pio* (2ª ed.). –Santa CATALINA DE GÉNOVA, *Tratado del Purgatorio* (2ª ed.). –Alberto CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*. –Jean-Pierre DE CAUSSADE, *El abandono en la divina Providencia* (2ª ed.). –Juan ESQUERDA BIFET, *Esquemas de espiritualidad sacerdotal* (4ª ed.). –Eudaldo FORMENT, *Id a Tomás; principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás* (2ª ed.). –Manuel GARRIDO BONAÑO, *Año litúrgico patristico*: (1) *Adviento, Navidad*; (2) *Cuaresma*; (3) *Pascua*; (4) *Tiempo Ordinario I-IX*; (5) *Tiempo Ordinario X-XVIII*; (6) *Tiempo Ordinario XIX-XXVI*; (y7) *Tiempo Ordinario XXVII-XXXIV*. –San Luis María GRIGNION DE MONTFORT, *Carta a los Amigos de la Cruz* (2ª ed.). –José María IRABURU, *Causas de la escasez de vocaciones* (2ª ed.); *Caminos laicales de perfección* (3ª ed.); *De Cristo o del mundo* (2ª ed.); *El martirio de Cristo y de los cristianos*; *El matrimonio en Cristo* (3ª ed.); *Elogio del pudor* (2ª ed.); *Evangelio y utopía*; *Gracia y libertad*; *Hábito y clerman*; *Hechos de los apóstoles de América* (2ª ed.); *Infidelidades en la Iglesia*; *La adoración eucarística* (2ª ed.); *La adoración eucarística nocturna* (2ª ed.); *Las misiones católicas*; *Lecturas y libros cristianos*; *Malas doctrinas*; *Maravillas de Jesús* (2ª ed.); *Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción*; *Por obra del Espíritu Santo*; *Reforma o apostasía*; *Sacralidad y secularización* (3ª ed.); *Síntesis de la Eucaristía* (2ª ed.). –San Francisco JAVIER, *Cartas selectas*; –JUAN PABLO II, *El amor humano en el plan divino* (129 catequeses). –Julián LÓPEZ MARTÍN, *Oración al paso de las Horas* (2ª ed.). –Dom Columba MARMION, *Jesucristo, vida del alma* (4ª ed.). –Yves MOUREAU, *Razones para creer*. –Enrique PARDO FUSTER, *Fundamentos bíblicos de la teología católica*, I-II. –Miguel PEQUENINO, *El Directorio ascético de Scaramelli* (2ª ed.). –José María RECONDO, *El camino de la oración, en René Voillaume*. –José RIVERA-José María IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica* (7ª ed.). –Alfredo SÁENZ, *Arquetipos cristianos*; *El Apocalipsis, según Leonardo Castellani*; *La Cristiandad, una realidad histórica*. –José Antonio SAYÉS, *El tema del alma en el Catecismo de la Iglesia Católica* (2ª ed.). –Raimondo SORGIA, *La Sábana Santa, imagen de Cristo muerto*. –Charles SYLVAIN, *Hermann Cohen, apóstol de la Eucaristía* (2ª ed.).

–**Pagos y donativos:** pueden hacerse en cheque, giro o reembolso a la F.GD, Apartado 2154, 31080 Pamplona; o por vía bancaria directa: «Fundación GRATIS DATE», *Barclays Bank*, Av. Carlos III,26, 31004 Pamplona, c.c. 0065 0019 6 2 0001051934.

La F.GD **permite la reproducción total o parcial de sus obras** (Estatuto, art. 18),
y la facilita empleando formatos A5 (14 x 21 cm.) y A4 (21 x 29,7)

«*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis (gratis date)*» (Mt 10,8).

«*Dad y se os dará*» (Lc 6,38).

Fundación JOSE RIVERA

Apartado 307, 45080 Toledo, España

fundacionjoserivera@gmail.com

www.jose-rivera.org

–El siervo de Dios don José Rivera Ramírez (1925-1991), sacerdote, fue miembro fundador de la Fundación GRATIS DATE. El 21 de octubre de 2000 se clausuró en Toledo su Proceso de Canonización, que actualmente prosigue en Roma. La Fundación JOSE RIVERA ha recogido y transcrito todos sus escritos personales, y ha publicado hasta ahora una parte de ellos en 23 Cuadernos.

–**Obras publicadas:** 1- *José Rivera. In memoriam*. 2- *José Rivera. Testimonios* (I) (agotado). 3- *La Teología* (2ª ed.). 4- *El Espíritu Santo* (4ª ed.). 5- *La Eucaristía* (2ª ed.). 6- *La caridad* (3ª ed., con textos añadidos). 7- *Meditaciones sobre Ezequiel*. 8- *El Adviento* (agotado; ver 18). 9- *Meditaciones sobre Jeremías*. 10- *La Cuaresma* (3ª ed.). 11- *Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles* (2ª ed.). 12- *Cartas* (I) (2ª ed.). 13- *Semana Santa* (2ª ed.). 14- *Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos* (2ª ed.). 15- *La vida seglar* (2ª ed.). 16- *La mediocridad* (2ª ed.). 17- *Cartas* (II) (2ª ed.). 18- *Adviento, Navidad* (2ª ed.). 19- *Jesucristo* (2ª ed.). 20- *Poemas*. 21- *Cuaderno de Apertura del Proceso Diocesano*. 22- *Cuaderno de Clausura del Proceso Diocesano*. 23- *Textos proféticos* (I). 24- *Textos proféticos* (II). 25- *50 aniversario de la Ordenación Sacerdotal del Siervo de Dios José Rivera Ramírez*. 26- *Fecundidad*. 27- *José Rivera. Testimonios* (II). 28- *De la muerte y la vida*. 29- *La Iglesia*. 30- *La Belleza y la Verdad*.

–**Ayudas:** La Fundación JOSÉ RIVERA distribuye gratuitamente estos Cuadernos a quienes se los piden. Y los donativos que se le quieran hacer pueden ser enviados a su Apartado postal, por giro o por cheque, o pueden ser ingresados en la c.c. nº 0049-2604-41-1811068090 del Banco Central Hispano, sucursal 2604, c/ Comercio 47, 45001 Toledo.